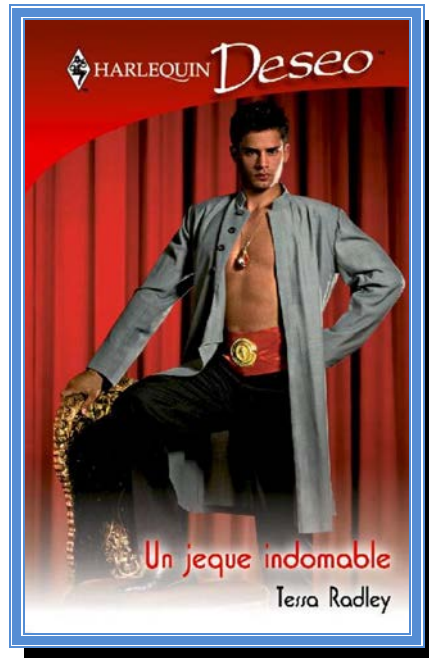


Un jeque indomable

Tessa Radley



Un jeque indomable (2009)

Pertenece a la temática "Hombre del mes"

Título Original: The Untamed Sheik (2009)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo 1680

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Shafir ibn Selim al Dhahara y Megan Saxon

Argumento:

¡Atrapada en un exótico palacio del desierto!

Para el príncipe Shafir, la familia era siempre lo primero, así que no permitiría que Megan Saxon le robara el novio a su prima. Impedirlo seduciéndola parecía el mejor plan, de modo que haría que Megan se enamorase de él.

Aquella obstinada belleza extranjera se convirtió en su reto pero, ¿qué ocurriría si el seductor se enamoraba de una mujer que, por derecho real, no podía ser suya?

El jeque tenía un destino forjado en hierro... ¡hasta que el amor cambió las reglas!

Capítulo Uno

El silencio recibió al príncipe Shafir ibn Selim al Dhahara mientras, con la túnica tradicional flotando tras él, cruzaba las altas puertas de madera tallada que un ayuda de palacio había abierto al verlo llegar.

En la cámara personal del rey, el ambiente era sombrío. Los tres hombres que estaban sentados alrededor de una mesa redonda, mirando un ordenador portátil, alzaron la vista cuando entró Shafir. Sus hermanos parecieron aliviados al verlo, pero su padre, el rey Selim, frunció el ceño.

Shafir se sentó, se recostó, cruzó los tobillos y se enfrentó a la penetrante mirada de su padre. El ceño del rey se acentuó por su informalidad.

—Llegas tarde, Shafir.

—Estaba en el desierto. He venido tan rápido como he podido —señaló sus botas polvorientas—. Ni siquiera me he cambiado.

Shafir, que encabezaba el ministerio de turismo de Dhahara, había pasado la semana mostrando a una delegación internacional el potencial de turismo de aventura y senderismo del pequeño reino. Había, dedicado mucho tiempo a asegurarse de que los representantes de cada país entendieran que abrir Dhahara al turismo internacional exigía tomar medidas que garantizaran que el desierto seguiría siendo agreste y mantendría su belleza natural.

—¿Hay algún problema, padre?

—No un problema, exactamente —el ceño del rey se relajó un poco—. Un reto.

—¿Un reto? —Shafir intercambió una mirada interrogante con su hermano mayor, Khalid, Su Alteza Real y príncipe heredero Khalid ibn Selim al Dhahara, por utilizar su título completo. Lo que su padre entendía por un reto era una situación difícil, una pesadilla para los diplomáticos del reino.

—Es un reto que te irá muy bien, Shafir.

—¿A mí? —Shafir alzó una ceja— ¿Y no a mis honorables hermanos? ¿O acaso ya les has adjudicado otros retos a ellos?

—Has llegado el último, te toca lo peor —dijo Khalid con una sonrisa.

—Lo más honorable y la posibilidad de ser un héroe —apuntó su hermano menor, Rafiq, con expresión divertida.

—¿Ser un héroe? —Shafir miró a sus hermanos. Ambos intentaban contener la risa. Su padre, en cambio, estaba serio.

—Shafir, eres un hombre que ha sido forjado y endurecido como el acero por el desierto dhahariano.

Shafir inclinó la cabeza y miró a su padre con respeto. Unos ojos negros y sabios le devolvieron la mirada.

—Hijo mío, no quiero escándalos, así que uno de vosotros tres tiene que encargarse de esto. Rafiq ya está comprometido y su amada podría no entenderlo — el rey miró a su derecha—. Y Khalid es el príncipe heredero. No puedo permitirme...

—¿Qué es ese reto? —lo interrumpió Shafir.

—No es tan difícil —Rafiq abrió una imagen en el ordenador portátil—. Yo ni siquiera lo llamaría reto. Sólo tienes que librarte de ella.

En la pantalla apareció la imagen de una mujer. Las retinas de Shafir captaron una impresión de cabello oscuro y ojos rasgados y risueños. Las preguntas que había estado a punto de hacerse transformaron en una sola.

—¿Quién es?

—Es la mujer que está a punto de desbaratar la boda de cuento de hadas de Zarah —dijo Rafiq.

—No te burles de tu prima —protestó el rey—. La boda de Zarah es la primera que celebra nuestra familia en casi dos décadas. Mis tres hijos han sido incapaces de complacerme.

—Nuestra esperanza sigue centrada en Rafiq —intervino Shafir rápidamente. Su hermano menor enrojeció—. Está enamorado.

—Pero no comprometido para casarse —dijo el rey, mirándolos con reproche—. De momento sólo es segura la boda de Zarah. Dada la cobertura mediática, no puedo permitir que esa mujer destruya los sueños de nuestra nación.

La mirada que el rey echó a «esa mujer» hizo reflexionar a Shafir. Era la primera noticia que tenía de que la boda de su prima peligraba. Pero eso justificaba el disgusto de su padre. El rey siempre había adorado a Zarah la única hija de su difunto hermano.

Shafir conocía al futuro esposo. Jacques Garnier era un hombre de negocios francés, cuya familia era muy rica. Aparte de otros negocios, como la importación de alfombras y aceitunas de Oriente Medio, los Garnier tenían un castillo en el valle del Loira y Jacques exportaba el vino de los viñedos familiares a todo el mundo. Al rey Selim le había agradado mucho el emparejamiento, sobre todo porque Zarah estaba muy enamorada.

Pero, por lo visto, había surgido una complicación. Shafir se tragó un juramento y miró la pantalla.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Megan Saxon.

No eran sus facciones, de innegable belleza, lo que llamaba la atención de Shafir. Era la vitalidad que irradiaba, los ojos chispeantes de humor y sus labios sonrientes. «Alegría de vivir», como decían los franceses.

—¿Por qué sabéis que pretende sabotear la boda de Zarah? —preguntó Shafir.

Su padre suspiró.

—Garnier lleva un tiempo distraído y Zarah comprendió que algo iba mal. Encontró llamadas perdidas de esa mujer en el móvil de Garnier y reconoció el nombre. Es una de sus colegas de trabajo. Al principio pensó lo peor y lloró un día entero. Luego se enfrentó a Garnier.

—Ay, ay —el rey Selim movió la cabeza—. Esa mujer lo está acosando. Garnier no se lo había dicho a Zarah para no inquietarla, pero la mujer no se rinde. Y ahora va a venir a Dhahara.

—¿Va a venir aquí? —Shafir se inclinó hacia delante. Eso requeriría mucho más que telefonar y escribir mensajes.

—Le llamó antes de que su avión despegara.

—¿Y cuándo pretendía decírnoslo Garnier? —Shafir resopló con frustración.

—No importa. Ahora lo sabemos y podemos hacer planes. Puedes llamar a seguridad si la mujer resulta ser... —hizo una pausa.

—¿Un reto excesivo para Shafir? —apuntó Khalid, con ojos chispeantes.

—No ha nacido mujer que sea un reto excesivo —dijo Shafir, cortante—. Pero hace falta moderación. Ni fuerzas de seguridad ni policía. No queremos un incidente internacional —afirmó. Pensó en la delegación a la que había impresionado con la proyección de Dhahara como destino turístico seguro pero exótico. Dos miembros de la delegación habían ampliado su visita para asistir a la boda. Y, por lo visto, la boda de Zarah peligraba. Y también su felicidad.

Al igual que sus hermanos, sentía debilidad por su prima y había intentado comportarse como el hermano mayor que no había tenido. Su padre había hecho lo posible por llenar el vacío dejado por la muerte del que había sido su hermano.

—Shafir, necesito que impidas que esa mujer arruine la boda —dijo el rey.

—Dile que está perdiendo el tiempo, que Jacques se casará con Zarah —sugirió Rafiq—. Convéncela para que vuelva a su casa.

—Si ha venido hasta aquí para conquistar a Jacques, no será tan fácil —dijo Shafir, pensando que tendría que pasar por encima de su cadáver para hacerle daño a Zarah.

—No —corroboró Khalid—. Podría envenenar a Zarah con un montón de mentiras.

—No permitiremos que acceda a Zarah —dijo Shafir. Se aseguraría de ello personalmente. Nadie haría daño a su dulce prima.

—Pero podría vender sus mentiras a una de esas resistas europeas del corazón —el rey se estremeció—. Les importa poco la verdad.

—Podría —Shafir se rascó la barbilla, pensativo.

—Sedúcela, Shafir. Así olvidara a Jacques —los ojos de Rafiq chispearon con humor.

Khalid soltó una carcajada. Hasta el rey se rió.

–Estás confundiéndome con Khalid –contraatacó Shafir, el único que no le veía la gracia al asunto–. Las mujeres lo buscan como las abejas a la miel.

–Tú las asustas –dijo Rafiq–. Tu reputación te precede.

–Las mujeres desean ser cortejadas y halagadas –intervino Khalid–. Tú te has vendido al desierto. Mírate, cubierto de polvo, con el pelo largo, revuelto y quemado por el sol.

–Me protege el cuello –justificó Shafir, pasándose una mano por el pelo, demasiado largo.

–Esa aura de rebeldía podría atraer a la mujer –Rafiq ladeó la cabeza–. Te reto a seducirla.

Shafir lo miró airado. La seducción no encajaba en su estilo. Era directo y justo con las mujeres, igual que con el resto del mundo.

–No pienso caer tan bajo.

–¿Tienes miedo? –lo pinchó Khalid.

–¿De una mujer? –Shafir alzó un hombro con descuido–. Nunca.

–Hijos míos –intervino el rey–, hay trabajo que hacer –miró a Shafir y siguió–: Impide que cause problemas como creas conveniente; Rafiq se asegurará de que el curso del amor verdadero fluya entre Zarah y Jacques –le dio una palmadita en la espalda a Shafir–. Pero no quiero escándalos, ¿está claro? Lo único que quiero ver en la televisión o en las revistas es...

–Una boda de cuento de hadas –concluyó Khalid con ironía.

–Si tenemos en cuenta la planificación, debería ser la boda de la década –rezongó Rafiq.

–¿Lo dices con envidia, hermanito?' Tal vez sea hora de que te cases tú –ironizó Khalid.

–¿Casarse? –el rey se irguió–. Khalid, como príncipe heredero tu deber es casarte antes que él.

Khalid clavó la mirada en el lecho.

Shafir ignoró el debate. Siempre que pudiera librarse del matrimonio, todo le daba igual. No había nacido la mujer que pudiera competir con su amor por la amplitud del desierto dhahariano.

Echó un vistazo a la pantalla. Su labor distaba de ser un reto. Sólo tenía que impedir que Megan Saxon se comunicara con Jacques Garnier antes de que Zarah desposara al hombre de sus sueños.

No sería problema.

* * *

Cuando la limusina de Shafir llegaba al aeropuerto, un avión tomó tierra. Megan Saxon estaba en ese avión; el jefe de seguridad del aeropuerto lo había confirmado.

Había empezado el juego.

Jacques había querido ir al aeropuerto para persuadirla de que abandonara Dhahara.

—Me siento responsable —había dicho el francés dos horas antes—. Mis tratos de negocios con esa loca han incomodado a Zarah. Necesito dejarle claro que amo a mi prometida.

A pesar de que lo admiró por asumir esa responsabilidad, Shafir se había negado.

—No puedo permitirlo. Es demasiado arriesgado. La mujer está obsesionada contigo. Podría hacer una escena —justo lo que el rey temía—. O intentar herirte. ¿Qué diría Zarah?

Convenció al ansioso Jacques de que se ocuparía de Megan personalmente.

—Debe de ser culpa mía —había dicho Jacques antes de salir del palacio—. Pero por más que pienso en nuestras reuniones de negocios, no entiendo qué ha provocado esta situación.

—No te culpes. Es una lunática.

Al ver el alivio que distendía el rostro de Jacques, Shafir se encolerizó con Megan Saxon. Jacques no merecía ser perseguido. Esa mujer había conseguido que Zarah se sintiera infeliz y había tensado al límite la relación de la pareja.

Mientras bajaba de la limusina, se juró que enderezaría a Megan Saxon. Se había alisado el pelo y se había vestido al estilo europeo, con traje a medida e inmaculada camisa blanca. No quería asustarla con diferencias culturales.

Pero su aspecto moderno era un engaño. Shafir, al ser el segundo hijo del rey, había disfrutado de más libertad que Khalid. Mientras Khalid había sido educado para suceder al rey, Shafir había pasado varios años con su abuela, en el desierto, asistiendo a la escuela local y visitando a las tribus *bedu*. No era ningún secreto que la gente de Dhahara lo llamaba «el indómito».

Shafir era cualquier cosa menos un príncipe manso que se atuviera a las normas.

Apretando la mandíbula, Shafir hizo un gesto al chófer y a sus guardaespaldas, en el coche de atrás, para que esperasen a que volviera. Con gracia felina, entró en la terminal del aeropuerto. Ignoró las miradas de reconocimiento que atraía, segura de que la gente mantendría las distancias.

Iba a presentarse ante Megan Saxon solo. Haría que lamentase el día en que se le ocurrió interferir con la felicidad de Zarah.

* * *

A Megan la asombró la amplitud del vestíbulo de llegadas del aeropuerto de Dhahara. Los altos techos, curvados como cúpulas, tenían claraboyas que filtraban la luz y daban brillo al ambiente. Los suelos eran de mármol blanco. Si no lo hubiera sabido antes, el aeropuerto habría confirmado que ese país del desierto era inmensamente rico.

Tras la barandilla de bronce, grupos de personas, la mayoría hombres con túnicas blancas que alzaban carteles escritos en árabe, esperaban a los agotados pasajeros del vuelo.

Jacques también estaría allí.

Justo antes de subir al avión en Los Ángeles había recibido su mensaje de texto.

Megan, tirando de su maleta, aceleró el paso. La excitación le tensaba el estómago. Habían pasado más de tres meses desde que lo vio por última vez, en París. Habían celebrado juntos el Año Nuevo, antes de separarse. Él iba a hacer negocios en un país del desierto: ella, de vuelta a Nueva Zelanda.

Las llamadas telefónicas y los mensajes de texto no podían sustituir al contacto cara a cara. Jacques había sugerido que pasaran algo de tiempo juntos. Megan había aceptado, sin dudar, la oportunidad de conocer mejor a un hombre tan cariñoso y romántico. Entusiasmada por sus descripciones del exotismo de Dhahara, había reservado alojamiento en Katar, la capital.

Inesperadamente, Jacques había puesto pegos y sugerido que fueran a Omán. Pero Megan quería ir a Dhahara. Al final, Jacques había dado el visto bueno a la lujosa mansión que ella había encontrado en el desierto. Megan confiaba en que la breve escapada le permitiera conocerlo mejor y descubrir si lo que los había hecho congeniar en los certámenes vinícolas internacionales de ese último año tenía una base real.

Ya no habría prisas y obligaciones profesionales que los distrajeran. Tenían seis días para conocerse el uno al otro.

Megan escrutó la marea de rostros.

Uno, duro y aguileño, le llamó la atención. Sus ojos se encontraron; los de él de un bronce oscuro e implacable. Su expresión era tensa y reacia. Nada que ver con el encanto francés de Jacques.

Sintió un escalofrío y desvió la mirada. Arrugó la frente y buscó de nuevo a Jacques, sin éxito.

Volvió a mirar al desconocido. Lucía un traje perfecto, a medida y muy caro, probablemente de Dior. No llevaba corbata. Una camisa blanca, con el botón del cuello desabrochado, era el contraste perfecto con su piel tostada.

Megan alzó la vista a su rostro y sintió cómo la miraba de arriba abajo. El ligero traje pantalón gris, que le había parecido el compromiso perfecto para la modestia requerida en un país árabe y el caluroso clima del desierto, en ese momento le pareció casi transparente. Tendría que haberse puesto su traje de negocios de lino negro, de cuello mao y falda larga. Se habría cocido de calor, pero no se habría

sentido tan expuesta bajo su mirada. Sus ojos se encontraron y el torció el labio, como si no le impresionara lo visto.

A Megan la estremeció ese rechazo. Sin ser vanidosa, sabía que era atractiva. Abierta y amistosa, solía gustar a los hombres. Por suerte, ése en concreto seguiría siendo un desconocido.

Sacudió la cabeza y volvió a buscar a Jacques. Nunca la había irritado tanto su falta de puntualidad. Se sentía expuesta y desnuda. Las efusivas disculpas que siempre le habían hecho reír no funcionarían ese día. Anhelaba subir al coche de Jacques y escapar de esa desconcertante mirada de color bronce.

—Megan Saxon.

Al oír su nombre, Megan se dio la vuelta.

—¿Qué quiere? —le preguntó al desconocido. Había oído muchas historias sobre los hombres de Oriente Medio; eran chovinistas y asumían que cualquier mujer occidental podía ser suya.

A él no le costaría encontrar compañía femenina. Era guapo. Impresionante, de hecho, si a ella le gustaran los hombres fieros y ceñudos, que no era el caso. Y sabía su nombre.

—Venga conmigo.

—Desde luego que no —Megan pensó, irónica, que los tratantes de esclavas no debían de frecuentar los lugares públicos. Por suerte, había mucha gente en el aeropuerto. Hombres, grupos de mujeres con velo, familias. Incluso algunos policías de uniforme. Varias personas los miraban con curiosidad, pero mantenían la distancia.

No tenía por qué preocuparse. Al menos, aún.

—No me toque —ordenó con voz gélida, al sentir una mano en el brazo.

—Perdone —se excusó él, quitando la mano—. La he sobresaltado. Me llamo Shafir —titubeó un segundo y siguió—: Soy amigo de Jacques.

La ira de Megan se transformó en vergüenza.

—¿Por qué no lo ha dicho? —recordó su desdeñosa inspección y titubeó. En sus ojos no veía rastro de crítica. Tal vez hubieran sido imaginaciones suyas.

Él sonrió y su rostro se iluminó. Antes le había parecido guapo, pero sonriente era devastador.

—¿Dónde está Jacques? —preguntó Megan, asombrada por el cambio. Si sonriera todo el tiempo, ese hombre sería un peligro para cualquier mujer — ¿Cuándo llegará?

—Jacques no va a venir.

Ella se tensó y escrutó su rostro, temiendo expresar el miedo que helaba su corazón.

—No le ha ocurrido nada malo —comentó él, interpretando su expresión.

—Debe de pensar que soy una neurótica —dijo ella con alivio—. Mi hermano falleció en un accidente de coche y por un momento pensé... —su voz se apagó y se encogió de hombros. Nada podía expresar el desconsuelo y la sensación de pérdida que habían seguido a la muerte de Rolan d.

—Jacques está bien. Me pidió que la recogiera —su voz sonó grave y Megan creyó delectar compasión en su mirada.

—Ah, tal vez me ha puesto un mensaje —Megan sacó el móvil del bolso. Aún estaba apagado.

—No ha estado en Dhahara antes, ¿verdad? Si no tiene una tarjeta SIM local, el teléfono tardará en localizar un proveedor telefónico de la zona.

Megan miró su teléfono y vio un reloj de arena girando en la pantalla. Por lo visto, él tenía razón. Suspiró y guardó el teléfono.

—¿Por qué no ha venido Jacques?

—Tenía una reunión...

—Con un vendedor de alfombras persas. Lo recuerdo —Megan asintió. Jacques lo había mencionado cuando hablaron mientras ella esperaba a embarcar en Auckland, dos días antes.

—La reunión se está alargando más de lo previsto. Me pidió que la recogiera y la llevara a su hotel.

—Gracias por venir —Megan desechó su suspicacia inicial. Si no fuera por esa primera inspección, se habría relajado por completo.

—Es un placer.

Megan le permitió que se ocupara de su maleta con ruedas. Fijándose en su fuerza y en su musculoso cuerpo bajo el traje, lo siguió hacia las puertas de cristal de salida.

Fuera la asaltaron aromas desconocidos. Especies, calor, polvo. La fragancia cálida y seca del desierto dhahariano.

Se estremeció de deleite. Era un mundo salvaje y sin domesticar que ella, una chica de campo de Nueva Zelanda, nunca había experimentado. Nómadas, caravanas. Estaba deseando explorar con Jacques a su lado.

—Por aquí —ordenó él.

La condujo a una reluciente limusina blanca tras la cual esperaba otro coche. Un hombre uniformado, enorme, se apoyó en la puerta del pasajero mientras el chófer esperaba junto a la puerta trasera, ya abierta. El chófer llevaba túnica y un tocado blanco sujeto con cordones negros que, según la guía de viajes que había leído en el avión, se llamaban *agal*. Nada que ver con los chóferes de uniforme negro y gorra a los que estaba acostumbrada. Subió al coche.

El aire acondicionado la decepcionó tras el aromático calor de fuera. Megan se recostó en el respaldo de terciopelo azul y miró al hombre que se había sentado a su lado.

Dominaba el espacio, casi parecía un animal salvaje enjaulado. Un lobo. Miró los ojos de color bronce. No, no era un animal de manada. Una pantera, o un jaguar. Salvaje y muy peligroso.

Se quedó inmóvil, aprensiva. Entonces él sonrió y la sensación de peligro se esfumó. Era un hombre civilizado del siglo XXI, urbano y amable. Excepto por el brillo de sus magnéticos ojos en la penumbra. Megan desechó esos pensamientos. Civilizado o no, no era su problema, por suerte.

—¿Has dicho que Jacques y tú sois amigos? —dijo para llenar el silencio.

Él asintió, pero no se molestó en decir más. Megan tragó saliva. Necesitaba ver a Jacques. A pesar de la riqueza de su familia, Jacques era predecible, llevadero, encantador. Civilizado.

Todo lo que ese hombre no era.

—Ha sido un vuelo largo. ¿Cuánto tardaremos en llegar al hotel? —preguntó. Sería un alivio refrescarse en la habitación que había reservado para esa noche. Jacques y ella iban a trasladarse a una casa en el desierto por la mañana.

—Disculpa. Estoy siendo desatento —el hombre que se había presentado como Shafir se inclinó y abrió la puerta de un frigorífico bien camuflado—. ¿Te gustaría beber algo? ¿Champán, tal vez?

—Prefiero agua mineral, gracias —aceptó Megan, que tenía la garganta seca.

Apenas había comido en el vuelo y no quería que se le fuera la cabeza. Habría tiempo de sobra para eso al día siguiente. Sin duda, Jacques y ella compartirían una botella de champán en la terraza y brindarían por su esperanza de una relación significativa.

Poco después Megan tenía un vaso de agua en la mano. Él abrió una lata de Coca-Cola y se la llevó a los labios.

Las tenues luces del techo se reflejaban en su cabello, que colgaba por debajo del cuello de la chaqueta. Más largo de lo que ella habría esperado dada su vestimenta conservadora. Vio su nuez subir y bajar mientras bebía.

Se obligó a desviar la mirada. Tomó un sorbo de agua. Miró por la ventanilla. La autopista cruzaba el desierto como un lazo plateado. En la distancia se veían dunas de arena.

Todo era deliciosamente extraño. Muy distinto del verdor de la Bahía Hawkes, donde había crecido y donde, aparte de los viajes de negocios a congresos vinícolas, llevaba toda la vida. Se inclinó hacia delante, absorbiendo la panorámica.

—Eso es el desierto dhahariano, ¿verdad? —preguntó con excitación—. Unos diez mil millones de metros cuadrados de arena casi inhabitados.

—Correcto. Pero no es tan árido como se cree.

—He leído que pronto se fomentará el turismo en Dhahara —comentó ella mirando las dunas doradas que ocultaban la ciudad de Katar.

—Estas bien informada —dijo él, sorprendido.

– Sentía interés.

– ¿Por qué? – su voz sonó cortante y Megan dejó de contemplar el paisaje.

– ¿Por qué no? – encogió los hombros—. También he leído que Dhahara importa productos de Estados Unidos y de la Unión Europea, pero es casi autosuficiente y exporta aceite, aceitunas y alfombras anudadas a mano – calló de repente, pensando que sonaba como una guía de viajes.

– ¿Qué esperas encontrar en Dhahara?

– ¿Qué espero encontrar? – repitió ella. Había captado el brillo suspicaz de los ojos de él—. ¿Qué espera encontrar uno cuando visita un lugar nuevo? Emoción, aventura, romance... Bueno, sobre todo quiero relajarme. Hace mucho que no tengo vacaciones – también quería enamorarse de Jacques, pero no lo dijo—. ¿Cuánto falta para llegar a Katar? Estoy deseando refrescarme un poco.

Él parpadeó.

Megan sintió un pinchazo de inquietud en el estómago. Miró por la ventanilla. Las dunas se habían alejado y el desierto parecía más grande.

– ¿No tendrían que verse edificios altos ya?

– No hay rascacielos en Dhahara. Nos enorgullecemos de preservar nuestro patrimonio del desierto, incluso en las ciudades.

Ella había leído que los dhaharianos querían mantener la arquitectura tradicional. Se preguntó dónde estarían las zonas de edificios industriales que solían rodear a las grandes ciudades.

En silencio, miró el paisaje. Le extrañó que no hubiera tráfico en la autopista. Según la guía de viaje, en Katar vivían millones de personas. Pero apenas se veía rastro de actividad humana, exceptuando algún vehículo en la distancia. Incluso el coche que los había seguido al salir del aeropuerto había desaparecido.

La inquietud de Megan se incrementó.

Él no había dicho cuánto tardarían en llegar a la capital. Aparte de algunos caminos, no se veían carreteras que se desviarán de la autopista. Sintió un pinchazo de auténtico miedo. Sus preguntas no habían sido contestadas, así que fue al grano.

– No me llevas a mi hotel, ¿verdad?

Él la miró con ojos inescrutables.

– ¡Contéstame! – el miedo se acentuó—. ¿Dónde me llevas? – se dijo que había sido una estúpida por subir a la limusina con él. Sólo le había dicho que se llamaba Shafir y era amigo de Jacques, no sabía más de él—. Quiero hablar con Jacques. Ahora – le tembló la voz.

– Está en una reunión – dijo él, sereno.

– ¡Mientes! ¿Dónde está Jacques? No creo que seas amigo suyo. ¿Qué le has hecho?

– Cálmate – sugirió el con frialdad – No le he hecho nada a Jacques.

—¿Quién diablos eres? —pensó en lo que había leído sobre Dhahara. Era un reino rico regido por el rey Selim al Dhahara. No recordaba nada sobre inestabilidad política o secuestros. Pero había estado tan emocionada con ver a Jacques, que se había centrado en el aspecto exótico y romántico del país, gran error. Se preguntó si él sería un rebelde, un bandido en busca de rescate o, el cielo la ayudara, un terrorista.

Lo miró fijamente, con el pulso desbocado.

—No me mires así. No voy a hacerte daño —aplastó la lata de refresco y la echó en la papelera.

—¿Se supone que tengo que creer eso?

Él gruñó algo que ella apenas oyó. No dejaba de mirar la lata que había arrugado como si fuera un papel. En ese momento su móvil vibró. Los mensajes habían empezado a entrar. Sintiendo como si la caballería hubiera acudido a su rescate, Megan llevó la mano al bolso.

—Yo me ocuparé —dijo él, aferrando la mano con la que sujetaba el móvil.

Sin pensar en su fuerza ni en su tamaño, Megan forcejeó con él. No iba a permitir que le quitara su último vínculo con el mundo exterior.

Él agarró el móvil y lo transfirió a su otra mano, alejándolo de ella. Desesperada, Megan se lanzó sobre su regazo para recuperar el teléfono.

Los duros muslos que se tensaron bajo los elegantes pantalones le advinieron que había cometido un error colosal. Alzó la vista. Sólo unos centímetros separaban sus rostros. Megan notó que La atrapaba entre sus piernas rodeándola; era grande, mucho más de lo que había creído.

Respiraba rápidamente, casi jadeaba, él, en cambio, ni siquiera parecía inhalar.

Peligro. Megan comprendió lo vulnerable de su situación. Se bajó de su regazo y abandonó cualquier intento de recuperar el teléfono.

—Lo siento —murmuró, sintiéndose estúpida.

—No lo sientas —no sonrió. Sus pómulos se dibujaron bajo la tensa piel dorada—. Ten cuidado.

Capítulo Dos

Ella se preguntó si eso era una amenaza.

No sabía cómo se había arriesgado así.

El caos de pensamientos que asaltaban su mente le provocaron dolor de cabeza. Vio cómo él bajaba la ventanilla y tiraba el teléfono. Empezó a protestar, pero lo pensó mejor. Él había dicho que no le haría daño, pero había sido antes de que se lanzaran sobre él, luchando por su teléfono.

Ya era consciente de la fuerza y dureza de su cuerpo. Él también habría notado cómo era el suyo. Parpadeó. Estaban solos en la oscura limusina. Si él decidía... ¡No! ¡Eso no!

Intentó recomponerse y pensar. Tomó un sorbo de agua para darse algo de tiempo.

– Tu teléfono no serviría en el desierto. No hay torres de señal inalámbrica.

Típico que dijera eso. Era un bastardo. No se dignó a mirarlo. Tomó otro sorbo de agua y empezó a contar mentalmente. Uno, dos... No iba a contestar a nada que le dijera. Tres...

– Odio que las mujeres se enfurruñen.

– Yo nunca me enfurruño – protestó Megan, olvidando que no iba a mirarlo ni a contestarle.

– Tienes los labios fruncidos y aprietas el vaso con tanta fuerza que lo vas a romper – suspiró –. Reconozco los síntomas.

Ella sintió una oleada de ira femenina. Si se descuidaba, la acusaría de sufrir síndrome premenstrual. Lo miró con desdén.

– Primero me secuestras. Luego me robas. Y ahora pareces un artículo de revista femenina. No veo razón para hablar contigo. Eres un desalmado. Un ladrón. Alguien debería cortarte la mano derecha.

Él se quedó inmóvil un momento. Sus ojos se tornaron incandescentes de cólera. Se movió.

El instinto de supervivencia de Megan entró en acción. Le lanzó el agua del vaso a la cara. Se arrepintió de inmediato; la había secuestrado y ella, en vez de seguirle el juego, lo retaba. Estaba segura de que iba a matarla. Se acurrucó en el rincón, alzando las manos para defenderse. Era grande e imponente. No tenía ni idea de quién diablos era ni de qué pretendía hacer con ella en ese desierto árido y vacío.

Shafir sintió el impacto del agua fría en la piel. Se pasó la mano por los ojos y miró, incrédulo, las gotas que mojaban sus dedos. La cólera le nubló la vista aún más

que el agua. Ninguna mujer se había atrevido a hacer algo así; era un príncipe de la casa real de Dhahara.

Se movió rápidamente, llevado por una oleada de orgullo masculino e ira que exigía castigo. Su actitud desafiante, que lo insultara llamándolo ladrón y su insistencia en reunirse con Jacques incrementaban su cólera. Además, a eso se unía la lujuria. Había sentido sus nalgas firmes pero claramente femeninas en el regazo; olía a flores y ámbar, pura mujer.

Sintió el deseo de aferrarla y besarla hasta rendirla. Pero entonces vio el brillo de sus ojos tras las manos que alzaba para defenderse de él.

Megan Saxon sentía miedo. Terror, más bien.

Shafir descubrió que eso no le gustaba nada. Se preguntó por qué estaba en esa situación. Rechazaba el reto que su padre le había impuesto. No quería aterrorizar a una mujer.

Reflexionó y comprendió su error. Había pretendido asustarla un poco, darle una lección por haber amenazado la felicidad de Zarah. Pero no aterrorizarla. Extendió la mano húmeda hacia ella.

— Mantente alejado de mí, o te arrepentirás.

Al captar su desesperación, su cólera se desvaneció tan rápido como había llegado. Estaba desesperada pero era valiente, Shafir la admiró por eso. Dejó caer la mano.

— Ya te he dicho que no hago daño a las mujeres — afirmó, con voz mucho más suave.

— ¿En serio?

— En serio — casi ladró, ofendido por su tono sarcástico. Algunas mujeres lo temían y evitaban, pero muchas se sentían atraídas por el peligro, por la leyenda en la que se había convertido. Era un jeque del desierto. Rico. Y príncipe de la corona.

Nunca le faltarían mujeres. Pero aún no había encontrado lo que buscaba.

Había decidido que el amor que habían compartido sus padres había desaparecido con su generación. Habían sido afortunados. Podría haber sido una unión desastrosa; estuvieron prometidos desde el día de su nacimiento.

Él se habría librado de eso. Aceptaba lo que las mujeres le ofrecían. Después volvía a su madriguera en el desierto, olvidando la aventura.

Pero Megan Saxon era bella y valiente.

La examinó con los ojos entrecerrados. Pelo largo, oscuro y sedoso, ojos bonitos y piel pálida como los pétalos de la flor del almendro. Había sabido que era atractiva y que tenía una sonrisa preciosa por las fotos del ordenador. Pero no habían revelado su belleza real ni el espíritu resuelto que la acompañaba. Desde el momento en que sus ojos se encontraron, en el aeropuerto, le había quitado el aliento.

Puro fuego y hielo.

— ¡Deja de mirarme así!

— ¿Cómo te estoy mirando?

— De forma calculadora. No me gusta.

Era perceptiva y seguía asustada. Respiraba con agitación y su pecho subía y bajaba rápidamente. Le faltaba el botón superior de la chaqueta, seguramente debido al forcejeo por el teléfono: Shafir vio que la piel del valle que había entre sus pechos era pálida y cremosa. Alzó la vista hacia los furiosos ojos femeninos.

— Llévame con Jacques.

— ¿Serviría de algo que te diera mi palabra de honor de que no te haré daño? — ofreció él —. ¿De qué estás a salvo?

— ¿Por qué iba a aceptar tu palabra? — masculló ella —. Me dijiste que Jacques le había pedido que me recogieras en el aeropuerto. Pero no me estás llevando con Jacques ni al hotel, ¿verdad?

Shafir titubeó un segundo. Ella descubriría la verdad muy pronto, así que dijo la verdad.

— No, no te llevo con Jacques.

— Entonces, ¿adónde me llevas? — preguntó ella, sorprendida. Había esperado otra mentira.

— No te faltarán comodidades — dijo él, con cierta compasión —. Es mejor que cualquier hotel.

— Eso no me importa — alzó la barbilla.

— Estarás a salvo. Lo prometo.

Él ignoró su resoplido de incredulidad. La limusina disminuyó de velocidad.

— Hemos llegado. Puedes refrescarte y juzgar las comodidades por ti misma.

Megan se volvió hacia la ventanilla tintada. Él sabía qué iba a ver: altos muros almenados, cúpulas y torretas.

— Santo cielo, es un castillo.

La puerta de la limusina se abrió. Apareció una mano seguida del puño de un uniforme bordado con trenzas de hilo dorado.

— Bienvenido, Alt...

— Gracias, Hanif — Shafir interrumpió el saludo antes de que Hanif desvelara más de lo debido.

Megan volvió la cabeza y él supo, por su mirada de desaprobación, que había añadido otro punto en su contra, esa vez por grosero y desconsiderado.

Salieron al calor de la tarde. Consciente de que el sol agotaría a cualquiera poco acostumbrado, le puso un brazo en los hombros para conducirla al interior. Megan giró para librarse de él.

— ¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?

— Qasr al-ward. El Palacio de las rosas.

—Parece un acantilado. Nunca he visto nada menos parecido a una rosa.
¿Quién vive aquí?

—Hace generaciones que pertenece a mi familia —contestó él.

Era el hogar de su corazón.

Intuyó que ella pensaba que si entraba, tal vez no volvería a salir. No por primera vez, se preguntó si había sido un error llevarla allí. A Rafiq le había parecido mejor eso que un remoto campamento beduino. No podría escapar.

—¿Tu familia está aquí ahora?

—Todos, menos yo y mi personal de servicio, están en la capital. Preparando una boda —apretó los labios y esperó su respuesta.

—Allí es donde tendría que estar yo.

Él apretó los labios aún más. Ni siquiera había parpadeado ante la mención de la boda. Sólo le importaba ir a Katar para impedir el enlace entre Jacques y Zarah. La cólera le atenazó el pecho. Durante el viaje había empezado a tener la esperanza de que su familia estuviera equivocada, de que Megan no fuera la mujer loca y egoísta que habían descrito. Pero parecía que tenían razón.

Estaba empeñada en volver a la ciudad para impedir la boda de Zarah. Sin embargo, él no le iba a dar la oportunidad de cumplir sus planes.

—Vamos —ordenó, ya impaciente con la farsa.

—No voy a entrar —clavó los pies en la gravilla y lo miró beligerante—. Quiero volver a la capital. Ahora —olvidando su sed y su cansancio. Megan volvió a la limusina e intentó abrir la puerta.

—Está cerrada —Shafir se cruzó de brazos.

—Dame las llaves.

—No puedo. Las tiene Malik.

—¿Malik?

—Mi chófer.

—Pues dile que abra —exigió ella con frustración. Miró a su alrededor—. ¿Dónde ha ido?

—Seguramente... —Shafir sonrió— a reunirse con su esposa.

—¿Qué? —Megan lo miró, desconcertada.

—Mi chófer ha ido a buscar a Aniya, su esposa. Hace dos semanas que no la ve —la miró con ironía—. La echa de menos cuando está de viaje.

La mirada de Megan Saxon lo convenció de que sería feliz si lo viera quemarse en el infierno.

* * *

Megan siguió a Shafir por las escaleras de piedra que conducían a la imponente fachada del palacio. Al entrar en la antecámara la dejó sin aliento el estallido de color al que se enfrentó.

Miró a su alrededor con asombro. En el techo, arcos de piedra se encontraban y las paredes eran de un color rojo intenso. El suelo de baldosas de arcilla estaba cubierto de alfombras persas.

—Esto parece salido de *Las mil y una noches* —murmuró, asombrada por la opulencia—. ¡Menudo contraste con el árido desierto de fuera!

—Espera a ver los jardines.

—¿Jardines? —Megan volvió la cabeza para ver si bromeaba. Pero no había rastro de humor en sus rasgos—. ¿Hay jardines? ¿En el desierto?

—Oh, sí —asintió él—. Jardines frondosos y aromáticos, con fuentes y estanques. Incluso hay un palmeral.

—Me gustaría verlos —dijo ella, por fin.

Él sonaba convincente, no parecía estar burlándose.

—Los verás. Pero estoy seguro de que preferirías refrescarte antes.

De repente, apareció una joven esbelta con zapatillas de cuero y una túnica que la cubría de pies a cabeza.

—Ve con Naima.

—Pero...

Él ya se alejaba. Tragándose mil y una preguntas, Megan siguió a Naima a una puerta que había en la pared más distante.

Se encontró en un impresionante tocador. El suelo estaba cubierto de alfombras y las paredes estaban decoradas con lo que parecía seda entretejida con hilos de oro.

Una bañera de mármol hundida en el suelo ocupaba el centro de la habitación. Una pared estaba cubierta de espejos que reflejaban los helechos que colgaban de cestas de hierro, sobre la bañera. En la pared opuesta había una encimera de mármol con dos lavabos y toallas dobladas.

Naima abrió la puerta de un armario situado sobre la encimera. Dentro había secador, cosméticos, cepillos de dientes y dentífrico, lociones y maquillaje, todo sellado y sin utilizar.

—Si quiere un masaje después de bañarse... —Naima abrió una puerta y le mostró una camilla—, puedo dárselo ahí.

Megan se sintió muy tentada. Pero sospechaba que, si se dejaba mimar, bajaría la guardia y no podía permitírselo. Dejó el bolso sobre el mármol.

—Sólo me lavaré la cara y me peinaré.

—Yo puedo peinarla. Muy bien.

—No gracias, lo haré yo.

– Puedo traerle ropa, si quiere.

– ¿Mi maleta? – Megan no había visto que metieran su equipaje.

– La han llevado a su habitación.

Su habitación. El alivio que había sentido al saber que sus cosas estaban a salvo se esfumó. Era obvio que habían esperado su llegada. Su ansiedad volvió de lleno. Se preguntó qué quería Shafir de ella y por qué estaba allí.

– Puedo ir a por ella, si quiere.

– ¿Qué? – Megan había perdido el hilo.

– Su maleta. Iré a por ella.

– Oh, no, no le preocupes – dijo Megan, pero Naima ya había salido.

La asombró el deseo de complacerla de la joven, considerando que era una cautiva.

Mientras se lavaba el rostro pensó que quizá la motivación de Shafir fuera sexual. Sintió un pinchazo de miedo hasta que recordó cómo se había sentado en su regazo. Él podría haberse insinuado, forzarla. Pero no lo había hecho.

Solo se había librado del teléfono. Incluso cuando le había lanzado el agua a la cara se había controlado, y eso que había visto la ira en sus ojos fieros. Le había asegurado que estaba a salvo. Y luego, el hombre que la había secuestrado se había ofrecido a enseñarle los jardines. ¡Increíble!

Era tan enigmático como la esfinge. Con un suspiro, Megan cerró el grifo y agarró una toalla. Quisiera lo que quisiera, dudaba que fuera una esclava sexual. Dio gracias al cielo por eso.

Tal vez buscaba un rescate y pretendía devolvérsela a Jacques Garnier por una suma exorbitante. Tocó la encimera de mármol. No parecía que necesitara dinero, no si su familia tenía un palacio como ése.

¿Quién sería Shafir en realidad?

Shafir estrechó los ojos cuando Megan Saxon entró en el salón forrado de madera que consideraba su territorio.

Se había cepillado el pelo hasta hacerlo brillar como ala de cuervo. Pero no se había cambiado.

Quizá había pensado que eso equivaldría a admitir su derrota. Se preparó para escuchar otra fútil petición de que la llevara con Jacques. Cabía la posibilidad de que el traje gris fuera la única prenda decente que tenía y que el resto fueran cosas destinadas a seducir a Jacques.

No le gustó esa idea. Su mirada se endureció al contemplar la piel resplandeciente, libre de todo artificio. Irradiaba inocencia y sinceridad.

Ella se detuvo ante el diván donde él estaba reclinado, sin chaqueta, con las piernas estiradas y cruzadas por los tobillos.

—¿Quién eres, Shafir? No vistes como un bandido.

—¿Un bandido? —repitió Shafir con irritación— ¿Crees que soy un bandido?

—Lo estoy considerando —ladeó la cabeza y lo examinó con ojos críticos.

Él sabía lo que vería. Solía vestirse para estar cómodo, con una túnica, pero se había puesto el traje en su honor. Había pensado que así tendría más posibilidades de que lo acompañara. Tenía aspecto de hombre neo, distinguido y poderoso.

Nada que ver con un bandido.

—No tengo experiencia de cómo se visten los bandidos. Supongo que algunos visten muy bien —lo miró de arriba abajo con desdén.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que soy un bandido? —el tono meloso de Shafir habría advertido a sus enemigos que sentía una ira letal.

Pero ella parecía no percibir el peligro y examinaba una colección de cimitarras antiguas que había en la pared de espaldas a él.

—Tu actitud indica que eres un bandido, pero no sé qué beneficio esperas de mi secuestro.

—¿Beneficio? —repitió él, atónito. Él, un príncipe de Dhahara, no necesitaba nada de ella. Movié la cabeza—. ¿Qué crees que podría obtener?

—Dinero. Creo que vas a pedir un rescate.

Él estuvo a punto de reírse, pero comprendió que hablaba en serio. Si creía eso, debía de estar más asustada de lo que dejaba ver. Sintió un pinchazo de remordimiento.

—Sería un error. Sólo soy una vulgar turista.

Eso sí que hizo reír a Shafir, y su remordimiento se esfumó. Ella debía de pensar que era tonto.

—Nada de vulgar —se mofó, acercándose—. Eres la novia de Garnier y su familia tiene millones.

—Luego sí buscas un rescate —su rostro expresó decepción—. No pagara, te lo aseguro. Estás perdiendo el tiempo. No significa nada para él. Ni siquiera soy su novia.

—Esa no es buena estrategia —pensó que la mujer no tenía ningún instinto de supervivencia—. Deberías decirme lo importante que eres para Jacques, para que te conserve con vida.

—Gracias por el consejo —se apartó de él—. ¿Buscas un rescate o no?

—Claro que no. Como dije, soy amigo de Jacques.

– Eso podría ser otra mentira para persuadirme de que saliera del aeropuerto contigo – lo inspeccionó de nuevo. Aparte del traje elegante, no tenía nada en común con Jacques – . ¿Cuál es tu conexión con Jacques? ¿De negocios?

– Y familiar.

– ¿Sois parientes? – eso la sorprendió. Jacques no había mencionado tener familia en Dhahara.

– Lo seremos pronto. Familia política, por matrimonio – aclaró él, escrutando su rostro.

Megan sintió lástima de la futura esposa de Shafir. Tendría que soportar a ese hombre fiero y arrogante el resto de su vida, o al menos hasta que se hartara de ella y la dejase. Sin duda las leyes de Dhahara favorecían a los hombres y las ex-esposas no tenían ningún derecho.

Se preguntó si Jacques sabía lo arriesgado que sería permitir que Shafir, un hombre peligroso, se casara con su prima o lo que fuera. No había mencionado tener hermanas, pero sí un hermano. Eso demostraba que sabían poco el uno del otro y Shafir estaba arruinando su plan de un interludio romántico y relajado para conocerse mejor.

– El contrato prenupcial ya ha sido redactado – dijo él, fiero, interrumpiendo sus pensamientos.

Megan se estremeció, parecía colérico. Se preguntó si Shafir amaba a su futura esposa o si se trataba de un matrimonio convenido. Tal vez ésa fuera la norma en Dhahara. Su lástima por la novia se acrecentó, pero no quería pensaren eso. La boda no era asunto suyo.

Sólo le importaba descubrir por qué la había llevado allí y convencerlo de que la liberara.

Volvió a estudiar las cimitarras de la pared. Parecían reales. Sí no la soltaba, una podría resultarle útil, y además libraría a su futura esposa de un destino peor que la muerte.

– La cena está servida, Alteza – dijo un sirviente desde la puerta.

– ¿Alteza? – Megan lo miró boquiabierta.

– ¿Alteza? – repitió incrédula, minutos después, ya sentados ante una larguísima mesa. Jacques de mirada fiera la observaban desde los retratos de las paredes. Se preguntó si serían sus antepasados.

Él enarcó una ceja y siguió comiendo.

Ella pinchó lo que parecía una albóndiga. Hacer huelga de hambre no tenía sentido.

Había leído sobre la familia real en la guía, pero no entendía por qué había sido secuestrada por un jeque real. Estaban en el siglo XXI y no era como si la hubiera

visto en el desierto y su belleza lo hubiera enamorado hasta el punto de querer hacerla suya.

Sintió un escalofrío. Eso era una fantasía. Él ya tenía sus planes antes de verla. Había sido un acto calculado, en absoluto pasional.

– ¿Estás loco de remate? –le preguntó.

– No me insultes – Shafir dejó el tenedor en el plato. Sus ojos llamearon –. No soy ningún loco.

– ¿Cómo te has atrevido a secuestrarme, siendo un miembro de la familia real? – insistió ella.

– No te he secuestrado – apretó los labios.

– Pues estaré alucinando – alzó la barbilla –. Tengo la sensación de haber sido raptada.

– No ha habido cloroformo, ni ojos vendados, ni fuerza. No tienes ni un cardenal en el brazo – se inclinó para tocar la piel de su codo, provocándole un delicioso escalofrío –. Viniste sin protestar.

Ella tragó saliva. Tendría que haber pateado y gritado, pero había desechado su inquietud.

– Me engañaste... me mentiste.

– Pero no te forcé a nada. Y he prometido que no te haré daño, ¿no es verdad?

Ella asintió con desgana. Pensó en lo que sabía de la familia real. El rey Selim no tenía hijas, sólo varones. Tres, creía recordar. El príncipe heredero, otro dedicado al sector Financiero de Dhahara y un tercero que dirigía el ministerio de turismo del país. No sabía más.

– ¿Qué hijo eres tú? ¿El heredero, el que se dedica al dinero o el embaucador?

– ¿Embaucador? – sus ojos brillaron, divertidos.

– Sí, el que teje una red de embustes y convence a turistas inocentes para que visiten Dhahara.

– Eso me convierte en el embaucador.

– ¿Estás a cargo del turismo de la nación? – Megan soltó una carcajada incrédula –. Pues lo vas a tener muy difícil.

– ¿Y eso?

– Cuando la gente, sobre todo las mujeres, oigan que la amenaza de secuestro es una realidad en Dhahara, ya puedes decirle adiós al turismo.

– ¿Me estás amenazando?

– ¿Amenazarte? – Megan ensanchó los ojos –. Claro que no.

– Bien – gruñó él – Entonces, nos entendemos. Porque no le hablarás a nadie de este secuestro.

Megan ladeó la cabeza. Observó fascinada cómo un músculo se tensaba sobre su mandíbula.

— Bueno, mi familia estará esperando noticias más. Cuando no las tengan, empezarán a hacer preguntas. Mi cuñada, Alyssa, se dedicaba al periodismo de investigación antes de empezar a ayudarme con las relaciones públicas del viñedo, y era muy buena — Megan alzó los hombros y los dejó caer intentando dar la impresión de estar relajada y controlar la situación.

— ¡Sí me estás amenazando! — rugió él.

— No es una amenaza.

— Pero has dicho...

— Es una afirmación — observó, satisfecha, cómo los ojos de él se apagaban. Tal vez el príncipe Shafir comprendería que había mordido un hueso demasiado difícil de roer.

— Eres muy afortunada — murmuró él con los labios entrecerrados.

— ¿Afortunada? He sido abducida y trasladada a un remoto rincón del desierto, ¿y soy afortunada?

— Sí. Si hubieras amenazado a otro hombre con delatarlo, podría verse obligado a matarte.

— Eres un miembro de la familia real, no te atreverías. No puedes permitirte el escándalo.

— ¿Quién iba a enterarse? — estrechó los ojos hasta que se convirtieron en finas rayas.

Capítulo Tres

Megan se despertó y parpadeó al ver los rayos de sol que se filtraban entre las gasas que rodeaban la cama con dosel.

Había dado vueltas gran parte de la noche, tras su conversación con Shafir, hasta que el cansancio y el cómodo colchón de plumas la habían inducido al sueño poco antes del amanecer.

Al despertarse su inquietud volvió, a pesar del sol que acariciaba su piel.

"No te atreverías", le había dicho a Shafir. Pero Megan temía que su secuestrador de ojos de color bronce no se regía por las normas de la sociedad civilizada. Se atrevería a lo que quisiera.

Como había dicho: «¿Quién iba a enterarse?».

Sin embargo, a pesar de su voz ronca, a Megan no le había parecido una amenaza, sino una manifestación de su humor. Humor negro y árido, pero humor al fin y al cabo. Rememoraba su expresión cuando llamaron a la puerta.

—Un segundo —dijo, apartando las sábanas. Bajó de la cama y se puso un pantalón de chándal bajo el camisón corto antes de abrir la puerta. Era una mujer baja y rellenita, de ojos amistosos.

Megan, aliviada, le dio paso.

—*Sabah al-kheir*. Buenos días. Soy Aniya.

La esposa de Malik, sin duda.

Aniya inclinó la cabeza, cubierta por un *hijab*, y junto las manos ante su túnica de color azul.

—Su Alteza me envía a invitarla a desayunar.

—Así que no pretende matarme de hambre.

—Oh, no. Su Alteza... —Aniya la miró horrorizada y se tapó la boca con la mano.

—Era una broma —mala, sin duda. El humor negro debía de ser contagioso; ella tenía fama de decir siempre lo incorrecto, pero Aniya parecía devastada por su sugerencia. Tal vez el personal no supiera que Shafir la había secuestrado—. Disculpa. Dile al príncipe Shafir que bajaré dentro de diez minutos.

—¿Desea que Naima planche su ropa?

—¡No! —al ver su expresión contrita, Megan añadió—: No traigo nada que se arrugue.

—Es la primera vez que el príncipe Shafir trae a una mujer aquí. Estamos muy... —Aniya calló buscando la palabra correcta— emocionados.

Megan la miró con sorpresa. Por lo visto, no les parecía peculiar que Shafir llevara a casa a una mujer que no era su prometida. Eso era lo que tenía que dejar claro, su relación con él.

Iba a hacerlo cuando la invadió una oleada de ironía. Si el personal creía que estaba allí por una relación romántica, podía vengarse de él dando alas a esa opinión. La había secuestrado y aterrorizado; incomodarlo sería su venganza.

Tal vez llegara a oídos de su futura esposa, y ella cancelaría la boda. ¡Se merecía que lo rechazaran! Megan no solía ser vengativa, pero lo ocurrido el día anterior había exacerbado su indignación. Además, esa pobre mujer se merecía saber que su caballero andante era un desalmado.

—Soy muy afortunada —dijo Megan, sonriente.

—Sí —Aniya sonrió—. El príncipe Shafir es muy guapo y muy sabio.

—¿Sabio? —para Megan, un hombre que secuestraba a una turista extranjera, siendo miembro de la familia real y cabeza del turismo de la nación, distaba mucho de ser sabio.

—Oh, sí. Mucha gente cruza el desierto para consultar al jeque, y él escucha a todo el mundo.

La idea que Aniya tenía de Shafir no cuadraba para nada con la suya. Y Megan no le tenía miedo. Haría que se arrepintiera de haberla secuestrado y mantenerla cautiva.

—Le diré que su bella invitada se reunirá con él pronto —dijo Aniya.

Megan se detuvo bruscamente.

Shafir estaba en el balcón del enorme comedor, en el ala este del palacio. Magnífico, un jeque poderoso con una túnica blanca que contrastaba con su cabello de color ébano. No la había visto. Estaba apoyado en la balaustrada y sus antebrazos eran puro músculo y tendón, mientras contemplaba los jardines que había mencionado.

Más allá de las palmeras del jardín no había nada, ni rastro de vida. Sólo arena árida y brutal.

Megan miró la mesa auxiliar, junto a la pared, donde habían servido el desayuno. El leal Hanif estaba junto a la cafetera y Aniya llegaba en ese momento con una bandeja con melocotones, dátiles y queso blanco. La colocó entre un cuenco de yogur y una cesta de panecillos exóticos.

Shafir se dio la vuelta y Megan se sintió empalada por sus ojos. Dio un paso hacia ella y casi perdió los nervios. Casi.

Él había prometido no hacerle daño. Aniya estaba detrás de ella y Hanif estaba sirviendo el café. Por suerte, tenían audiencia.

—Oh, cielo, ya estás aquí —agitó las pestañas.

Shafir se quedó helado. Antes de que ella pudiera saborear su triunfo, alzó la cabeza como un animal acorralado y sus ojos destellaron. Avanzó un paso. Megan, alarmada, retrocedió.

— Perdona — le dijo a Aniya, al chocar con ella. Pero el golpe aplacó sus nervios; cuanta más gente, más seguridad.

— Buenos días, Megan Saxon — dijo Shafir.

— *Sabah al-kheir* — contestó ella, tras rebuscar en su memoria. Así la había saludado Aniya. Él inclinó la cabeza con aprobación.

— ¿Has dormido bien?

— ¿Tú qué crees? — lo retó.

Se acercó más a ella, provocándole una especie de aleteo de mariposas en el estómago.

— ¿Te remordía la conciencia? — le murmuró al oído.

— ¿Qué quieres decir?

Shafir estaba tan cerca que percibía el calor de su cuerpo, el aroma a jabón y sándalo y alguna otra especia de su piel. De reojo, vio a Aniya juntar las manos mientras una sonrisa indulgente iluminaba su rostro. Sin duda creía que se estaban murmurando palabras de amor.

— Mi conciencia no tiene problemas — siseó Megan—. La víctima soy yo. No intentes culparme por tu deleznable comportamiento.

— Siéntale.

Fue una orden. Un recordatorio de quién era él y del poder que ejercía en su dominio. Megan se mordió el labio y se sentó. Se prometió que le haría arrepentirse de su arrogancia.

— ¿Podrías pasarme el zumo? — le preguntó con dulzura, apoyando la mano en su brazo. Notó cómo los músculos se tensaban bajo sus dedos.

— ¿La señora quiere zumo? — Hanif se materializó a su lado de repente.

— Por favor — le sonrió, sin quitar la mano del antebrazo de Shafir. Una vez servida, tomó un sorbo de zumo y miró a Shafir—. Estoy deseando conocer a tu familia.

Él estrechó los ojos y ella sintió músculos y tendones tensarse aún más bajo sus dedos.

— ¿En serio?

— Oh, sí — soltó una risita forzada—. Tengo mucho que contarles a todos.

El hombre que tenía enfrente parecía tallado en piedra. Excepto porque su piel ardía bajo sus dedos. Megan movió la cabeza y se encontró con la mirada de Aniya que, desde donde estaba, no podía ver la expresión pétrea de Shafir. Aniya sonreía como si ante sus ojos se estuviera desarrollando el romance de la década.

A Megan se le secó la boca. Esa era la impresión que había querido provocar; era tarde para dar marcha atrás. Se obligó a enfrentarse a los ojos inescrutables de Shafir.

— Le preguntaré a tu familia cómo eras de niño —sonrió para ocultar que tenía el corazón desbocado—. Seguro que fuiste un niño adorable —hizo énfasis en adorable y lo miró con ironía. Aniya, a juzgar por su suspiro, la creyó.

Una mano se posó en la suya y atrapó sus dedos. Sus ojos la aprisionaron y el corazón le dio un vuelco. Se odió por sentir lo que sentía.

La había raptado en pleno día, la había llevado a su palacio del desierto y aún no le había dicho qué quería de ella. Sin embargo, la excitaba. Tragó saliva.

— ¿Tienes la garganta seca? — pinchó él—. ¿Quieres más zumo?

— Sí — gimió. Intentó liberar su mano, pero él apretó más; era mucho más fuerte que ella.

Megan, que no quería montar una escena después de lo que se había esforzado para dar la impresión de relación romántica, se llevó el vaso de zumo a los labios con la mano libre.

— ¿Así que quieres conocer a mi familia?

Ella se maldijo por haber dado pie a esa situación. Pero no iba a permitir que la intimidara.

— Sí — afirmó—. Me encantaría conocer a tu padre y a tus hermanos, incluso a tu madre, para ver qué mujer dio a luz a un hombre como tú.

— ¿Quieres que organice un encuentro para satisfacer tu... curiosidad? — sus cejas se unieron.

— ¿Por qué no, cielo? Parece que estoy aquí para quedarme. No vas a dejar que me vaya pronto, ¿verdad?

Megan notó que Aniya y Hanif ataban cabos y llegaban a sólo Dios sabía qué conclusión: ¿Amor? ¿Boda? ¿Un bebé en un cochecito rosa?

Pero el rostro impertérrito de Shafir le hizo preguntarse si había iniciado algo a lo que no podría poner fin. Había tirado de la cola del tigre. Una bestia peligrosa a la que no le gustaban las provocaciones.

— ¿Cómo te va de niñera?

Shafir acababa de volver al palacio de su padre, en Katar, tras celebrar la última comida con los delegados de turismo. Todos, excepto los dos que asistirían a la boda de Zarah, abandonarían Dhahara a medianoche. La cena había tenido lugar en el restaurante de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad y había ido muy bien. El inicio del ecoturismo en Dhahara era cosa hecha.

Lo último que necesitaba Shafir era que su hermano mayor le recordara a la mujer en la que llevaba intentando no pensar durante todo el día.

—La mujer va a volverme loco —repuso.

—Sabíamos que era una lunática —rió Khalid.

Su padre asintió con la cabeza desde el sillón situado bajo un grupo de cuadros que incluían un ángel de Botticelli y un arlequín de Picasso.

—Ya no estoy tan seguro de eso —aventuró Shafir—. He estado pensando que quizá en vez de ir a por el burro, hemos atacado a la montura.

—¿Qué te hace pensar que hemos errado el tiro? —preguntó Khalid.

—Megan sabía que Garnier tenía una reunión con un mercader de alfombras antes de que su avión aterrizara.

—Eso tiene fácil explicación —interpuso el rey, agitando la mano—. Jacques dice que es una colega de trabajo. Puede haberlo mencionado de paso.

Shafir no quiso discutir con su padre, pero no estaba en absoluto convencido.

—No nos has dicho qué está haciendo para volverte, loco —dijo Khalid.

Shafir no iba a admitir, ni siquiera ante sí mismo, que el deseo que había sentido esa mañana lo había llevado a abandonar el palacio antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse. Como abrazar a Megan y besarla hasta que el brillo de sus ojos se convirtiera en una llama de deseo como la que quemaba su alma.

Ese día, su seductora sonrisa había asaltado su mente en los momentos más inoportunos. Había llegado a preguntarse si se estaría volviendo loco. Pero no tenía ninguna intención de confesarle eso a su hermano. Así que esbozó una sonrisa irónica.

—Ya sabes cómo son las mujeres.

Por supuesto, Rafiq el romántico, eligió ese momento para aparecer.

—Ah, te has dado cuenta de que es una mujer.

—Tendría que ser ciego para no notarlo. No hay hombres con esas curvas y esa melena.

Pero Rafiq no se inmutó por el sarcasmo, soltó una risita.

—Ya te sugerí que la sedujeras, que le hicieras olvidar a Jacques.

Si Rafiq supiera que había sido Megan quien había intentado seducirlo esa mañana... Shafir se aflojó la corbata, sintiendo una oleada de calor.

—No tendrías que estar aquí —dijo Khalid—. Necesitas mantener la presión si quieres que la seducción tenga efecto.

—Tal vez sea bueno que se distancie —apuntó el rey—. La ausencia a veces afianza el vínculo.

Shafir estuvo a punto de soltar una carcajada. Ella no iba a echarlo de menos. Megan lo odiaba. Y no podía culparla; era su prisionera. Su sensual y atractiva cautiva no tenía más remedio que esperar su regreso.

– Hablando de ausencias, no he visto a Zarah. ¿Cómo van los planes de boda? – preguntó Shafir.

– No hay problemas. Zarah está muy enamorada – contestó Rafiq, sonriente.

– Y no sabe nada del caos que intentó crear esa mujer viniendo a Dhahara – añadió Khalid.

– Quiero que la situación siga así – el rey Selim miró a su hijo mediano—. ¿Está claro, Shafir?

– Clarísimo – afirmó Shafir. Nunca desobedecería una orden del hombre que era su padre y su rey. Miró de nuevo a Rafiq – ¿Qué me dices del novio?

– ¿De Jacques? – Rafiq lo miró intrigado.

– ¿Está ansioso por que se celebre la boda?

– ¿Por qué no iba a estarlo?

– Lleva muchos años siendo un soltero de oro – Shafir alzó una ceja –. Tal vez le inquiete perder su libertad. Nervios de última hora. Podría pensar que Megan Saxon es una forma de escabullirse.

– Oh, no – Rafiq negó con la cabeza –. Ha comentado cuánto lo aliviaba que le estuvieras ocupando de esa mujer y que no pudiera poner en peligro su boda. Cuidará bien de Zarah.

– Hum – Shafir cruzó las piernas y examinó sus relucientes zapatos italianos. Había estado dispuesto a conceder a Megan Saxon el beneficio de la duda, incluso a acorrallar a Jacques y hacerle algunas preguntas.

Hasta esa mañana.

La intención de Megan había sido clara; su presa había sido él, en vez de Garnier. Eso le había demostrado que no era más que una chica que buscaba diversión y un hombre rico.

Shafir recordó la voz melosa de Megan, fingida, y el tacto sedoso de sus dedos. Sin duda lo había planeado todo» pero aun así le había resultado casi irresistible.

Su comportamiento esa mañana había sido la primera indicación de que tal vez fuera la seductora que su familia creía que era. Y había sentido una horrible decepción, porque hasta ese momento había dudado de lo que le habían dicho.

Miró a Khalid, que reía con su padre.

Nunca antes había dudado de la sabiduría de los hombres de su familia. Los años que había pasado en el desierto le habían confirmado que las tribus sentían un gran respeto por su padre.

Sin embargo, había llegado a pensar que su padre y sus hermanos habían juzgado mal a Megan Saxon. Sólo porque ella era espontánea y cándida: decía lo primero que se le pasaba por la cabeza y parecía transparente y sincera.

Además, exacerbaba su instinto protector hasta el punto de que había acabado prometiéndole que estaría a salvo... incluso de él.

Capítulo Cuatro

La reacción inicial de Megan, cuando se enteró de que Shafir había ido a Katar por asuntos de negocios, fue de euforia. No tenía intención de seguir allí cuando volviera. Su plan era utilizar uno de los vehículos que había visto cuando llegó.

Hanif sonrió cuando le dijo que después de almorzar quería dar una vuelta por el desierto.

—El jeque comentó que podría querer ir de paseo, pero el desierto es peligroso para quien no lo conoce; dijo que no podía salir sola.

—No tendré problemas —afirmó, consciente de que él había previsto su estrategia—. No iré lejos y, si tengo un buen mapa, no me perderé.

—Todos los vehículos tienen GPS —dijo Hanif—. Pero el príncipe insistió en su seguridad. La acompañaré en su exploración, y Naima vendrá como carabina.

Megan se rindió. Escapar era imposible con un guía y una carabina.

—Da igual. Esperaré a que vuelva el jeque.

Hanif asintió, respetuoso, mientras Megan hervía por dentro. Tendría que buscar otra salida.

Intentando aparentar indiferencia, fue al despacho de Shafir. Era una habitación ordenada y moderna, muy distinta al resto del palacio. No había ordenadores a la vista.

Había una conexión telefónica, pero el aparato no estaba; Shafir lo había retirado, sin duda. Abrió los cajones del escritorio pero sólo encontró cuadernos, lápices y bolígrafos. Los armarios de caoba que ocupaban una pared estaban cerrados con llave. Megan maldijo en silencio. Tenía que haber un teléfono en un lugar tan grande.

Registró el palacio sistemáticamente, sin éxito. Concluyó la búsqueda en el dormitorio de Shafir. Sintióse como una intrusa, cerró la puerta a su espalda.

Una enorme cama tallada dominaba el espacio; los arcos que se abrían a un balcón privado estaban enmarcados por cortinas de brocado en tonos azules y oro. Por la noche se verían las estrellas del desierto desde la cama.

Junto a la cama, un equipo estéreo de última tecnología revelaba un inesperado amor por la música: había un montón de libros en la mesilla, junto a un teléfono.

Un teléfono. A Megan se le aceleró el corazón. No perdió tiempo mirando los títulos de los libros. Ya saboreaba su libertad.

No se sabía de memoria el número del móvil de Jacques, pero podía llamar a su empresa y pedirle que fuera a buscarla. Después llamaría a sus padres para explicarles la situación.

Su euforia duró bien poco.

La operadora le proporcionó el teléfono de Garnier International, pero al marcarlo descubrió que el aparato estaba bloqueado por contraseña. Una vez más, Shafir se había anticipado.

Volvió a sentirse atrapada. Por lo visto, tendría que resignarse a seguir allí.

Al día siguiente vio a Naima hablar por móvil y se animó. No se le había ocurrido preguntar al personal. Shafir había dicho que no había cobertura en el desierto, maldito fuera, y lo había creído.

—¿Puedes prestarme tu teléfono?

—Claro —Naima sonrió con sorpresa—. Pero apenas queda crédito en la tarjeta.

Megan pensó que era mejor que nada. Se apartó de Naima y llamó a Garnier International, en París, y allí obtuvo el número de su oficina. Eso la llevó a una secretaria que se negó a darle su móvil, a pesar de sus súplicas y de que alegó tener una reunión con Jacques al día siguiente.

Naima la observaba con curiosidad y Megan bajó la voz. La secretaria accedió a darle su mensaje a Jacques.

—Estoy con el príncipe Shafir en Qasr al-ward, por favor, ven a por mí urgentemente —dictó Megan.

La secretaria sonó aún más fría y Megan supuso que la había tomado por una loca. Justo en ese momento se acabó el crédito del teléfono.

—Lo siento. Te daré dinero para otra tarjeta —le dijo a Naima. No todo estaba perdido, volvería a llamar cuando Naima recargara el teléfono.

—Malik me traerá una tarjeta cuando vuelva de Katar. Siempre lo hace —dijo Naima.

—¿Malik? ¿El chófer del jeque?

—Sí, está con el príncipe Shafir.

—¿Es la única manera de conseguir una tarjeta?

Naima asintió.

—¿Tiene teléfono Aniya?

—Oh, no —la joven se rió—. Dice que es demasiado mayor para esos juguetes. Y Hanif se niega a utilizar uno, es supersticioso.

Megan pensó que los estanques, jardines y habitaciones del palacio necesitarían mantenimiento continuo. Pero en los últimos días sólo había visto a Aniya, Hanif y Naima. El guardaespaldas debía de haberse ido con Shafir.

—¿No vive nadie más aquí?

—Sólo Mahk y la guardia personal del jeque. Está pensando en contratar a un hombre para que ayude a Hanif, pero al príncipe le gusta la paz.

—¿Y los jardines? ¿Los estanques? ¿Quién se ocupa de ellos?

—Hay jardineros y un servicio de limpieza, volverán a finales de semana.

Eso era demasiado tarde. Shafir ya habría vuelto para entonces.

Jacques no fue a rescatarla. Su gélida secretaria seguramente habría tirado el mensaje a la papelera.

Para paliar su frustración, Megan había explorado el palacio, el huerto vallado y un jardín oculto lleno de fragantes flores. El día anterior había sesteado junto a un estanque rodeado por altos muros cubiertos de exóticas trepadoras en flor. A pesar de la belleza, del lujo y la atención constante, se sentía cada vez más enjaulada.

Sus inquietos paseos de un lado a otro habían provocado sonrisas irónicas de Aniya y Hanif. No había tardado en comprender que achacaban su inquietud a que echaba de menos a Shafir.

Al menos su miedo por el secuestro se había desvanecido con su marcha. Sólo sentía cólera por la desaparición de Shafir.

En Nueva Zelanda, su familia estaría inquieta por ella, más cada día. Habían esperado que telefonara para comunicarles que había llegado bien. Si no regresaba a casa cuando esperaban, su madre se volvería loca de preocupación.

Y todo sería culpa de él.

Además, era obvio que Jacques no había recibido su mensaje y él también estaría preocupado. Maldijo a su fría secretaria.

Megan reflexionó. Tal vez sí hubiera recibido su mensaje. Podía haberse puesto en contacto con Shafir, que le habría contado un montón de mentiras. Desconocer lo ocurrido la volvía loca.

Entretanto, tenía que mantener la simulación que ella misma había iniciado: que estaba enamorada de Shafir.

Para disgusto de Shafir, su estratégica retirada a Katar no había conseguido que se sacara a Megan de la cabeza.

Cada tarde, con sus hermanos, asistía al *majlis*, la audiencia que se celebraba en la antesala de palacio, donde los ciudadanos buscaban la ayuda de la familia real. Había tenido la esperanza de que escuchar los problemas de otros le hiciera olvidar los suyos. Pero no había sido así.

Cuando un ciudadano informó de que su hermano se había llevado su televisor sin permiso y lo había roto, Shafir pensó en la ira de Megan cuando le quitó su teléfono móvil. Lo había llamado ladrón. Se sintió culpable por eso.

Un hombre que había viajado un día entero para asistir a la audiencia, relató que su prometida había huido con un vecino. El hombre confesó que deseaba matarlo y Shafir pensó en Megan, a quien había retenido en contra de su voluntad.

Sin embargo, no podía aprobar un asesinato. Aconsejó al hombre que abandonara la idea porque no merecía la pena arriesgar su libertad y su vida por venganza. Mejor dejar ir a la mujer.

Sabía que él no iba a seguir su propio consejo y liberar a Megan, y que la ira de ella crecería día a día. Eso le hizo sentir bastante culpabilidad y vergüenza.

Ni siquiera tuvo descanso tras la última audiencia, porque llegaron Zarah y su madre, seguidas por Jacques. Zarah tenía arruguitas de preocupación alrededor de los ojos y hasta el gallardo Jacques parecía algo nervioso.

Tal vez se preguntaba qué había hecho con Megan.

Mientras Zarah y su madre, una australiana que se había enamorado del tío de Shafir, ya difunto, abrazaban al rey, Jacques fue hacia las mesas que se habían utilizado para el *majlis*.

—Espero que no tengáis un problema —Shafir miró a Zarah y luego al francés, entrecerrando los ojos—. Si es un asunto del corazón, tendríamos que llamar a Rafiq. Él es el experto en eso.

—Oh, no. En absoluto —Jacques sonrió, pero la risa no llegó a sus ojos. Se volvió hacia Khalid—. Entiendo que te debo mi humilde agradecimiento por librarme de una terrible situación.

—Se lo debes a Shafir —contesto Khalid—. El rey nos dijo que hacía tiempo que tenías problemas con esa mujer.

—¡Oh, sí! —asintió él con énfasis.

—¿Por qué no nos lo habías dicho antes? —preguntó Shafir.

Jacques se puso rígido.

—No quería que se supiera —Jacques abrió las manos—. Me preocupaba Zarah —miró de reojo a su prometida, que seguía conversando con el rey.

Si se hubiera tratado de otro hombre, Shafir habría sospechado que el novio no quería perderá una novia rica. Pero era Jacques Garnier, hijo de Pierre Garnier heredero de una fortuna. Y supuestamente enamorado de Zarah.

—Tendrías que haber confiado en nosotros —lo regañó Khalid—. No le habríamos dicho a Zarah nada que le hiciese daño. Mi padre la adora.

—Supongo que debería habérselo dicho, pero la verdad... —Jacques parecía incómodo—. Es humillante ser perseguido así por una mujer.

Shafir pensó en Megan, en sus ojos brillantes y la suave curva de su trasero cuando la tuvo sobre su regazo, en la limusina. En absoluto humillante.

—Yo no diría eso —objetó—. Creo que cualquier hombre se sentiría halagado si lo persiguiera una mujer tan deseable.

—¿Eso crees? —Garnier hizo un gesto extraño.

—Oh, sí —afirmó Shafir, dejándose llevar por los demonios—. Cuando te toca su piel es como la seda, su tono se vuelve grave... —su voz se apagó.

– ¿Ha hecho eso? – tartamudeó Jacques.

Tanto Khalid como él lo miraban con asombro.

– Desde luego – Shafir esbozó una sonrisa lenta, como si recordara un intenso placer sexual.

Jacques pareció claramente molesto, no aliviado como había esperado Shafir.

– Pero claro, era de esperar – Shafir dejó caer la bomba en el eléctrico silencio que siguió.

– ¿Qué quieres decir?

– Es su forma de actuar, ¿no? Ha transferido sus indeseadas atenciones de ti a mí – Shafir se recostó y estiró los brazos con aspecto de macho satisfecho –. Me he convertido en el objeto de su obsesión – sonrió.

Una sonrisa de tigre. Y esperó.

Khalid parecía atónito; Jacques lo miraba con fijeza. El silencio duró un largo y tenso momento.

– Es bueno que la mantenga ocupada. Eso te permitirá casarte sin la interferencia de una mujer que te humilla con su pasión, ¿no crees?

– Por supuesto, cierto – dijo Jacques rígido.

– Bien. Entonces todos estamos satisfechos – la sonrisa de Shafir se amplió.

– Alteza.

Shafir se quedó helado al ver a Megan. Había hecho el viaje de vuelta en un tiempo récord, tras prometerle un plus a Malik y con cada kilómetro su deseo de verla se había multiplicado.

Pero el recibimiento superaba todas sus fantasías. No pudo evitar mirarla como un adolescente hambriento y libidinoso. Llevaba un vestido que cubría sus brazos y caía hasta sus tobillos de un exquisito color turquesa que realzaba los reflejos azules de su cabello negro. Se había delineado los ojos rasgados con *kohl* y estaba tan sensual que el corazón se le paró.

Ella puso las manos en sus hombros y él se tensó al captar su esencia suave y femenina. Inhaló profundamente. Sintió el eco de su propio pulso en la cabeza, el pecho, la entrepierna.

– Megan – consiguió decir, con esfuerzo.

– Shafir, yo... nos alegramos de que hayas vuelto – pasó los dedos por su manga y lo miró a los ojos.

Él se preguntó a qué diablos jugaba.

Ella bajó las pestañas. Shafir miró a su alrededor. Hanif sonreía con indulgencia y Aniya tenía la misma expresión que cuando veía los culebrones que tanto le gustaban. Miró de nuevo a Megan, con aprensión.

—¿Te has entretenido? —preguntó él, con el fin de pincharla recordándole que ni siquiera se había molestado en avisarla de su partida.

—Sólo tengo un deseo —dijo ella, sin inmutarse.

Deslizó los dedos por la manga de su túnica, dejando un camino de fuego a su paso.

Shafir se descubrió conjurando imágenes pornográficas de los deseos de Megan, y anhelando satisfacer cada uno de ellos.

Hanif y Aniya los observaban, absortos con la magistral representación. Él sabía que no era más que eso. Miró a Hanif.

—Tomaré un café, por favor. También para la señorita Saxon.

—Ahora mismo, Alteza —Hanif se inclinó con cortesía y salió, obediente y leal como siempre.

Sin embargo, Shafir tenía la sensación de haber perdido el control sobre su personal.

—Me gustaría saber más sobre tus deseos —le dijo a Megan, consciente de que sólo ella captaría la amenaza de cumplirlos en su voz. Le pareció oír un suspiro de Aniya, pero cuando volvió la cabeza ella se alejaba por el pasillo.

Shafir agarró la mano de Megan, la condujo al salón pequeño y cerró la puerta.

—¿Qué quieres?

Contempló, divertido, cómo liberaba su mano y retrocedía tres pasos. Era obvio que no se sentía tan segura sin público.

—Me gustaría utilizar un teléfono.

—¿Es eso lo que quieres? —la miró pensando que su descaro no tenía límites.

Ella asintió con los ojos muy abiertos.

—¿Es tu mayor deseo?

Megan asintió de nuevo.

—Me decepcionas —estiró el brazo y tocó su mejilla—. Pensé que tu mayor deseo podría tener que ver con esto —deslizó el pulgar mejilla abajo y lo pasó por sus labios. Ella gimió y él sintió su cálido aliento en la piel.

—O tal vez esto —se inclinó hacia delante y sustituyó el pulgar por la lengua, que deslizó por el interior de su labio inferior. Ella se relajó un segundo y entreabrió los labios, luego se tensó.

—¡No! —alzó las manos y empujó su pecho—. No quiero eso. Quiero un teléfono.

—Para llamar a tu amante francés.

—Si te refieres a Jacques, sí —lo miró con las pestañas entrecerradas—. Estará preocupado.

—¿Eso crees? —Shafir pensó en Jacques, hacía unas horas, rodeando a Zarah con un brazo.

—Claro. ¿No lo estarías tú si la luz de tu vida desapareciera?

—¿Eres la luz de la vida de Jacques? —preguntó Shafir con suavidad, retrocediendo un paso.

—Sí —desvió la mirada.

—Dijiste que no eras su novia, que no pagaría rescate porque no significabas nada para él.

—Mentí. Sí soy su novia.

Él se preguntó si mentía en ese momento o si había mentado antes. En cualquier caso, eso probaba que no era de Fiar.

Jacques siempre había afirmado que ella había ido tras él. Se preguntó si sería cierto, si esa deliciosa y vivaz mujer no era más que una manipuladora que quería atrapar a un hombre rico, aunque eso arruinara la vida de Zarah.

Shafir se frotó la mandíbula, preguntándose si Megan sabría que el nombre de Zarah significaba "luz". O si le importaba que Jacques fuera la luz de la vida de su prima.

Se sintió harto del asunto. Cruzó la habitación y sacó un sofisticado teléfono de conexión vía satélite del maletín. Dejaría que llamase a Jacques. Así comprobaría quién decía la verdad.

—Llámallo, así veremos si viene corriendo.

—Gracias a Dios, vendrá. No todos los hombres son unos salvajes como tú.

—Quizá si yo silbara, tú vendrías —la pinchó él.

—En tus sueños.

—No, cariño, sería en los sueños de ambos.

Los ojos de ella destellaron con ira, pero él la ignoró y le ofreció el aparato.

—Tendrás que acercarle a la ventana, o no funcionará, es algo distinto a un móvil.

Ella aceptó el teléfono. El breve contacto con sus dedos le provocó una llamarada de deseo que lo desconcertó. Ya no era ningún niño. Había tenido más amantes de las que podía recordar y lo sabía todo del placer gracias a mujeres que trataban el sexo como un arte que llevaban a la perfección. Sin embargo, nunca un contacto accidental lo había excitado tanto.

Cuando volvió a centrarse, ella ya estaba hablando, de espaldas a él, junto a la ventana.

—¿Mama, llamo para decirte que estoy en Dhahara?

Miró su espalda con incredulidad. Había llamado a su madre, no a Jacques.

Agitaba la mano libre mientras le hablaba a su madre del tono dorado que adquiriría la arena del desierto al amanecer, y preguntaba por su padre, el tiempo y la cosecha.

— Yo también te quiero, mamá. ¿Puedo hablar con Alyssa?

Los músculos de Shafir se tensaron con incredulidad. Se refería a su cuñada, la periodista. Se acercó en dos zancadas, le quitó el teléfono y lo apagó.

— Oh, no. ¡De eso nada!

Capítulo Cinco

—¡No puedes hacer eso! —Megan lo miró con ira—. Ahora mi madre se preocupará.

—Ya le habías despedido. Pensará que ha sido un problema de conexión — Shafir agitó la mano con indiferencia.

—Me espera de vuelta en casa pronto.

—Le has dicho que sigues en Dhahara. Eres una mujer adulta. Imaginará que volverás a llamar antes de emprender el regreso.

Megan contó hasta diez. Él tenía respuesta para todo y además sonaba muy razonable.

—Alteza, la cena está servida —la voz cantarina de Aniya impidió que Megan le dijera exactamente lo que pensaba de él y de la increíble arrogancia de su comportamiento.

—No tengo hambre —dijo ella. Lo último que le apetecía era comer, sobre todo si implicaba compartir la mesa con él.

—¿Y propagar el rumor de que te mato de hambre? —Shafir enarcó una ceja con ironía.

—¿Así que tus empleados son tus espías? —inquirió ella, recordando el comentario que le había hecho a Aniya.

—Entre otras cosas. Pago bien —mostró unos dientes blanquísimos—. Aniya incluso actúa como carcelera si se lo pido.

Se estaba burlando de ella. Al pensar en la regordeta y amable Aniya como carcelera, Megan no pudo evitar una sonrisa.

—De acuerdo, cenaré contigo —aceptó.

La expresión tensa de Aniya se transformó en una sonrisa cuando Megan dedicó a Shafir lo que esperaba pareciese una mirada de adoración. Megan se dijo que sólo lo hacía para no disgustar a la maternal mujer. Seguramente Aniya había pasado horas cocinando.

Megan siguió a Shafir a una acogedora alcoba, tras un arco árabe, donde había una mesa puesta para dos.

Las ventanas estaban abiertas para dejar pasar el aire de la tarde y se veían los magníficos jardines que Megan había explorado los días anteriores. A la habitación llegaba el perfume de las gardenias y los jazmines, junto a otros aromas exóticos que no podía identificar.

Un sirviente, un hombre más joven que Hanif, que debía de haber llegado de la ciudad con Shafir entró y colocó una bandeja humeante en la mesa junto con otras bandejas pequeñas de verduras variadas. Aunque había alegado no tener hambre, el estómago de Megan gruñó.

El joven se marchó, dejándolos a solas.

Era un cambio de las noches anteriores: Megan había cenado en el comedor grande, atendida servicialmente por Aniya y Hanif. Les había suplicado, sin éxito, que se fueran. El silencio expectante y la atención continua habían sido demasiado para ella, acostumbrada a las bulliciosas comidas familiares en las que todos se peleaban por hablar.

Al menos, la ausencia de Aniya y Hanif la liberaban de la simulación. No había necesidad de flirtear con Shafir.

—¿Qué es? —preguntó cuando Shafir le pasó una bandeja, interrumpiendo sus pensamientos.

—*Bawitti*, estofado de quingombó y cordero sobre una base de tomate.

—Suena delicioso —Megan se sirvió y descubrió que así era. Tierno y aromatizado con cilantro.

—Esto es *fattoush*.

—Sí, lo comí anoche —dijo Megan, mirando la mezcla de pepino, tomate y menta picada espolvoreados con picatostes que le ofrecía.

—Me extraña que Aniya haya vuelto a prepararlo tan pronto.

—Le dije a Hanif que me gustaba mucho —dijo ella. La emocionó que se hubieran tomado la molestia de prepararlo otra vez.

—Oh —Shafir la contempló.

Ella deseó poder leer los pensamientos que ocultaban los ojos bronce de Shafir. Se preguntó si agradecería la consideración de Hanif y Aniya con su huésped o si los amonestaría por intentar que se sintiera cómoda.

—¿No crees que ya es hora de que me digas por qué me retienes aquí?

Él la miró sin parpadear.

—Vamos, Shafir, esto ya ha durado demasiado —suspiró con impaciencia y dejó el tenedor—. ¿No me merezco saberlo?

Más silencio.

—Vale, no contestes —Megan agitó las manos en el aire—. Hablaré yo. He tenido mucho tiempo para pensar en el tema durante tu ausencia.

Él había dejado de comer, tenía su atención.

—No pretendes hacerme daño.

—¿Qué te ha convencido de eso?

—Alabado sea Alá —Megan miró hacia el lecho—. Su Alteza Real vuelve a hablar.

—No blasfemes —rezongó él.

Pero su boca se había suavizado y sus ojos destellaron.

– Me convencieron tus empleados. Aniya, Naima y Hanif me tratan con respeto. Se comportan como si fuera la huésped de honor de un hotel de cinco estrellas.

– Me complace saber que te han atendido bien – dijo él con una inclinación de cabeza.

– De eso se trata, precisamente – Megan lo miró exasperada. Por culpa de sus propias maquinaciones, los empleados pensaban que era una «amiga» muy especial del jeque.

Eso le había hecho preguntarse por la mujer con quien Shafir iba a casarse. La mujer que lo vincularía a Jacques por matrimonio.

Había llegado a la conclusión de que tenía que ser una boda concertada, dado que el servicio obviamente no conocía a su prometida. Eso significaba que Shafir no debía de amarla. A Megan le parecía una tragedia.

– ¿Qué estás pensando?

– Nada – Megan parpadeó.

No podía admitir que estaba pensando en lo horrible que sería para él quedar atrapado en una relación carente de amor. Posiblemente no lo preocupara, porque podía tener tantas esposas como deseara. Se preguntó porqué perdía el tiempo preocupándose por su vida amorosa; no era un amigo ni nadie que le importara.

– La única explicación que tiene sentido es que me secuestraras para pedirle un rescate a Jacques – dijo, obligándose a volver al tema esencial.

– ¿Eso tiene sentido? – torció la boca –. Soy miembro de la Familia real, y los cofres del tesoro están repletos. ¿Por qué iba a necesitar un rescate?

– Tiene sentido si necesitas dinero pero tu familia no lo sabe – dijo ella, irritada por su gesto burlón. Vio en sus ojos que su teoría lo disgustaba. Decidió pincharlo un poco más – Tal vez tengas un hábito que requiera dinero.

– ¿Un hábito?

– No de los que lleva una monja – explicó ella, imaginándose lo ridículo que estaría Shafir con un hábito negro –. Algo que haces que se ha vuelto problemático. ¿Juegas? ¿Tienes deudas?

– Sé lo que significa "hábito". No puedo creer...

– ¿Qué? ¿Qué alguien haya descubierto la verdad? ¿Por eso has desaparecido estos días? ¿Para pasarlos apostando en un casino?

Él le lanzó una mirada tan furiosa que Megan pensó que habría sido mejor callar. Cabía la posibilidad de que fuera drogadicto. O traficante de armas. Se estremeció.

– No necesito dinero. ¿Entendido?

Ella asintió con premura, sin decir una palabra.

– ¿Entonces? – rugió él.

Ella se preguntó qué significaba ese "¿Entonces?". Señaló un cuenco que contenía *muhammar*, una mezcla de arroz dulce y dátiles.

— ¿Podría tomar un poco de eso, por favor?

Los ojos de él llamearon un momento.

— Me acusas de... — como si le faltaran las palabras, sacudió la cabeza—. ¿Y ahora quieres más comida? — apretó los labios como si estuviera conteniendo el deseo de echarse a reír.

— Por favor.

Megan se sintió mejor. Ya no estaba enfadado. Ni siquiera le había recriminado que hubiera dicho que no tenía hambre. De repente, supo a ciencia cierta que Shafir nunca le haría daño.

Y que no era un traficante de armas. Era duro, pero habría apostado la vida a que era honorable. No ganaría dinero a costa de la miseria humana.

Megan se relajó. Fue fácil preguntarle por el tipo de música que le gustaba, charlar de las últimas novelas que habían leído y de una exposición fotográfica que ambos habían visto. Mientras conversaba, los ojos de él brillaban y dejaba atrás su actitud reservada y arrogante.

La fascinaba.

Era una compleja mezcla de opuestos aparentemente irreconciliables. El jeque del desierto que podía lucir un traje de diseño con elegancia pero que parecía más cómodo con la túnica tradicional que, Megan no podía negarlo, le quedaba perfecta.

Cuando Hanif llegó con una cafetera de cobre y tazas, Megan estaba repleta y extrañamente satisfecha. Por una vez, no fabricó la oportunidad de rozar su mano con coqueteo y simular ser su amante. Se limitó a relajarse.

— No podría comer una migaja más — protestó cuando Hanif se marchó y Shafir le ofreció un cuenco con trozos de *halva*.

— Pruébalo. Está delicioso.

— Lo sé — miró el dulce con añoranza—. Pero estoy demasiado llena.

— Mmm... — murmuró él, tras meterse un pedacito en la boca.

Ella deseó no haberlo rechazado. Él debió de leerle el pensamiento, porque levantó otro trozo y lo acercó a sus labios.

— Pruébalo — le dijo.

Megan contuvo un gemido. Abrió la boca y el *halva* se deshizo en su lengua. Él la miró mientras saboreaba el dulce de textura crujiente. Vio que sus pupilas se oscurecían y su cuerpo se tensaba.

— Delicioso — dijo ella. Su voz sonó ronca y demasiado sexy. Cerró los ojos con horror. No entendía lo que estaba haciendo.

— ¿Quieres venir a pasear por el jardín?

Ella abrió los ojos de golpe. Se preguntó por qué la invitaba. Tal vez pensaba que sería más susceptible a la seducción fuera, durante el ocaso.

Rechazó la idea. Estaban solos y él no había intentado nada. A pesar de que debía de haber visto algo..., lo que fuera, en sus ojos cuando saboreaba ese *halva*.

—Sí —súbitamente desesperada por salir del reducido espacio. Megan se puso en pie.

Una vez salieron al resplandor dorado del atardecer, Megan volvió a respirar. Una quietud serena los envolvió como una gasa de seda. El cielo tenía distintos tonos de rosa oscuro que se diluían en ámbar más allá de las altas paredes de piedra, por los últimos rayos de sol.

—Es bellissimo —Megan suspiró—. Hace que uno olvide lo árido que puede ser el desierto.

—Y su peligro para los poco precavidos.

Megan lo miró preguntándose si sería una advertencia. Sus afilados rasgos podrían haber sido tallados de la misma piedra que el palacio. No había atisbo de suavidad, eran tan duros y peligrosos como la tierra que rodeaba los muros.

Desvió la mirada y caminó hacia un jardín cerrado con las paredes cubiertas de madreselva que emitía un perfume exótico. Había pasado muchas horas allí leyendo y pensando, mientras él había estado ausente.

—No todo es así —se detuvo junto a la fuente en la que burbujeaba el agua, refrescante—. Aquí no hay peligro ni aridez.

—Habría pensado que este jardín en concreto te parecería el lugar más cruel y duro de todos.

—¿Qué quieres decir?

—Está vallado por una razón —contestó él con una expresión peculiar en los ojos.

—¿Qué razón? —preguntó con inquietud.

—Mis antepasados traían a las mujeres que capturaban a este palacio.

—¿Esclavas sexuales?

—Y este jardín aromático rodeado de muros y el huerto colindante...

—¡Eran parte del harén! —concluyó ella.

Había pasado mucho tiempo allí. De haberlo sabido...

—¿Cómo lo has adivinado?

—Por los muros. Y porque podía pasear aquí cuando otras muchas zonas que se ven desde arriba son inaccesibles y, obviamente, prohibidas.

—Sin embargo, las zonas más bonitas están en el harén, como el Jardín de los estanques, que lleva allí cientos de años.

—El Palacio de las rosas... ¿No debería llamarse el Palacio del placer?

—Eso era exactamente en sus orígenes.

—¿Y las mujeres? ¿Las que tus antepasados aprisionaban aquí? ¿Qué les ocurrió?

—Muchas vivieron vidas largas y felices.

—¡No lo creo!

—Hay diarios de la época —encogió los hombros—. Uno o dos han sido traducidos al inglés, si quieres leerlos.

—No —rechazó ella.

—Curioso —la miró—. No me había dado cuenta de que eras de mentalidad cerrada.

—No lo soy —dijo ella con los labios apretados. Él clavó la vista en su boca y ella sintió un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Entonces, ¿por qué te cierras cuando tienes la posibilidad de descubrir más?

Megan se preguntó si era eso lo que estaba haciendo. No la había amenazado. El entorno era paradisíaco y él podía haber callado. Sin embargo, le había contado la verdad del origen del palacio.

Ella no era una de esas pobres mujeres. Eso era cosa del pasado. Era fuerte, tenía determinación e independencia. Leer sobre la vida que habían llevado sería interesante. No podía hacerle ningún daño, sin duda.

—Estoy segura de que a las pobres les lavaron el cerebro —contestó con indiferencia—. Pero puedes mandarme uno de los libros con Naima, si quieres. Tal vez lo lea.

Él asintió y veló su mirada penetrante.

A su pesar, Megan se sintió burlada porque no hubiera reaccionado con sarcasmo a su concesión, porque no hubiera insistido en que leyera el diario. En cualquiera de esos dos casos, habría sido fácil despreciarlo por ser un controlador.

Él, sin embargo, la condujo hacia un viejo árbol de tronco ancho y lleno de nudos.

—La leyenda dice que los mercantes fenicios trajeron este olivo a Dhahara.

—Eso significaría que tiene... —Megan intentó calcular la edad del árbol.

—Más de mil quinientos años.

—Cielos —contempló el árbol—. ¿Han hecho la prueba del carbono, o lo que sea que se haga para averiguar la edad de un árbol?

—No. Lo hemos hablado, pero mi abuela me dijo que mi madre siempre quiso que se mantuviera la leyenda —abrió las manos—. ¿Qué más da? lo que importa es la idea, que ha sobrevivido aquí durante siglos, resistiendo al paso de las generaciones.

—Es asombroso.

—Hay otras historias aún más asombrosas sobre los jardines —dijo Shafir, conduciéndola hacia un hilera de almendros en flor.

—Son una obra de arte. ¿Quién los inició?

—Uno de mis antepasados, el rey Aziz, para su esposa. Se dice que era persa y echaba de menos los jardines colgantes de su lugar de nacimiento.

—¿Todo esto se hizo para una sola mujer?

—Sí —la condujo a la zona más profunda del aromático jardín—. Dime lo que ves.

—Rosales. A montones.

—¿Qué clase de rosas?

Megan se acercó al arbusto más cercano, de rosas carmesíes y lo estudió atentamente. El corazón de las rosas era de un rosa intenso, y los bordes de los pétalos, rojo profundo. Los capullos del arbusto contiguo eran idénticos. Su dulce aroma perfumaba el ambiente y aún se oían los zumbidos de las abejas.

—No es una pregunta trampa. Dime qué ves.

—Todas las rosas me parecen iguales.

—Exacto —Shafir esbozó una sonrisa satisfecha que a ella le derritió los sentidos—. Son todas descendientes del arbusto original que trajo la esposa, Farrin, cuando vino desde Persia para casarse con el rey Aziz. Este era su palacio favorito, pasó casi toda la vida en el desierto. Su esposa solía acompañarlo a visitar a las tribus nómadas; cuando regresaban, él la ayudaba a diseñar y crear una nueva zona de jardín.

—Qasr al-ward. El Palacio de las rosas, lo llamaste el primer día. Supongo que éstas son las rosas que le dieron su nombre.

Shafir asintió y se inclinó para arrancar una flor. Se enderezó y se la ofreció.

—Huele.

—Es un perfume glorioso —dijo ella, tras olerla.

—El color y el aroma de la rosa le recordaban a su país a Farrin. Pero también era un símbolo de amor y compromiso hacia el hombre por quien había renunciado a su familia y a su tierra natal.

—Sí, pero dudo que tuviera muchas opciones. Sin duda sería un matrimonio concertado, ¿no?

—Es cierto. Pero a veces éstos son los mejores.

Megan sintió un extraño pinchazo en el corazón. Se preguntó si Shafir llegaría amar a su esposa. Enarcó una ceja.

— ¿Sentía por Farrin lo mismo que ella por él?

— Oh, sí — afirmó Shafir—. Escribió que era la esposa de su corazón del desierto. Su *ain*, el manantial que alimenta al desierto.

— Eso es muy romántico — las palabras la habían acariciado como una brisa suave y cálida.

— A veces sólo existe la belleza.

— ¿Y no hay crueldad, árida y terrible?

— Exacto.

— Supongo que moriría poco después de que ella llegara... ¿o ella murió al dar a luz? Esas historias siempre suelen tener un final amargo.

— No, ambos tuvieron vidas largas y felices.

— Mientras ella lo compartía con todas las ocupantes del harén — Megan señaló el espacio que los rodeaba.

— Se dice que una mujer le dio el placer que no obtuvo de mil otras. Era la mujer que lo hizo renunciar a todas las demás.

— Eso sí que es impresionante.

— Por fin te impresiona algo — los labios de Shafir se curvaron hacia arriba.

— ¿Tú serás capaz de hacer eso? — preguntó ella, mirándolo a los ojos.

— ¿Renunciar a todas las mujeres por una?

— Sí.

— El día que me case, mi esposa sabrá que es la única — su mirada era intensa — ¿Y tú? ¿Podrías renunciar a todos los hombres por uno, Megan?

Ella hizo una pausa antes de contestar. Había sentido envidia de su futura esposa.

— Si lo amara lo bastante, sí, sería muy fácil.

— ¿Alguna vez has amado tanto?

Megan deseó reírse, decirle que se ocupara de sus malditos asuntos. Pero fue incapaz de romper el vínculo invisible que los unía en ese momento.

— Deja que lo piense — Megan pensó en sus hermanos. Ninguno dudaría la respuesta. Todos habían encontrado ese amor. Pero no ella. Aún no.

Jacques...

No parecía el momento apropiado para pensar en Jacques, en su empeño en enamorarse de él. Sin embargo, le había parecido muy adecuado. Era cortés y se esforzaba por complacerla. Además, igual que la suya, su familia estaba entregada a sus viñedos. Habría sido la unión perfecta.

Pero ante la pregunta de Shafir, se preguntó si amar a Jacques sería suficiente alguna vez.

—¿Y? — insistió él.

—No — Megan suspiró—. Aún no he encontrado a esa persona.

Lo miró. Era un hombre fiero e inflexible. Un salvaje. Un jeque del desierto. Un secuestrador. No tenía nada en común con él. Sin embargo, bajo las diferencias que los separaban había un hilo de empatía que los unía, y que la desconcertaba.

Eso hacía que sintiera una gran curiosidad por su prometida. Megan había pasado la tarde con él, hablando de montones de temas y Shafir no había mencionado su inminente boda ni una vez.

—¿Dónde se celebrará la boda?

La oscuridad había caído sobre ellos como un manto de terciopelo. Megan captaba el olor a azahar y otra fragancia exótica que se acentuaba por momentos. La brisa del desierto acarició sus brazos mientras esperaba una respuesta que rompiera la tensión que la atenazaba.

Notó que él también percibía esa tensión.

—Todas las bodas de la familia real tienen lugar en Katar — contestó él.

Después se movió hacia ella con agilidad, como un gran felino salvaje. Megan retrocedió hasta chocar con las ramas de un naranjo. Algo en sus ojos la había prevenido de su intención.

—Pienso que no...

—No pienses — acercó la cabeza.

Ella supo durante un instante que podría haberlo detenido si hubiera querido. Pero no lo hizo.

Él la besó.

Fue increíblemente erótico. Movié la boca sobre la de ella y sintió una oleada de calor. Lujuria. O tal vez deseo. Había empezado a devolverle el beso cuando él alzó la cabeza.

Lo que sintió entonces fue aún más caótico. No había querido que él parase. Había adorado sumergirse en la excitación.

La cabeza de él descendió por segunda vez y se le desbocó el corazón. Sintió su aliento en los labios y supo que iba a besarla de nuevo.

Puso una mano en su nuca para sujetarla. Deslizó la otra por su espalda hasta la base de la columna. La atrajo hacia él.

Megan gimió al sentir la impronta del fuerte cuerpo en el suyo. La seda del largo vestido era un velo demasiado fino contra el calor de su piel bajo la túnica. Anhelaba el beso que iba a llegar.

Pero no estaba bien.

Cuando sus labios se rozaron, el sentimiento de culpabilidad ganó la partida. Puso las manos en su pecho y empujó. Luego se zafó de sus brazos.

– ¿Cómo has podido hacer eso?

– ¿Hacer qué?

– ¡Besarme!

Megan sentía una ira azuzada por la decepción, la traición y un torrente de emociones complejas que no podía identificar. Una ira desmesurada. De repente comprendió la razón de su enfado. Era eso o echarse a llorar; y se negaba a llorar delante de él, maldito fuera.

– ¿Qué ocurre?

– Eres un chovinista. ¿Es que no lo sabes? – deseó abofetearlo. No entendía cómo había podido devolverle el beso a un tipo como él.

– ¿Por qué estas tan disgustada? – la miró como si se hubiera vuelto loca.

– ¿Te atreves a preguntarlo? – se pasó el dorso por la mano por los ojos y lo miró colérica, deseando haber negado que estaba disgustada.

– No dejaste escapar ni una lágrima cuando descubriste que no iba a llevarte a tu hotel, a pesar de que estabas aterrorizada. Así que, por supuesto, sí, lo pregunto.

– ¡Me has besado!

– ¿Y?

– No deberías haberlo hecho – Megan deseó asesinarlo al ver que no se había inmutado por la acusación. Si hubiera tenido a mano una de cimitarra, no habría dudado.

– ¿Por qué no? Ambos lo deseábamos.

– Yo no tonteo con los hombres de otras mujeres, y cómo vas a casarte, estás prohibido para mí. Me da igual que sea una boda concertada.

El silencio se alargó y Megan se alteró más y más.

Se odiaba por haber participado en el beso. Nunca antes había hecho algo así. Por suerte no conocía a su prometida o se habría sentido aun peor. Deseó poder decirle a la pobre mujer lo rufián que era y salvarla de una vida miserable.

– ¿Voy a hacer qué? – inquirió él, por fin.

– Casarte. Con esa mujer por la que deberías renunciar a todas las demás, incluso antes de que el matrimonio se celebre en Katar.

– ¿Quién te ha dicho eso?

– Tú – respondió ella, asombrada.

– ¿Yo? ¿Cuándo he dicho tal cosa?

– Me dijiste que... – rebuscó en su mente—. Que Jacques y tú pronto seríais familia política. Por matrimonio.

– ¿Y creíste que eso significaba que yo iba a casarme? – le dedicó una extraña mirada.

– Pues claro. ¿Qué otra cosa podría significar?

– Hablaba de la boda de Jacques – dijo él con voz queda, en el silencio de la noche.

Capítulo Seis

—¿Jacques?

Inmóvil en medio del jardín, envuelto por la fragancia del azahar y la flor del almendro. Shafir vio que ella intentaba comprender qué ocurría.

—¿Mi Jacques? —preguntó por fin.

—No es tu Jacques —escupió él con resentimiento, llevado por un sentimiento posesivo y viril—. Garnier va a casarse con mi prima, Zarah.

Ella parecía apabullada.

«Yo no tonto con los hombres de otras mujeres, y cómo vas a casarte estás prohibido para mí». Esa aseveración implicaba que Megan no había sabido que Garnier estaba comprometido antes de ir a Dhahara, que su intención no había sido arruinar la boda. Anhelaba creer que ella no albergaba malicia. Pero no podía permitirse errar cuando lo que estaba en juego era la felicidad de Zarah. No podía mancillar la reputación de Jacques sin estar seguro de que Megan decía la verdad. Podría ser otra de sus actuaciones para engañarlo.

—Jacques no puede... —calló. Alzó la cabeza y sus ojos brillaron en la oscuridad— ¿Por qué voy a creer una sola de tus palabras, Shafir? Tu comportamiento hasta ahora ha distado de ser ejemplar —alegó con voz temblorosa.

él vio cómo alzaba la mano para apartarse el cabello del rostro. Tenía unas flores blancas en el pelo azabache. Iba a retirárselas, pero ella dio un respingo cuando una ramita cayó al suelo.

—Jacques no me haría eso —dejó caer las manos a los costados y cerró los puños.

Si era una representación, era endiabladamente buena. Shafir controló el deseo de agarrar esas manos y masajearlas hasta que se relajaran. Si su reacción no era real, se merecía un Oscar. Aun así, no pudo desechar sus últimas dudas, debidas a la amorosa actitud al recibirlo, que el servicio había creído a pies juntillas. Incluso el había dudado un instante. Tenía que estar actuando.

—¿Conoces a Garnier lo bastante bien para poder predecir lo que haría o no haría? —inquirió con voz cortante.

—Sé que Jacques es un caballero. Nunca robaría ni secuestraría a una mujer.

—Te diré lo que pienso yo —el ataque personal lo enfadó—. Creo que Jacques Garnier te pareció una buena oportunidad de atrapar a un rico.

—¡Eso es mentira! Jacques y yo compartimos algo especial. Él me estaba cortejando.

Shafir se obligó a calmarse y reflexionar. No podía ser verdad, sin duda. Algo fallaba.

—¿Cortejándote? —empezó a negar con la cabeza, pero se le ocurrió otra posibilidad. Tal vez no fuera una actuación. Megan podía haber malinterpretado la cortesía y modales galantes de Jacques y construido una fantasía romántica a partir de unas frases floridas. Soltó una risita—. Has malinterpretado sus intenciones.

—¡Déjate de condescendencias! Sé cuándo un hombre se interesa por mí. No necesito tu opinión, no eres más que un salvaje.

Los ojos de Shafir se estrecharon peligrosamente. Cualquiera que lo conociese bien habría temido esa mirada. Hasta Megan pareció darse cuenta de que había dicho demasiado.

—Ya basta. Me voy a mi habitación.

—Aun no te he dado mi permiso —le agarró el brazo cuando se daba la vuelta.

—No necesito tu permiso para irme —protestó.

—Sí que lo necesitas —Shafir sabía que lo había sacado de sus casillas; tenía que tener cuidado. No podía permitir que lo debilitara en ningún sentido. Metió la mano en el bolsillo de la túnica, sacó el teléfono y se lo ofreció—. Llama a Jacques —le dijo con voz más suave, pero no por ello menos letal.

Si hubiera sido jugador, habría apostado a que a Jacques no le gustaría tener noticias de Megan. Consideraba a esa mujer un peligro.

—No me sé su número de memoria —dijo ella, aceptando el aparato—, y tú tiraste mi móvil.

Con un gruñido de impaciencia, Shafir recuperó el teléfono, localizó el número y se lo devolvió. Megan le dio la espalda y pulsó la tecla de llamada.

—¿Jacques? Escucha, necesito tu ayuda.

Siguió un silencio. Todos los músculos de Shafir se tensaron mientras esperaba.

Un largo momento después, ella le puso el aparato en la mano y se alejó a paso rápido. Por lo visto, realmente había creído que Garnier la cortejaba. Pero era una creencia falsa, basada en su necesidad de ser amada. Shafir observó su marcha, disgustado por la idea de que algo muy valioso para Megan acababa de ser destruido.

Al romper el alba, Megan estaba en el balcón de su dormitorio aferrando la barandilla y mirando ciegamente los jardines mientras la primera luz del este los bañaba de un resplandor rosado.

Se preguntaba cómo podía haberse equivocado tanto. La noche anterior Jacques había estado desesperado por colgar y le había dicho que no volviera a llamarlo. Era obvio que sólo había contestado porque creía que lo llamaba Shafir, primo de su prometida. Si hubiera sabido que era ella, habría ignorado la llamada, estaba segura.

Estaba desolada. Había viajado hasta Dhahara con grandes expectativas...

Jacques le había parecido más que idóneo. Con sus risueños ojos verdes y cabello liso, era guapo y muy atractivo. Le había hecho reír y sus grandiosos detalles románticos le habían quitado el aliento. El ramo de cien rosas rojas, la enorme caja de bombones, el perfume en un precioso frasco de cristal... Ciertamente que el aroma había sido demasiado dulce y agobiante para su gusto, pero lo había agradecido. Sólo Jacques podía salir airoso con unos clichés tan extravagantes. Se había encariñado con él.

Había hecho que se sintiera especial.

Femenina y delicada, algo casi desconocido para una mujer que había crecido con tres hermanos en un viñedo. La feminidad no era una cualidad que se valorase allí. Sus hermanos habían preferido que montara a caballo y nadara con ellos, que pudiera atrapar una bola de criquet y soportar un placaje sin echarse a llorar.

Además, no habían sido sólo los lujosos regalos o el que Jacques le pareciera perfecto. Había estado más que dispuesta a enamorarse. Sus hermanos habían caído como moscas, enamorados y felices. Ahora le tocaba a ella.

Resopló y admitió que tal vez había tenido demasiada prisa para enamorarse. Como un melocotón maduro, había estado esperando que Jacques llegara para devorarla.

No volvería a ocurrir. Lo había decidido durante la larga noche de insomnio. Era demasiado humillante.

Ni siquiera se había dado cuenta de que Jacques jugaba con ella, aunque todas las pistas habían estado allí.

A veces había bajado la voz, cuando hablaban. Entonces le había parecido sexy, pero por fin comprendía que era porque no quería que nadie oyera lo que decía. ¡Menuda rata de cloaca!

Con frecuencia no había estado disponible para atender sus llamadas. Ella lo había achacado a que era un hombre de negocios rico, emprendedor y entregado a su trabajo. La habían deslumbrado su éxito, su aspecto y su trato sexy.

Las mujeres podían llegar a ser muy tontas.

Ella había esperado encontrar el amor, pero Jacques buscaba una última aventura antes de casarse.

Por fin entendía su escaso entusiasmo cuando insistió en pasar las vacaciones en Dhahara, y que quisiera alojarse en un lugar remoto del desierto. No tenía nada que ver con el romance. Él había temido que la familia de Zarah descubriese la sórdida verdad.

Gracias a Jacques pensaban lo peor: que era una caza fortunas en busca de un hombre rico. Algo terrible.

* * *

Oyó una puerta al abrirse y tensó las manos sobre la barandilla. No necesitó darse la vuelta para saber quién había entrado. No era Naima.

Ni siquiera se preguntó qué hacia él allí tan temprano. Megan no había pegado ojo en toda la noche, había estado demasiado dolida y avergonzada de su mal juicio. Se puso rígida.

— ¿Ves esas palmeras?

Megan, agradeciendo que no empezase riéndose de su estupidez, siguió el movimiento de su mano hacia una hilera de palmeras que conducían a un arco. Al otro lado, los rayos del sol se reflejaban en la superficie del estanque más grande, transformándolo en una sábana de oro.

— Las veo.

— Las plantó mi padre cuando era un niño.

— ¿El rey Selim las plantó? — su voz sonó incrédula —, ¿Con sus propias manos?

— Tuvo algo de ayuda, pero hizo gran parte del trabajo él mismo.

Shafir se colocó a su lado y apoyó los codos en la barandilla. Olía a jabón, sándalo y otra especia que Megan no podía identificar. De soslayo, vio que llevaba chándal, estaba descalzo y tenía el pelo húmedo. Debía de venir directo de la ducha. La luz del amanecer le daba a su piel un color bronce cálido y, a sus pómulos, un brillo satinado. Sus asombrosos ojos eran pura vida.

Megan desvió la mirada.

— Mi abuela creía en el poder de los jardines.

— No me sorprende, considerando lo que me has contado sobre la esposa persa de tu ancestro.

— Decía que el arte de cuidar los jardines es parte de nuestro patrimonio. Creía que nos proporcionaban espacios de quietud donde reflexionar, que unían placer a la vida y que cada niño debía experimentar la satisfacción de diseñar y crear un jardín con arte.

— ¿Tú creaste uno? — lo miró, furtiva.

— Sí, un palmeral. Esta al este del palacio.

— No lo he visto.

— No es parte de los jardines para las mujeres.

La idea de que siguiera existiendo esa segregación la preocupó. Juntó las cejas.

— Entonces, ¿nunca podré verlo?

— Te llevaré.

— ¿Lo harás? — giró la cabeza y lo miró con incredulidad. Le extrañó que le hiciera concesiones cuando, sin duda, la desdeñaba.

— Sí.

—¿Cuándo? —preguntó, esperanzada. Tal vez si pasaba tiempo con él tendría la oportunidad de mostrarle a la auténtica Megan Saxon.

—Estás llena de preguntas —torció la boca—. ¿Qué? ¿Por qué? ¿Cuándo? Debes tener paciencia.

—Suenas como mi madre —le dijo, animándose por primera vez desde la noche anterior.

—Háblame de ella —dijo, intrigado.

—Es muy elegante y culta. Nos quiere con locura. Este último año ha sido muy difícil para ella, para todos nosotros.

Él no investigó más, pero Megan deseó contárselo todo. Tal vez así entendería por qué había anhelado amor y felicidad.

—Mi hermano Roland falleció en un accidente de tráfico. Entonces mis hermanos, Joshua y Heath, y yo descubrimos que mis padres habían adoptado a Roland antes de que nació.

—¿Eso os disgustó?

—Bueno, sí. Lo sentimos como una traición.

Shafir se quedó silencioso. En la distancia se veían unos cuervos volando en círculo.

—Lo entiendo. Yo me habría sentido igual.

—Fue muy difícil entender porqué no nos lo habían dicho nunca. Mamá dijo que al principio pensaron que éramos demasiado niños para aceptarlo y que después les resultó demasiado duro decírselo a Roland. Temían que se sintiera como un intruso en su propia familia.

—Eso también lo entiendo.

—Pero lo queríamos. No importaba que fuese adoptado. Seguía siendo nuestro hermano.

—Entonces sois afortunados por haber compartido su vida tantos años —puso la mano sobre los puños que aferraban la barandilla.

Ella sintió cómo la calidez de sus dedos le traspasaba la piel.

—Sí, lo fuimos —afirmó. Lo que decía Shafir era cierto. Había tenido mucha suerte creciendo con Roland y el resto de su familia—. Pero fue una etapa difícil. Antes de que tuviéramos tiempo de llorar a mi hermano, llegó Rafaelo.

—¿Rafaelo? —su voz sonó tensa—. ¿Conociste a un hombre? —Shafir levantó la mano y ella sintió una inquietante sensación de pérdida.

—No, nada de eso, Rafaelo es el hijo ilegítimo de mi padre, concebido poco después de que mis padres adoptaran a Roland. Para empeorar las cosas, mi madre no sabía nada de su existencia ni de la aventura de mi padre. Tampoco nosotros.

—Eso sería otro disgusto —Shafir alzó una ceja oscura y arqueada.

– Sí.

Una ráfaga de cálido viento del desierto alborotó su cabello y Megan se apartó los mechones del rostro. Recordó, avergonzada, el hostil recibimiento que le habían hecho a Rafaelo. Era consciente de estar contándole a Shafir cosas que nunca había compartido con desconocidos; pero Shafir ya no se lo parecía. Además, quería que cambiara su impresión respecto a ella.

– No espero que entiendas lo terrible que fue para nosotros.

– ¿Por qué no? – juntó las cejas, interrogante.

– Tener hermanastros es normal en tu sociedad. No se exige fidelidad a un hombre casado.

– Sólo el siete por ciento de los dhaharianos toma una segunda esposa – afirmó Shafir –. Y aun así se espera honestidad. Cada esposa sabe el lugar que ocupa en la vida de su marido. La primera esposa tiene más poder que las demás, y bajo la ley dhahariana, tiene que dar su consentimiento para que su marido tome a otra; si no lo da, el nuevo matrimonio es nulo. Y siempre sabría si otra de las esposas está embarazada.

– Nunca aceptaría que mi marido tomase una segunda esposa. No entiendo que una mujer pueda ponerse en una situación así.

– Las viejas costumbres están cambiando – Shafir alzó un hombro –. Hoy en día muchas mujeres estipulan en el contrato prenupcial que su marido no podrá tomar otra esposa y que no residirán con su familia política. Es su derecho.

– Serían tontas si no lo hicieran – Megan lo miró –. A mi madre la devastó enterarse de la traición de mi padre. Pensamos que iba a divorciarse de él. Se fue a vivir con su familia un tiempo. Mi padre la echaba mucho de menos y ella, finalmente, lo perdonó.

– Tu madre debe de amarlo mucho si lo perdonó. Y si él la quiere, estará arrepentido de lo que hizo – Shafir sostuvo su mirada.

– ¡Lo está! Está haciendo cuanto puede para compensarla – Megan se sentía incapaz de dejar de mirarlo –. Pero yo no podría perdonar a un hombre esa clase de traición. Odio a Jacques – se tapó la boca y tomó aire –. No pretendía decir eso, es demasiado fácil confiarte cosas.

– Me enseñaron a escuchar. Y nunca cuento lo que oigo – afirmó él.

– ¿Te enseñaron a escuchar?

– Es una función de la familia real. Todas las tardes se celebra el *Majlis*, la gente viene de todo el país para relatar sus problemas.

– Creía conocerlo.

El abrupto cambio de tema confundió a Shafir. Al comprender que hablaba de Jacques, la miró con pena.

– Le atribuí cualidades que nunca tuvo.

Sonaba decepcionada y sin ilusión. Shafir tuvo un momento de duda, pero se dijo que Jacques no podía haber engañado a Zarah. Aparte de sus fervientes afirmaciones de amor, había demasiado en juego: la boda implicaría conexiones, riqueza y oportunidades de negocio. Ningún hombre arriesgaría todo eso por una aventura.

Pero, tras enterarse del sufrimiento de la familia de Megan, sentía compasión. Desvió la vista y contempló el desierto. Se preguntó si seguía creyendo que Jacques era el hombre por quien renunciaría a los demás.

—Lo siento —dijo, poniéndole las manos sobre los hombros y girándola hacia él.

—¿De verdad? ¿Lo sientes? —sus ojos brillaban, húmedos—. Lamento no poder creerte.

—Siento mucho que tengas la sensación de haber sido engañada —dijo él, dolido por su amargura. Quería verla alegre otra vez.

—Fui engañada —aseveró ella con rabia.

—Acepto que no sabías que Jacques iba a casarse.

—Vaya, eso es muy generoso.

—Pero diste demasiada importancia a los buenos modales de un colega de negocios, mal interpretaste sus intenciones —Shafir encogió los hombros—. Es algo que ocurre a menudo.

Megan parecía a punto de explotar. A Shafir le pareció oír «arrogante» y «chovinista» en la retahíla que soltó y acabó en un siseo rabioso.

—Supongo que también he malinterpretado este secuestro, ¿no? —Megan lo miró con ira—. ¿Por eso lo hiciste? ¿Pensabas que sabía lo de la boda de tu prima? ¿Creías que había venido a Dhahara para impedirlo?

él no podía negarlo. Shafir llevó la mano a la suave piel de su mejilla.

—Megan, debes que entender que...

—Oh, lo entiendo —interrumpió Megan con acidez—. Entiendo que Jacques es un bastardo.

Shafir parpadeó.

—Y tú, Alteza Real, no eres mucho mejor —se libró de sus brazos y se apartó.

—Eh, espera un minuto...

—Me diste un susto mortal. Y luego me dejaste aquí sola...

—Rodeada de lujo y bien atendida.

—¡No he terminado! —la tristeza de sus ojos se había transformado en furia e indignación—. No te molestaste en decirme de qué crimen se me acusaba. Si hubiera sabido cómo era Jacques, se lo habría dejado gustosamente a tu prima. Envuelto para regalo, si es lo bastante tonta para seguir queriéndolo tras saber que nos engañaba a las dos.

Shafir no se molestó en decirle que Jacques no había hecho nada malo, que el error había sido de ella. Eligió cuidadosamente sus palabras.

— Al principio no te dije nada porque no creía que eso fuera a cambiar las cosas.

Después, tras llevársela del aeropuerto, había sido demasiado tarde para explicarse o para soltarla. Ella lo habría contado todo a los periódicos y eso también habría arruinado la boda.

— ¿No creías que eso fuera a cambiar las cosas? —ladeó la cabeza y lo escrutó—. ¿Pensabas que, sí me lo contabas, me daría igual? ¿Qué perseguía a Jacques porque es rico y soy una caza fortunas?

La expresión de Shafir debió de traicionarlo, porque ella soltó una risa desdeñosa.

— ¿Por qué será que no me sorprende?

— Megan...

— Eres grosero, dominante y de una arrogancia insufrible. No me interrumpas —advirtió al ver que intentaba protestar—. Eres igual de bastardo que Jacques. No tienes honor...

Eso fue demasiado. Nadie se había atrevido a acusarlo así. Shafir fue hacia ella, que seguía insultándolo sin darse cuenta de que había cruzado el límite de lo que él podía tolerar.

— Basta —gruñó él, agarrando sus hombros. La atrajo hacia sí y posó la boca en la suya, deteniendo la marea de palabras. La besó con pasión.

Tras un momento de sorpresa, los labios de ella se ablandaron y le devolvió el beso. Sabía dulce, muy dulce, y dejó escapar un gemido.

Dominado por el deseo, acarició su espalda con manos temblorosas. Bajó hacia sus nalgas, arrugando el tejido de seda que la cubría y la alzó de puntillas. Sintió sus caderas en los muslos casi como una explosión.

— No debería haber hecho eso —dijo, alzando la cabeza. Sabía que no podía aprovecharse de su vulnerabilidad, mientras aun creía que Garnier la había traicionado. Pero le resultó muy difícil soltarla y poner distancia entre ellos.

— Tienes razón. No deberías —replicó ella, con la respiración agitada. Se lamió el labio inferior con la punta de la lengua.

— ¿Cómo se supone que puedo resistirme a ti? —gruñó él al ver ese gesto tan provocativo.

La alzó en brazos y cruzó la puerta del balcón y fue hacia la cama tallada. La dejó en el suelo lentamente, disfrutando del contacto de cada delicioso centímetro del cuerpo femenino.

— No quiero esto —Megan se zafó de sus brazos—. Ni siquiera deseo estar aquí.

— Después de besarme como si hubieras descubierto el paraíso, ¿en qué otro sitio podrías querer estar?

—Quiero irme a casa.

—¿Quieres que te lleve con Jacques? —Shafir sacudió la cabeza como si quisiera despejarla—. ¿Aun sabiendo que te engañó y que está a punto de casarse con otra mujer?

Megan lo miró con decepción. Obviamente creía que besándola iba a silenciarla y someterla.

—Si no vuelvo a ver al maldito Jacques en toda la eternidad, mejor —se apartó el cabello de la cara con manos temblorosas.

—Entonces... —él avanzó un paso.

—¡No te acerques a mí!

No quería que volviera a besarla. A pesar de sus protestas, sus besos hacían que la cabeza le diera vueltas y deseara cosas impensables. Era increíble que hubiera creído que lo que sentía por Jacques era pasión. Ningún hombre podía ser más deseable que ese jeque indómito. Maldijo para sí.

—Tampoco quiero volver a verte a ti. Ni a nadie de este insufrible país —le lanzó. Interpuso la cama entre ellos para no rendirse a él y al paraíso que prometía—. Quiero irme a casa.

Miró la puerta con desesperación y sostuvo su mirada con firmeza.

—Quiero volver a Nueva Zelanda, con mi familia —afirmó, para evitar más malentendidos.

Shafir no reaccionó. Siguió allí parado, sin inmutarse por su súplica.

—No soy una amenaza para la boda de Jacques y tu prima. Él no me interesa —vio, con horror, que él movía la cabeza—. ¡No puedes negarte!

—Aún no puedes volver a casa.

—¿Por qué? Ya no tienes razones para tenerme prisionera —dijo con voz aguda y ronca. Lágrimas de frustración e ira atenazaban su garganta.

—Sí que las tengo. Si permito que vuelvas a casa, le dirás a tu familia que fuiste secuestrada...

—¿Y? Que yo sepa, hay libertad de expresión, ¿o es que no existe en Dhaharar? —debía de estar soñando sí esperaba que callase lo ocurrido.

—Mí país es muy progresista.

Megan no pudo contener una risa. Ya no sentía ninguna sensación de empatía con él. Volvía a ser el hombre arrógame y rudo al que odiaba.

—Seguro —se burló—. Y tú un hombre liberal.

—Por esa razón no puedo dejarte ir.

Megan se rió aún más alto. Tuvo la esperanza de que él no captase su deje de histeria.

— ¿Por mi gran sentido del humor? ¿O por qué no me da miedo enfrentarme a ti y decirte lo que eres? Un secuestrador, un ladrón y un mentiroso.

Oyó cómo tomaba aire y se alegró de irritarlo.

— Porque tienes una cuñada que es periodista.

— Tendrías que haber pensado en las consecuencias antes de secuestrarme. La gente merece saber lo que has hecho. Aunque seas príncipe y controles el ministerio de turismo de Dhahara, tus acciones son inexcusables.

En cuanto acabó, Megan deseó haber callado. Le había dado más razones para no soltarla. Por primera vez en los últimos días sintió aprensión. Estaba en una zona remota y él tenía todo el control de la situación. Se había convencido de que no iba a hacerle daño, pero no tenía ni idea de cuándo la dejaría marchar, si lo hacía.

— ¿Y si prometo no decir nada? ¿Me soltarás?

— Sí, te dejaré marchar... después de la boda.

— ¿Cuándo será eso? — sintió una oleada de alivio al saber que no la retendría para siempre.

— Dentro de dos semanas.

— ¿Dos semanas?

Su alivio se evaporó. Catorce días con Shafir eran como una cadena perpetua. Contempló el bello rostro y los labios que la habían besado con pasión poco antes. No podía quedarse allí, él era demasiado peligroso para su paz mental.

— Por favor. Shafir, déjame marchar.

— No hasta que Zarah esté casada — negó con la cabeza—. Nada puede interponerse a la boda.

Ella sintió una oleada de frustración por su intransigencia. Deseó tener valor para gritarle y golpear su pecho con los puños.

— No puedo creer que permitas a esa rata de Jacques casarse con tu queridísima prima.

Capítulo Siete

«No puedo creer que permitas a esa rata de Jacques casarse con tu queridísima prima».

La frase de Megan taladró su mente mientras paseaba por el palmeral que había plantado años antes. Shafir se dijo que eran las palabras airadas de una mujer despechada. No eran verdad. Megan deseaba recuperar a Jacques y haría lo que pudiera para convencerlo de que detuviese la boda.

Pero Shafir no permitiría que lo manipulara sólo porque un beso le había ofrecido un atisbo del paraíso.

Se detuvo bruscamente. No podía olvidar la sensación de su piel bajo la fina seda, ni las curvas de su cuerpo cuando se arqueó hacia él. Rechazó el recuerdo, no le haría cambiar de opinión.

Megan había malinterpretado su relación de negocios con Jacques, tomándose su cortesía por otra cosa. Zarah y Jacques se casarían como estaba previsto. Sería una buena unión, beneficiosa para ambas familias: oportunidades de negocios para la corporación Garnier y canales de distribución para las exportaciones de Dhahara. Ser una Garnier catapultaría a Zarah a la crema y nata de la sociedad europea, un mundo que ella adoraría.

Shafir no iba a doblegarse por un delicioso cuerpo femenino, por una expresión confusa o un par de ojos cargados de dolor.

Sin embargo, la desesperación de Megan por volver a casa le había hecho sentirse culpable. Esa infelicidad no encajaba con la mujer sexy y seductora que lo había recibido a su vuelta de Katar. Aunque sabía que el coqueteo había tenido el fin de ponerlo en una situación incómoda con su supuesta prometida, su virilidad lo llevaba a desear que reapareciera la mujer sensual.

Echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo azul.

Tampoco le gustaba que Megan lo viera con el mismo desagrado y desdén que a Jacques. Les había puesto la misma etiqueta y eso lo disgustaba sobremanera. Y Dhahara no se merecía ser tachado de país insufrible.

No dudaba que cuando Megan reflexionara comprendería que había sido injusta con Jacques. Pero sospechaba que tardaría más en cambiar de opinión sobre él. Lo consideraba un ladrón y un secuestrador. Le costaría convencerla de que no era el bastardo despiadado que ella creía. Y de que Dhahara era el lugar más especial del mundo.

Sólo tenía catorce días para hacer que cambiara de opinión.

— Hay otra razón por la que no puedo dejarte marchar — le dijo Shafir a Megan mucho más tarde, cuando coincidieron en el salón pequeño.

Aún irritada porque Shafir creyese que había malinterpretado las claras intenciones de Jacques, Megan se había refugiado en la casa para evitar el intenso calor y tenía intención de pedir un té de menta para calmarse. Al ver a Shafir en un sillón, leyendo el periódico, se detuvo en el umbral. — ¿Ah, sí? ¿Y cuál es? — entró en la habitación.

— Quiero que cambies de opinión.

— ¿Crees que vas a conseguir que cambie de opinión sobre ti? — Megan enarcó las cejas.

— No me importa que me consideres un bastardo, un ladrón o un mentiroso — Shafir dobló el periódico y lo dejó caer al suelo. Megan vio que tenía el puño cerrado sobre el regazo, sin duda su opinión de él lo había herido —. Pero quiero que cambies de opinión sobre Dhahara y su gente.

— Dudo que puedas conseguirlo — se sentó al borde del sofá más cercano a la puerta, para poder escapar rápidamente si hacía falta —. Mis percepciones sobre Dhahara no son buenas. Haría falta una carga de dinamita para cambiarlas.

— Aun así, aprecias el palacio y los jardines.

— Cierto — concedió —. Y las historias que me contaste sobre tus antepasados eran fascinantes.

— No detestas a toda la gente de Dhahara; te caen bien Aniya y Naima. He visto cómo hablas con ellas.

— Eso también es verdad — tomó aire — Es raro, ¿sabes? Anhelaba visitar Dhahara. Desde que supe que Jacques tenía negocios aquí, el país me fascinó. Se suponía que este viaje iba a representar la culminación de una fantasía.

— Aún puede serlo — dijo Shafir.

— Demasiado tarde — Megan movió la cabeza —. Ya no soy la persona que era cuando llegué a Dhahara. He puesto fin a la fantasía.

Shafir dobló los brazos por detrás de la cabeza y admiró el cuadro que componía ella, con su pelo y ojos oscuros, ante el sofá rojo oscuro.

— ¿Sigues creyendo esa bobada de que Jacques intentaba seducirte?

— No es una bobada — alzó la barbilla —. Y nunca dije que intentara seducirme; me convenció de que podíamos enamorarnos el uno del otro.

— Las mujeres se enamoran del tono de voz de un hombre, de su aspecto atractivo — Shafir chasqueó la lengua con desdén.

— Yo no.

— ¿Puedes probarlo? — Shafir sintió opresión en el pecho al pensar en Megan enamorándose de Jacques.

— ¿Probarlo? — Megan lo miró intrigada.

— Probar que Jacques te perseguía.

—Oh, sí —Megan se inclinó hacia delante—. Me envió rosas y bombones. Además, yo quería que nos alojáramos en un hotel de Katar, pero Jacques pensó que el desierto sería más romántico.

—¿Jacques reservó el alojamiento?

—No, fui yo. Reservé una noche en Katar y una casa en el desierto para el resto de mi estancia —emitió un gruñido de disgusto—. Es obvio que Jacques temía que nos vieran juntos en la capital.

—Las flores y los bombones ya no existen, y Jacques no hizo las reseñas. Entonces no tienes pruebas de tus acusaciones contra Jacques.

—Tenía mi teléfono móvil; guardé los mensajes que me envió. Pero, claro, tú te libraste de él.

—Muy conveniente para ti.

—¿Me acusas de mentirosa? —sus ojos chispearon con ira—. ¿De inventarme historias sobre Jacques? ¿Por qué iba a hacer eso?

Él reflexionó un momento. Estaba seguro de que Megan no era mentirosa, pero era mujer. Y las mujeres eran dadas a las fantasías, sobre todo amorosas. Tal vez Jacques le hubiera enviado flores y bombones.

Eso no tenía nada de malo. Él también lo hacía con sus colegas, como muestra de agradecimiento o estrategia de ventas. Megan podía haber malinterpretado un simple "Gracias".

—Tú misma me dijiste que viniste a Dhahara buscando aventura, emoción y romance.

—Por culpa de Jacques.

Él se impacientó. Era obvio que seguía empeñada en otorgarle a Jacques el papel de villano. Lo cierto era que se había equivocado por el típico deseo femenino de ser amada.

—Jacques no era más que un colega de trabajo. El romance sólo existía en tu mente. No hay evidencias de que Jacques hiciera nada malo.

—Hoy quiero enseñarte algo, Megan.

Acababan de desayunar. Megan había comido en silencio, sin mirarlo. Shafir, consciente de que era su forma de manifestar desaprobación, no se irritó. El día estaba despejado y prometía ser seco y cálido. Se puso en pie, impaciente por salir antes de que hiciera un calor excesivo.

—Ponte algo cómodo, chándal o vaqueros.

—¿Esto es parte de tu campaña para hacerme cambiar de opinión sobre Dhahara? —preguntó Megan alzando la vista hacia él.

Shafir se limitó a sonreír. Aunque lo hubiera negado, le importaba mucho su opinión sobre él.

— Ponte algo de manga larga para protegerte del sol — dijo. No quería que su exquisita y cremosa piel se quemara.

— ¿Adónde vamos? — preguntó ella.

— Ya lo verás.

Veinte minutos después se reunieron en la puerta, del patio. Vio que bajo la túnica suelta que había enviado a su dormitorio, Megan llevaba vaqueros y camisa blanca de manga larga.

— Cerca de aquí hay un pueblo con un *ain*. Un manantial — aclaró —. Pensé que te gustaría ir hasta allí en camello.

— Un paseo en camello — su rostro se iluminó —. Eso sería... — dejó que su voz se apagara.

Shafir comprendió que seguía enfadada con él por haberle dicho la verdad el día anterior. Pero antes o después admitiría que él tenía razón.

El *ain* estaba rodeado por grupos de algarrobos y tamariscos, que protegían la entrada al pueblo. Los camellos se detuvieron bajo las ramas. Olía a menta silvestre. Tras el tórrido sol del desierto, el fresco verdor fue un alivio para Megan.

— Según la leyenda, mi antepasado trajo aquí a su Farrin para que bebiera las aguas medicinales de este manantial. El pueblo se llama AinFarrin, en honor al manantial y a la esposa persa.

Megan olvidó su intención de guardar silencio para recordarle a Shafir su enfado porque hubiera, desechado sus quejas con respecto a Jacques.

— ¿Construyeron ellos el pozo? — señaló la estructura de piedra, que parecía llevar allí muchos años.

— No. Es obra de generaciones posteriores.

Un grupo de niños se acercó corriendo. Shafir sonrió y agitó la mano. El grupo se hizo mayor y más ruidoso mientras se acercaban al centro del pueblo.

Megan pensó que debían de parecer los flautistas de Hamelin y se reía cuando por fin los camellos se agacharon y desmontaron.

Varios hombres se acercaron a abrazar a Shafir e intercambiar saludos con él. El parloteo se acalló cuando hizo avanzar a Megan.

— Ven — dijo —. Ahmed y Mona nos han invitado a su casa a tomar una taza de café, la condujo hacia donde esperaba una pareja.

Ahmed lucía un *ghutra* de cuadros blancos y negros en la cabeza. Su rostro estaba marcado por profundas arrugas de expresión.

—Esta es mi esposa, Mona —dijo con orgullo, haciendo adelantarse a la mujer que lo acompañaba. Mona le dedicó una sonrisa que no dejó lugar a dudas sobre su amor por él.

Su casa era una sencilla construcción de piedra y arcilla cocida. El interior estaba immaculado. Un horno abierto ocupaba una pared de la cocina. Había varias bandejas dentro y un delicioso aroma llenaba la habitación.

Poco después Megan bebía *qahwa*, un café fuerte y amargo que le cosquilleó el paladar. Mona le ofreció triángulos de *baklava* que se deshacían en la boca. Ahmed había arrinconado a Shafir y ambos estaban sentados, con las cabezas juntas, mientras Ahmed le disparaba preguntas.

—Lo siento —le dijo Mona a Megan—. Mi esposo es grosero al hablar en nuestra lengua. Pero no puede resistirse a pedir la opinión del jeque sobre la escuela que estamos construyendo.

No por primera vez, Megan deseó poder decir al menos unas palabras en árabe y se lo mencionó a Mona. Ella se ofreció a enseñarle: la siguiente media hora pasó entre carcajadas que provocaban sonrisas de indulgencia de los hombres.

Una joven entró en la casa con una bandeja llena de bolas de masa. Mona se la quitó e intercambiaron unas palabras en árabe. Megan entendió algunas palabras de cortesía y las de agradecimiento que siguieron.

—Ahmed se encarga de la tahona del pueblo. La gente le lleva lo que ha amasado y él lo hornea —le explicó Shafir a Megan cuando salieron—. Siento haberte dejado sola mientras hablábamos.

—No hace falta que te disculpes —le sonrió—. Mona es encantadora y entiendo que Ahmed quería tu consejo sobre un asunto importante para la comunidad.

Shafir tenía la esperanza de que el día hubiera dado a Megan otra perspectiva de Dhahara. Durante el viaje de vuelta había estado pensativa y no se había quejado, a pesar de que debía de estar dolorida por el incómodo paseo en camello. Lo alegró que le demostrara la misma frialdad que por la mañana. Decidió no mencionar a Jacques; sólo servía para crear tensión entre ellos.

De vuelta en el palacio, desmontaron y Megan acarició la nariz de su camello.

—Gracias —le dijo.

El camello emitió un berrido. Shafir se rió al ver la expresión de Megan. Ella le sacó la lengua.

—La nariz es muy suave, como terciopelo —la acarició de nuevo. La sonrisa de Shafir se borró cuando imaginó esas manos acariciándolo a él.

—¿Has disfrutado con el paseo? —preguntó.

–Oh, sí –su rostro se iluminó–. Me ha encantado el desierto, tan amplio y abierto. Nunca había sentido algo igual. Y el *ain*, tan fresco y verde, fue un gran contraste. Y Mona y Ahmed han sido muy hospitalarios.

–Te oí decirle a Mona que te gustaría hablar algo de árabe. ¿Lo decías en serio?

–Claro que sí –lo miró con el ceño fruncido–. ¿Por qué iba a mentir sobre algo así?

–Tal vez, estuvieras siendo cortes.

–Quiero aprender –dijo ella–. Es frustrante no entender las conversaciones a mí alrededor.

–No será fácil –le advirtió él.

–Lo sé –alzó la barbilla–. Pero creo que progresaré rápidamente. Hablo un francés tolerable y me resultó fácil aprenderlo.

«Jacques». Shafir sintió un pinchazo de algo peligrosamente parecido a la envidia. Quizá había aprendido francés para impresionar a su colega.

–El árabe no es como el francés –gruñó, entregando las riendas del camello a un mozo de cuadra y yendo hacia la escalera que subía al palacio–. Es mucho más complejo y tiene matices que se puede tardar años en comprender.

–Eh, no pretendo doctorarme en el idioma –dijo ella, ya ante la puerta–. Sólo quiero aprender algo de la gente y de la tierra mientras esté aquí.

–Entonces, ¿ya no me acosarás exigiendo volver a casa? –la miró con sorpresa.

–No. Quiero quedarme –admitió ella–. He pasado un día fantástico. Espero que los trece siguientes sean igual de buenos.

–Me alegro –dijo Shafir complacido.

–Es lo que pretendías, ¿no? –lo miro con súbita comprensión–. Eres un tramposo –pero sonreía y su tono de voz no sonó hiriente.

–Tendré que asegurarme de que cada día sea mejor que el anterior –Shafir le devolvió la sonrisa–. Eres muy generosa dándole una oportunidad a Dhahara –dijo. En realidad también le había dado otra oportunidad a él; podría demostrar que no era el criminal que ella creía.

–Visto así, ¿cómo podría negarme? Si lo hago, dejarías de considerarme generosa.

–Si te fueras, nunca sabrías qué te has perdido.

–Ya me he perdido lo que vine a buscar –su rostro se ensombreció.

–A veces lo que uno cree desear no es lo que necesita –dijo él, enigmático. Suponía que ella hablaba del romance, la emoción y la aventura.

–Eso suena como un enigma.

–Puede que lo sea.

Para él Megan era el mayor enigma de todos. Uno que intentaba dilucidar. No había malinterpretado ni una de sus palabras o actos en todo el día. Empezaba a parecerle incomprensible que hubiera estado tan equivocada con Jacques.

Los días siguientes transcurrieron en un vendaval de actividad. Megan tenía que admitir que Shafir estaba mostrándole un lado de Dhahara que nunca habría descubierto por sí sola y asegurándose de que cada día superara al anterior.

Siempre y cuando evitara temas contenciosos como que Jacques la había cortejado estando comprometido con Zarah, lo que Shafir se negaba a aceptar, o su opinión de que debería impedir la boda, se llevaban muy bien.

El príncipe había demostrado ser un guía entusiasta. Ella creía que lo hacía como penitencia por haberla llevado allí en contra de su voluntad.

El zoco que habían visitado ese día, en el cruce de dos antiguas rutas del desierto, le había abierto los ojos. Los puestos estaban pegados unos a otros y parecía haber ido gente de todos los rincones de la tierra para vender sus productos. Había caftanes, alfombras, cestas, joyas e incluso cabras en venta.

Desde el instante en que bajó del coche, a Megan la había asombrado la explosión de color. Rojo, turquesa, oro, ocre.

Después la asaltó el ruido, que poco a poco fue separándose en sonidos discernibles. Los graznidos de tres cuervos que había en una baranda, el balido de las cabras. Las cantinelas de los vendedores sobre sus mercancías.

Había bidones llenos de especias y un baturrillo de alfombras, cacharros de cobre, porcelana y telas de todos los colores del arco iris. Megan se acercó a un puesto y tocó las brillantes sedas con reverencia.

—Son preciosas —murmuró.

Un mercader apareció de la nada y se inclinó casi hasta el suelo al reconocer al ilustre visitante.

—Mira ésta —agarró una seda rosa intenso del montón—. El color es asombroso —la sujetó contra sí. Una ráfaga de aire le arrancó el pañuelo que se había atado alrededor del pelo a modo de *hijab*.

Shafir se quedó sin aliento.

—Te favorece —dijo. El color resplandecía como una joya contra su piel pálida y cabello oscuro. Los ojos rasgados le daban un aspecto exótico. Estaba bella e infinitamente deseable—. Nos la llevamos —miró al mercader, sabiendo que era un error decirlo antes de iniciar el regateo. Para su sorpresa, el mercader negó con la cabeza.

—Es un regalo. Es un honor ofrecerle una prenda a su dama.

—Gracias. Siempre la atesoraré —Megan le dedicó una sonrisa deslumbrante al mercader.

—El placer es mío —el mercader hizo una reverencia a Shafir—. Ha elegido bien, Alteza.

Shafir deseó explicarse, pero comprendió que el silencio era mejor. En el desierto las noticias viajaban con la rapidez de una tormenta de arena. No quería que toda la población de Dhahara especulase sobre una relación que ni él entendía.

—Quiero comprar cosas para mis hermanos y mis cuñadas —radiante, fue de puesto en puesto con entusiasmo.

Shafir no tuvo que advertirle que no pagase precios desorbitados. Era obvio que conocía el valor de lo que seleccionaba y cuánto estaba dispuesta a pagar por telas y joyas.

Él la seguía, consciente de las sonrisas que atraía y de las miradas curiosas. Se maldijo por no haber pensado cuánto llamaría la atención allí, lo memorable que resultaría.

—Oh, mira, Shafir.

Volvió la cabeza para ver qué había llamado su atención. Había un camello atado a un poste.

—¿No es encantador?

—Ten cuidado —le advirtió—. Los camellos pueden ser muy malhumorados.

—Este no. ¿Verdad, precioso? —canturreó ella con un tono que provocó escalofríos a Shafir.

—No necesitas un camello.

—Ojalá pudiera llevármelo a casa. ¿Pero cómo iba a meterte en el equipaje, bonito? —alzó la mirada—. ¿Y tú, Shafir? No te hace falta otro.

—Ya tengo suficientes.

—Ese camello está vendido, pero tengo otro que podría gustarle a la señora.

—Oh, disculpe —le dijo Megan al vendedor—. Espero que no le moleste que lo haya acariciado —le ofreció una sonrisa que hizo que Shafir rechinara los dientes. A él no le sonreía así.

Se resistió al impulso de decirle que se tapara. Exceptuando el cabello suelto estaba de lo más respetable. No era culpa suya que su sonrisa y alegría de vivir llamaran la atención.

Mientras contemplaba a Megan encandilar al vendedor de camellos, Shafir decidió que Jacques tendría que estar hecho de acero para resistirse a la tentación que era Megan. Se preguntó cómo podía no haber notado, en sus reuniones de negocios, que Megan buscaba un romance. Debía de haberse sentido halagado.

Shafir, meditabundo, decidió que tenía que hablar con él y advertirle que pusiera freno a su encanto francés para evitar nuevos malentendidos.

Sin embargo, no pudo librarse de la inquietud que atenazaba su estómago. No recordaba que ella hubiera actuado con coquetería ni una sola vez durante los últimos días.

Ni siquiera con él. Echaba de menos las sonrisas seductoras y los suaves roces que había utilizado para castigarlo por secuestrarla. Habían tenido éxito; le habían hecho sudar.

Pero Megan no había aprovechado su ventaja.

Shafir sabía que era más que deseable. Si Megan buscara a un hombre rico, no habría perdido tiempo en acosarlo. Y no lo había hecho.

Habían pasado los días explorando y las veladas escuchando música juntos, hablando de todo lo habido y por haber. Excepto del tenso triángulo entre Megan, Jacques y Zarah. Cada hora había confirmado que Megan era lista y divertida.

En ese momento se reía de algo que había dicho el vendedor de camellos. El hombre también sonreía. La oyó decir una frase en árabe y vio el placer que iluminaba el rostro del vendedor.

Quizás Megan no se había equivocado. Tal vez Jacques había flirteado y dado la impresión de que se estaba enamorando de ella. Shafir no quería creerlo, porque, si era el caso, no podía permitir que se celebrase la boda. Tendría que decirle a Zarah que Jacques la había engañado. Lo estremeció la idea de causar dolor a una joven a quien había protegido desde que era una niña.

No faltaba mucho tiempo para la boda y no tenía ninguna intención de romperle el corazón a Zarah sin estar completamente seguro. Se tomaría unos días para reflexionar sobre lo que tenía que hacer. Y donde mejor pensaba era en el desierto.

Tomar esa decisión lo alivió. Partirían a la mañana siguiente.

—Tu mujer es pura fuego. Chisporrotea de energía.

Shafir se calló que Megan no era su mujer. Estaba llenando las alforjas de su caballo con provisiones para el viaje de vuelta a Qasr al-ward. Giró la cabeza para ver a qué se refería el anciano del *Bedu*, que estaba a su espalda.

Vio a Megan rodeada por un grupo de mujeres y niños. Hablaba, utilizando palabras sueltas en árabe y agitando las manos en el aire para explicarse. Sonrió cuando una mujer dijo algo.

Los labios de Shafir también se curvaron. Era comprensible que el anciano de la tribu la comparase con llamas de fuego.

—Sí — aceptó —. Y como un fuego, da calidez a cuantos la rodean.

Era verdad. Su vida había cambiado desde que recogió a Megan en el aeropuerto. Cada día le parecía más luminoso y completo. Sus empleados la adoraban y allí, en el campamento beduino, también se había hecho querer.

—Siempre será de fuego, no intentes cambiarla, príncipe Shafir.

La noche anterior Megan había estado sentada con el mismo grupo de mujeres junto a la hoguera comunal, mientras hombres vestidos con túnicas blancas ejecutaban danzas con palos. Su rostro había reflejado excitación y placer; Shafir se

había preguntado si ése era el tipo de aventura que había buscado viajando a Dhahara.

—Igual que el fuego, tiene fuerza —contestó al críptico comentario—. No creo que haya nacido el hombre que pueda cambiarla.

—Eres sabio por no querer cambiar a una mujer como ella. Tráela de nuevo. Será bienvenida.

—Lo haré —Shafir abrazó al anciano.

—Príncipe Shafir, acuérdate de bailar con la llama. Aún eres joven para la carga que llevas sobre los hombros. Disfruta y ríe de vez en cuando.

Shafir inclinó la cabeza.

Por primera vez en su vida, el desierto no le había dado la paz. Seguía sin haber tomado una decisión. No tenía ganas de reír.

Sabía que la elección era sencilla: decirle a Zarah que era posible que Jacques no le hubiera sido fiel, o callar y dejar que la boda siguiera adelante porque no tenía pruebas. Pero cuanto más conocía a Megan, más dudaba que ella se hubiera equivocado. No era coqueta ni alocada.

Si Megan tenía razón, el matrimonio de Zarah sería un desastre.

La otra posibilidad era enfrentarse a Jacques. Pero si el francés había estado tonteando por ahí, dudaba que fuese a admitirlo.

Shafir sabía que hablar con su padre y sus hermanos no serviría de nada. Todos creían que Megan estaba en Dhahara para separar a Zarah y a Jacques. Nadie la creería sin pruebas.

Excepto, tal vez, él mismo.

Capítulo Ocho

Habían pasado cuatro días en el desierto. Volvían cabalgando por la misma ruta; cruzaban un cauce seco cuando surgió el peligro.

Durante los días pasados en el campamento beduino, Megan había comprendido que Shafir era muy popular en el desierto, todos lo conocían. Había escuchado al cabrero quejarse de que su hijo faltaba mucho al colegio, se había reído cuando los ancianos le dijeron que ya era hora de casarse y había aceptado la petición de una mujer que le pidió una rueda nueva.

Escuchaba. Y además se preocupaba.

El hombre que había creído poco más que un salvaje estaba resultando tener una profundidad que nunca habría imaginado. Megan reflexionaba sobre su error cuando Hanif llegó galopando y le soltó a Shafir una retahíla en árabe.

Megan volvió la cabeza.

Una ojeada se lo dijo todo: bandidos. Llevaban pañuelos rojos en la cabeza, el rostro cubierto de barba negra y montaban caballos pequeños.

—Oh, no.

—No te preocupes —Shafir se acercó a ella.

—Pero no parecen dhaharianos.

—Puede que algunos lo sean. El resto será de Manilla, al otro lado de la montaña. En su país no hay petróleo y las luchas interinas de sus jeques y las guerras fronterizas lo han empobrecido. El grupo siguió acercándose.

—Quédate aquí —ordenó Shafir Hizo girar a su caballo—, Hanif, cuida de ella.

Fue hacia el grupo. Megan lo observó, sintiéndose impotente. No entendía cómo podía haberlo creído un bandido. La diferencia era enorme. Él cabalgaba erguido sobre la silla, mostrando siglos de orgullo dhahariano.

El indómito. Un príncipe real sería una gran captura para ese grupo. Esa vez el peligro de secuestro y petición de rescate lo sufría Shafir.

No entendía por qué se estaba arriesgando.

Un ruido metálico captó su atención. Miró de reojo y comprobó que el guarda que cabalgaba a su lado tenía un rifle sobre la pierna, oculto a la vista de los jinetes que se acercaban.

El otro guarda había seguido a Shafir. Por primera vez se dio cuenta de que su escolta iba bien armada. Sin duda Shafir también llevaba un arma en la bolsa que había atada en la parte delantera de su silla. A pesar de su fiereza y su aura de poder, Shafir no era temerario.

No era ningún tonto, ese príncipe del desierto. Pero no quería verlo herido.

No pensó en su propia seguridad, en lo que podría ocurrirle si los hombres la capturaban. Sólo pensaba en él. Él sería el gran trofeo.

Azuzó a su montura hacia delante.

—Señora —dijo Hanif—. No vaya. Sólo distraerá a Su Alteza de su tarea.

—Pero está en peligro.

—Hoy no —sonrió Hanif—. Estará bien. Espere y verá. *Insha'allah*.

Ella deseó gritar de impotencia. Pero retuvo a la yegua y observó a Shafir alzar la mano y gritar un saludo. Dos hombres del otro grupo se adelantaron. Los tres jinetes se reunieron.

—¿Por qué deja que se acerquen tanto? —preguntó Megan, angustiada.

—Están hablando con él —dijo Hanif.

—Eso ya lo veo —bufó ella.

—Tienen un problema.

—¿Cómo lo sabes? —lo miró con suspicacia—, ¿Conoces a esos hombres?

—Nunca conduciría a Su Alteza a una emboscada. Llevo con él desde que era un niño —comentó él—. Si mira, verá que está escuchando. Esos hombres tienen algo que los preocupa. El jeque lo arreglará. Es lo que mejor hace.

Megan miró lo que el hombre señalaba. La cabeza de Shafir estaba ladeada, igual que cuando ella le habló de la muerte de su hermano. Lo vio asentir levemente, un gesto que conocía bien.

No iban a secuestrarlo ni a matarlo. Tendría más oportunidades de encontrarse con esos ojos de color bronce, de tocarlo y hablar con él.

Megan no quiso poner nombre a las emociones que la invadieron cuando él por fin hizo girar al caballo y volvió hacia donde Hanif y ella esperaban. Pero supo que no podría volver a creer que lo odiaba.

Megan bajó el primer escalón del estanque más grande del Jardín de los estanques y el agua acarició sus piernas. Lentamente, se introdujo en el agua, fresca y deliciosa, que brillaba a la luz del sol crepuscular.

A pesar de cuánto la había asustado el encuentro con los bandidos. Megan no se arrepentía del viaje al desierto, que le había mostrado otro aspecto del hombre que originaba emociones tan complejas en ella.

El miedo que había sentido por él había sido muy real. La había aterrorizado que le hicieran daño. De alguna manera, se había convertido en una persona importante para ella.

«Síndrome de Estocolmo», pensó con cinismo. La cautiva empezaba a depender de su captor.

Nadó hacía el otro lado de la piscina para dejar de pensar. Diez minutos después, con los pulmones a punto de estallar, Megan rió al hombre que había dominado sus pensamientos sentado en una tumbona, con una toalla enrollada a la cintura.

Ella se puso en pie, desconociendo el protocolo adecuado cuando sólo llevaba puesto un biquini. Siempre había estado sola en los estanques, sólo Naima iba a preguntarle si quería algo. Tal vez tendría que marcharse.

– No tardaré.

– Tómate tu tiempo. Hay sitio suficiente para los dos – se puso en pie y soltó la toalla.

Antes de desviar la vista y sumergirse en el agua para bucear sobre los bonitos mosaicos de colores. Megan vio un mínimo bañador negro, caderas estrechas y hombros anchos y musculosos, tostados por el sol.

Oyó el agua a su espalda y nadó más deprisa. No estaba preparada para enfrentarse a lo que sentía por él. Un momento después, sintió una oleada de agua y supo que Shafir la había alcanzado.

Cerró los ojos y esperó a que se adelantara, pero no lo hizo. Abrió los ojos y tomó aire. Él daba brazadas lentas, las justas para mantenerse a su lado. Cuando llegó al otro extremo. Megan se agarró al borde. Él también se detuvo.

– Sigue, haz tus largos – le dijo ella –. No necesito entretenimiento.

– Puede que yo si – sonrió, y sus ojos se arrugaron.

– Ya, o sea, que ahora soy un entretenimiento para ti, ¿no? – dijo Megan con el corazón desbocado.

– Me gusta mirarte.

– ¿En serio? – se preguntó qué diablos había querido decir con eso.

– En serio. Tienes un rostro increíblemente expresivo.

– ¡Otra vez eso no! – rezongó Megan poniendo los ojos en blanco.

– ¿Qué quieres decir?

– Es lo que dice mi familia. Mi madre asegura que cuando era niña le bastaba mirarme para saber si estaba mintiendo. Y siempre estoy metiendo la pata – se rió con ligereza; quería convencerse de que su mundo no se había vuelto del revés en el desierto, cuando había creído que él caería en manos de los bandidos –. Soy incapaz de guardar un secreto – dijo con ironía.

– Bueno, entonces no te contaré los míos.

– ¿Tienes secretos?

– Montones – ronroneó él.

– ¿De ésos que te obligarían a matarme si los supiera?

– ¿Ves? Por eso me entretienes – rió él.

– Gracias. Creo.

– De nada – se acerco más a ella.

– ¿Estás flirteando conmigo? – Megan se sonrojó—. Perdona, ignora eso, no tenía que haberlo dicho. Está claro que no.

– ¿Quieres conocer mis intenciones? – entrecerró los ojos, ocultando su brillo depredador.

– Sí.

– No lo sé – pareció sorprenderlo su respuesta—. Puede que sí esté flirteando contigo.

El hombre se había enfrentado a una posible muerte ese mismo día. No era extraño que hiciera cosas que no haría habitualmente.

Se acercó más y sus piernas se rozaron. Megan sintió una corriente eléctrica, seguida de deseo.

– ¿Eso es entretenimiento? – le preguntó.

– No, pero esto sí – la besó con destreza.

A Megan no le pareció un beso entretenido, sino sobrecogedor. Cuando acabó estuvo a punto de decir «Caramba», pero se mordió la lengua. No iba a admitir cuánto la había impactado. Así que decidió hacerle reír.

– Si me besas, ¿tienes que matarme después?

Él no se rió. Pareció ofenderse.

– ¿Qué clase de hombre crees que soy? ¿Un animal?

– No eres un animal – dijo ella, perdiéndose en esos ojos de color bronce y pensando en la anchura de sus hombros y la gracia con la que se movía.

– Eso no ha sonado convincente.

Ella era muy consciente de lo cerca que estaban y de la poca ropa que los cubría.

– Desde luego, no eres ningún gatito – bajó las pestañas para ocultar las sensaciones que la invadían y tensaban su piel y sus senos.

– ¿Un gatito? ¿Qué hombre desearía ser un gatito? – rezongó él, disgustado.

Megan alzó los párpados y sus miradas se encontraron.

– ¡Megan! – gruñó él.

Ella supo que había captado exactamente cómo se sentía.

La atrapó contra la pared, aprisionándola con el cuerpo. Abrió la boca sobre la de ella, hambrienta y exigente. Ella le dio cuanto deseaba.

– Hoy podrían haberte matado – jadeó ella, cuando el beso acabó.

– Pero no lo hicieron.

—Fue una estupidez cabalgar hacia ellos —protestó ella. Sentía sus piernas y su erección bajo el agua. La invadió una mezcla de ira y pasión.

—Reconocí a uno de ellos, es hijo de un primo del vecino de Ahmed. Su familia se preocupa por él. Le dije que les daría noticias tuyas. Sabe que no podría hacerlo si me mataba. Y los hombres querían mi ayuda. No puedo ayudarlos muerto.

Sonaba razonable, casi prosaico, pero no calmó el frío gélido que aún sentía en el corazón.

—Te preocupaste por mí —afirmó él.

—No —Megan bajó las pestañas.

—Sí —puso un dedo bajo su barbilla y la alzó.

Sus ojos se encontraron y ella buceó en su interior. Unas horas antes se había preguntado si podría volver a hacerlo. O a tocarlo.

Casi en contra de su voluntad, extendió la mano y tocó su pecho, sintió sus latidos.

—Megan.

Capítulo Nueve

Él se tensó de pasión, abrasándose y deseándola como nunca había deseado a nadie. No habría podido dejar de besar a Megan aunque llegara un huracán.

Lamió sus labios blandos y húmedos. Oyó su gemido y sintió cómo su cuerpo se arqueaba hacia él. Eso provocó otra llamarada de calor.

—Supongo que vas a decirme que no debería hacer esto. Si es así, detenme ahora.

—Hazlo otra vez — musitó ella, ronca.

Él deslizó las manos por sus brazos hasta los hombros desnudos, provocándole escalofríos de placer. Sus dedos iniciaron un baile erótico en su espalda.

La mano de ella rodeó su miembro, haciendo que se estremeciera de deseo. El diminuto bañador negro ofrecía escasa protección.

El agua chocaba contra su piel tersa y desnuda. Sus musculosas piernas rozaban las de ella. El contraste entre masculino y femenino, duro y suave, unido al sensual susurro del agua hicieron que se endureciera entre sus dedos.

—Te deseo — dijo ella, liberándolo del bañador —. Ahora.

—No duraré ni un minuto si sigues así.

—No me importa.

Sus dedos lo estaban volviendo loco. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y, conteniendo el aliento, espero la explosión de estrellas. Llegó demasiado pronto, un instante salvaje de placer que lo dejó deseando mucho más.

Antes de que ella se apartara, agarró sus caderas y la sentó al borde de la piscina.

—Apoya las manos y agárrate — ordenó.

—¡Shafir! ¿Qué estás haciendo?

—Ahora le toca a ti.

—Ya he disfrutado — jadeó ella.

—El placer ha sido mío, no tuyo.

—Pero la satisfacción ha sido mía — sus ojos oscuros destellaron emoción—. Necesitaba saber que sigues funcionando. Que estás a salvo.

—Oh, Megan.

Llevado a la desesperación por sus emotivas palabras, salió del agua y cerró la boca sobre uno de los pezones que cubría la fina tela de lycra.

Le tocó a ella gemir y él disfrutó del sonido. Deslizó una mano bajo el biquini para masajear la voluptuosa carne mientras su lengua acariciaba y succionaba el pezón por encima del tejido.

Megan echó la cabeza hacia atrás y emitió un gemido de éxtasis.

Shafir volvió al agua y se agachó. La curva de su sexo bajo el biquini atrajo su atención. Era exquisita. Besó la zona con la boca abierta mientras acariciaba su vientre.

Alzó la cabeza, introdujo los pulgares en la braguita del biquini y se la quitó.

Era pura dulzor. La saboreó y besó hasta sentir que se convulsionaba bajo su boca, temblando. Sus ojos se encontraron cuando él alzó la cabeza.

—No te atrevas a decirme mañana que he imaginado esto —dijo ella—, no digas que no ha sido más que una fantasía de mi mente femenina.

Esa noche, sólo en la oscuridad de su dormitorio, Shafir pensó en su piel suave, su cabello sedoso y su aroma, e intentó sacar sentido a lo ocurrido en el Jardín de los estanques.

—No te atrevas a decirme mañana que he imaginado esto—, recordó. Diablos.

No había perdido el control así desde la primera vez que había estado con una mujer. Megan Saxon tenía un extraño poder sobre él.

«Una fantasía de mi mente femenina».

Sus palabras lo habían herido, tal y como ella pretendía. Estaba claro que Megan le había dicho la verdad sobre Jacques, el hombre que había jugado con ella y con Zarah. Arrogante, él había ignorado esa verdad, considerándola frívola, y tendría que enfrentarse a las consecuencias.

No soportaba imaginársela haciendo cosas tan íntimas con Jacques... ni con ningún otro hombre. Esa mujer había sido hecha para él.

Se dijo que estaba volviéndose loco. Casi podía pensar en ella como una hurí que le hubiera prometido todos los placeres del edén.

En la oscuridad, recordó cómo se abuela le había contado que Sherezade, noche a noche, había tejido una red de historias que la salvaron de la muerte e hipnotizaron al sultán. Megan lo había convertido en su cautivo sin esfuerzo.

Él no había pretendido convertirse en masilla en sus manos. No podía pensar a derechas.

Por primera vez en su vida, Shafir se encontraba en una situación en la que el placer sensual dominaba todo. En el pasado había sido su mente quien regía. Pero ya sólo podía pensar en Megan. En hacerle el amor, hablarle y llenar su vida de ella.

Incluso empezaba a pensar en pedirle que se quedase en Dhahara y fuera su amante. Si hacía lo que sus sentidos le pedían, su familia creería que lo había vuelto tan demente como la creían a ella.

Tras dar vueltas y vueltas, poco después de medianoche tomó una decisión.

Al día siguiente volvería a la ciudad. Se enfrentaría a Garnier y después asumiría la difícil tarea de contarle a Zarah la desagradable verdad.

Después buscaría el valor para pedirle disculpas a Megan por juzgarla mal. Tenía todo el derecho del mundo a llamarlo bastardo.

La limusina avanzaba por el desierto como si la persiguieran los diablos.

—¿A qué tanta prisa? —preguntó Megan, mirando al hombre que había a su lado.

Shafir llevaba meditabundo y silencioso desde que se habían separado la noche anterior.

Megan no quería pensar en esa noche. En el placer y el ardor que la habían abrasado. En el sedoso frescor del agua y el calor de su boca.

No podría olvidarlo nunca.

—Me necesitan en la capital. Para una reunión —dijo él, cortante.

—¿Hoy?

—Mañana.

A ella no le habría sorprendido que hubiera concertado la reunión esa mañana, si existía. No creía por un momento que una reunión fuera la razón de su viaje a Katar.

Consideró, y rechazó, la idea de que lo ocurrido la noche anterior fuera la causa del viaje. Shafir no se dejaba dominar por la pasión, era demasiado duro y fiero. Tenía que ser algo relativo a la familia, a la boda de su prima.

La había consternado lo poco que quería abandonar el palacio y el desierto para volver a la ciudad. Sus recuerdos de Dhahara estarían teñidos por el mundo que Shafir le había enseñado, y los atesoraría siempre.

—Si la reunión es mañana, ¿no podríamos reducir la velocidad para asegurarnos de que Su Alteza llegue a la ciudad entero?

Él bufó al captar su sarcasmo. La limusina tomó una curva y Megan se agarró al asiento.

—¿Ves? A eso es a lo que me refería.

Shafir abrió la ventana que comunicaba con el compartimiento del chófer y espetó unas órdenes en árabe. Megan se tranquilizó al oír *schway*, que significaba «espacio».

—Era un camello.

—¿Un camello?

—Un camello salvaje en la carretera.

—Oh, no. ¿Lo hemos golpeado? —ella no había sentido ningún impacto.

– No. Los camellos salvajes abundan por aquí.

– Me he enamorado de los camellos. Creo que es por sus ojos, y sus preciosas pestañas.

– Pensaba que eran sus narices suaves lo que te atraía.

– Oh, es todo.

Shafir no podía creer que estuviera hablando del atractivo de los camellos.

– Hay una granja de sementales no lejos de aquí, donde crían camellos de carreras.

– Oh, por favor, ¿podemos ir a verlos?

Shafir apretó los labios.

– Da igual – Megan se recostó y cerró los ojos –. Ya sé que tienes una reunión.

Una hora después la limusina bajó de ritmo y Shafir observó cómo las pestañas de Megan aleteaban. Estiró los brazos y sus senos tensaron la tela de la blusa que llevaba.

Él tuvo que controlar un gemido.

– Estás despierta.

– ¿A cuánta distancia estamos de Katar? ¿Por qué vamos más despacio?

– Estamos en el criadero de camellos.

– Creí que... – se detuvo –. Gracias, Shafir – su rostro se iluminó y él pensó que estaba a punto de lanzarse sobre él para abrazarlo. Se tensó, expectante, pero ella sólo sonrió, nerviosa –. Estoy deseándolo.

– Ten cuidado – le advirtió –. Los camellos son complicados, pueden ser fieros y problemáticos.

– Sé mucho de animales fieros y problemáticos – le lanzó una mirada cargada de humor e ironía.

Shafir no supo si soltar una carcajada o rezongar. O besarla sin más.

Shafir no había visto tantos camellos juntos en toda su vida, y Megan parecía estar interesada en cada uno de ellos.

– Seguro que le gusta lo que ve – dijo el rico y orondo árabe propietario de la granja, examinando a Megan con aprobación.

– No estaría tan seguro de eso – escupió Shafir.

El criador captó el peligro en la mirada de Shafir y, helado, se excusó y se alejó de él.

– Imbécil – masculló Shafir.

—¿Quién? ¿El criador? —Megan lo miró—. A mí me ha parecido muy agradable.

—Demasiado agradable.

—Oh, Shafir, mira ese camello jovencito. El de color claro —exclamó Megan.

—Es demasiado pálido para el desierto. Sufrirá bajo el sol.

—Oh, pobrecito —Megan parecía preocupada.

Él le gritó algo al hombre que había junto a la valla. Minutos después, el camello estaba ante Megan, conducido por un mozo.

—Oh, mira la pelambreira de su cabeza, y tiene la nariz como terciopelo. Shafir, es fantástico.

El camello apoyó la cabeza en su blusa y Shafir decidió que el camello, un macho se parecía mucho a él.

Después, mientras Megan volvía a la limusina, Shafir habló a escondidas con el criador para fijar un precio y organizar la entrega del camello. No necesitaba un camello más, y Megan nunca sabría que lo había comprado, ni volvería a verlo...

Pero él tendría algo concreto que le recordaría a Megan. Estaba seguro de que iba a ser el camello más mimado del desierto dhahariano.

Dos días después. Shafir suspiró, dejó caer el bolígrafo y miró por la ventana de la biblioteca que usaba como despacho en su casa de la ciudad.

Se le estaba acabando el tiempo. Jacques Garnier parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra y él no conseguía localizarlo. No podía dejar de pensar en Megan. Se preguntaba qué hacía cuando él salía, si se aburría y si echaba de menos los jardines de Qasr al-ward. Intentaba reunir valor para pedirle disculpas.

Ella le había asegurado que no se aburría. Pasaba horas encerrada en la biblioteca, leyendo memorias y libros sobre Dhahara, así como novelas de Jack Reacher.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Se enderezó, esperando a Megan.

Para su decepción, fue Zarah quien entró, seguida por su tía Lily. Se puso en pie, sonriente.

—Lo siento, Alteza —dijo su asistente desde el umbral—. No han querido esperar a que anunciara su presencia.

Shafir despidió al ayudante con un gesto. Su sonrisa se borró al ver la palidez de su prima. Se preguntó si habría visto a Megan en la casa y si sabía quién era. Pidió a *Allah* que no fuera así.

—¿Qué te trae aquí, Zarah? —preguntó, decidiendo que no podía decirle la verdad antes de enfrentarse a Garnier—. ¿No estás ocupada con los últimos preparativos para la boda?

—No va a haber boda —declaró Zarah, dramática.

Su tía Lily cerró los ojos con resignación. Era obvio que ya había oído hablar del tema.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Shafir, helado.

—Jacques va a dejarme.

Él pensó en Megan. Se preguntó si era posible que se hubiera puesto en contacto con Jacques Garnier en los dos días que llevaban en la ciudad. Tal vez lo había amenazado para que cancelara la boda. Pensó que era imposible; Megan había sido muy clara: no quería volver a ver a Garnier.

Pero podía haberlo amenazado. Sintió una losa en el estómago. Tendría que hablar con ella.

Cabía la posibilidad de que se hubieran visto y Jacques la hubiera convencido de que significaba algo para él. Decidió llegar al fondo del asunto.

—¿Te ha dicho Garnier que va a dejarte?

—No con esas palabras.

—Entonces, ¿qué te hace creer que va a cancelar la boda? —estudió a Zarah, pensativo.

—Tiene a otra mujer.

—¿Tienes pruebas de eso?

—He oído decir que tiene a otra mujer —sollozó—. Le pregunté si era cierto y me dijo que sólo me quiere a mí.

—¿Pero tú no lo has creído?

—Ya no sé qué creer.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba esa otra mujer que lo perseguía... ahora se trata de una buscona con quien dicen que tiene una aventura. No me gusta el asunto.

A Shafir tampoco le gustaba. Pero al menos indicaba que Megan no había visto a Garnier. Zarah hablaba de otra mujer. Sintió un gran alivio.

Había estado seguro de que Megan no volvería con Jacques, pero podría haberlo amenazado...

—Zarah —intervino su madre—, Jacques es un hombre rico a quien las mujeres persiguen. Siempre habrá rumores. Tendrás que acostumbrarte. Debes confiar en él, vais a casaros.

—No sé si quiero casarme. ¿Y si esas mujeres son la misma? ¿Y si nunca lo acosó y él se está riendo de mí? ¿Mintiéndome por su fulana?

—¿Zarah! —tronó Shafir—. No quiero oír esas cosas de ti —lo dominó el instinto protector. No permitiría que nadie, ni siquiera su adorada prima, hablara de Megan en esos términos.

—¿Pero quién va a escucharme si no?

—Prima, ¿amas a ese hombre?

—¡Sí!

—¿Quieres pasar tu vida con él, envejecer a su lado?

—¿Por qué si no iba a casarme con él? —lo miró como si le hubieran salido cuernos de diablillo.

—La gente se casa por muchas razones, y no siempre son las correctas.

—Amo a Jacques.

—Entonces es un hombre afortunado. Y antes de sacar conclusiones respecto a otra mujer, plantéate si haría algo así si le quisiera —dijo Shafir. Pero sabía que no sonaba convencido. Los rumores probablemente eran ciertos. Investigaría el asunto con discreción.

Si Zarah seguía queriendo casarse con él, sabiendo lo que había hecho, le haría entender a Garnier que no podía haber más aventuras y flirteos. Nunca. A no ser que quisiera perder su capacidad reproductiva.

El rey llegó poco después de que se marcharan Zarah y Lily. Entró en la casa, dejando a su guardia fuera, y exigió saber por qué Shafir estaba de vuelta en la ciudad.

—Negocios, padre.

—¿Y la mujer? ¿Dónde está? —su padre miró a su alrededor como si esperase que Megan apareciera de repente.

—No te preocupes por «la mujer», padre —dijo él, dando un tono irónico a sus palabras.

Su padre frunció el ceño y escrutó a Shafir con ojos astutos.

Se decía que el rey sabía lo que iba a ocurrir en Dhahara antes de que los asesinos prepararan un crimen. Shafir se preguntó si el rey sabría algo que él desconocía. Tal vez su guardia había sido testigo de un encuentro entre Megan y Garnier.

—Has cambiado.

—No, padre. Sigo siendo tu hijo.

—Mi guardia me dice que esa mujer está viviendo contigo, aquí en la ciudad —rezongó.

Shafir asintió con la cabeza. Al menos, no afirmaba que Megan había visto a Jacques.

– Ven, padre, vamos a sentarnos.

– Es peligroso que ella esté en la ciudad. Zarah podría descubrirlo.

– ¡Zarah no descubrirá nada!

– A esa mujer le será más fácil ponerse en contacto con Zarah, crear problemas.

– No la llames «esa mujer» – saltó Shafir, impaciente –. Se llama Megan – sostuvo la mirada de su padre –. No creará problemas, no es así.

– Es una lunática.

– En absoluto.

– ¿Me contradices para defender a esa mujer?

– Ella no perseguía a Jacques; él se lo inventó.

– ¿Por qué iba a mentir?

– ¿Tu por qué crees? – Shafir lanzó a su padre una mirada indiscutiblemente masculina.

– Quieres decir...

Shafir asintió y llevó a su padre a la biblioteca.

– Oh – el rey parecía haberse quedado sin palabras. Se sentó en una silla –. Pero entonces ella no debería estar viviendo en tu casa.

Shafir se apoyó en el escritorio y cruzó los tobillos. Se abstuvo de decir que Megan estaba con él porque el rey le había ordenado que evitara que causase problemas. Y lo había hecho.

– La gente pensará...

– Me da igual lo que piensen.

– ¿No te importa lo que piense la gente, hijo? – el rey Selim dejó escapar un suspiro.

– Me llaman el indómito. Tengo más libertad que Khalid.

– ¿Sabes que te llaman eso? ¿Y te parece bien? – su padre movió la cabeza –. No estoy tan seguro. Ojalá tu madre estuviera viva. Ahora me vendría muy bien su consejo.

Por primera vez, Shafir se dio cuenta de que su padre estaba envejeciendo. Vio arrugas en su rostro que no había visto antes.

– Si tu madre estuviera aquí, sabría qué hacer respecto a esa mujer.

– ¡Megan!

– Respecto a Megan – su padre se apretó la nariz con los dedos – Khalid y tú ya tendríais que estar casados. Ella lo habría organizado todo.

—Soy capaz de buscarme una esposa yo solo —se defendió Shafir, cruzándose de brazos.

—Pero tardas en hacerlo, hijo mío. Y tener a esa mujer en tu casa no te ayudará a encontrar una —suspiró profundamente—. Y si Zarah se entera, la incomodará. Sabes cuánto te aprecia.

—No hay razón para que vincule a Megan con Jacques Garnier, a no ser que alguien se lo diga. He hecho todo lo posible para que no pueda poner en peligro la boda —no añadió que quería hablar con Jacques. No tenía sentido alarmar a su padre.

—Pero...

—Megan es una buena mujer, padre.

—No creo que...

—Deberías conocerla —afirmó él—. ¿Tal vez podríamos cenar todos juntos una noche?

—No quiero conocer a esa mujer que causa, tanto dolor —exclamó su padre, horrorizado.

—Megan. Se llama Megan. Dilo.

—Megan —repitió el rey con desgana.

—Nuestra familia le ha causado un gran perjuicio. Lo menos que podemos hacer es tratarla con cortesía.

—¿Un gran perjuicio? —el rey lo miró aún más horrorizado—. Oh, no. Has hecho lo que sugirió Rafiq. Has seducido a esa mujer para que dejase de pensar en Jacques.

—¡Basta! —Shafir alzó una mano.

—Ay, no puedo escuchar más —se dolió el rey— Te dije que la mantuvieras lejos hasta que se celebrara la boda. Me has desobedecido.

Shafir, por primera vez en su vida, había incumplido las órdenes de su padre llevado por su deseo de confrontar a Garnier con los hechos.

—Padre, no la he seducido...

—Veo en tu rostro que hay algo entre vosotros —el rey Selim se puso en pie—. No puedes mentirme, hijo mío. Es tu amante.

—No, no le he pedido que fuera mi amante —dijo él un momento después. Y se alegró mucho de no haberlo hecho.

Megan se merecía algo mejor.

—Has decidido traerla a la ciudad y vive en tu casa sin carabina; la vergüenza caerá sobre tu familia —aseveró el rey, acercándose a él.

—Padre...

– Pero me obedecerás en esto, hijo mío. La mantendrás alejada de la boda, aunque eso implique que tú no asistas.

Antes de que pudiera decirle a su padre que cabía la posibilidad de que no hubiera boda, a no ser que Zarah la exigiera, el rey giró sobre los talones y salió de la biblioteca. Shafir lo siguió.

– Padre, su nombre ha sido arrastrado por el barro por un...

La puerta de entrada se cerró de golpe. El vestíbulo estaba vacío. El rey se había ido.

Capítulo Diez

—¿Así que pretendías seducirme para alejarme de Jacques? —preguntó Megan, rompiendo el silencio. Shafir se detuvo en el umbral.

Megan bajó del pequeño altillo donde había estado tumbada leyendo cuando Zarah y Lily habían entrado en la biblioteca. Una vez empezaron a hablar, se había sentido atrapada.

—¿He de suponer que planificaste todo lo que ocurrió en el estanque del Palacio de las rosas? —preguntó, sintiéndose dolida y traicionada.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

Ella vio cómo intentaba recordar todo lo que se había dicho, todas las palabras hirientes.

—Oh, sí. Oí lo de la idea de tu hermano de que me sedujeras para que olvidara a Jacques y no supusiera una amenaza para la boda de Zarah.

—Deberías haber hecho notar tu presencia —rezongó él. Lo avergonzaba que se hubiera enterado de sus manejos.

—¿Y estropear la diversión? No tuve oportunidad. ¿Cómo iba a salir cuando Zarah acababa de anunciar que Jacques iba a dejarla? ¿Crees que le habría gustado saber que una desconocida había sido testigo de su humillación? Además, me he enterado de muchas cosas.

El dolor la quemaba. Era mucho peor que cuando se había enterado de que Jacques la engañaba. Lo ocurrido en el Jardín de los estanques había sido especial. O eso había creído ella.

—Espero que te entretuvieras —le escupió.

—Megan —se acercó a ella en cuatro zancadas y extendió una mano conciliadora.

—Déjate de Megan —lo apartó de un manotazo y fue hacia el sofá. Tomó aire, se pasó los dedos por el cabello e intentó recupera la compostura. No iba a derrumbarse ante él.

Lloraría después. Cuando estuviera sola.

—Planificaste con tu hermano cómo seducirme.

—Yo no...

—¿Cómo te atreviste a hacer eso? —toda la ira que llevaba semanas fermentando explotó. El secuestro, la traición de Jacques, todo—. Nunca me habías visto. Pero me reconociste —lo acusó.

—Había visto fotos.

—¿Fotos? ¿Dónde viste fotos mías?

—Mí padre tiene recursos de seguridad... —Shafir se encogió de hombros.

– ¿Me espiaste?

– Yo no.

– Tu familia me espió. Dios, voy a vomitar.

– Siéntate, pareces a punto de sufrir un desmayo – aconsejó él con franqueza brutal.

Megan se dejó caer en el sofá. Se sentía enferma. Pensó que le estaría bien empleado que vomitara sobre la alfombra persa que seguramente valía una fortuna.

– Eres despreciable. Todos sois despreciables.

– Nunca planeé seducirte – Shafir se apoyó en el escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho –. De hecho, cuando Rafiq lo sugirió, le dije que nunca caería tan bajo.

– ¡Pues pareces haber olvidado tus buenas intenciones! – estaba demasiado exaltada para admitir su parte de culpa en lo ocurrido.

– Megan, lo que hicimos...

– No quiero hablar de ello – bajó la cabeza y miró las sandalias doradas que llevaba puestas.

– Tenemos que hacerlo.

– No, quiero hablar sobre lo que opina tu padre. Ha dicho...

– Muchas cosas. Todas basadas en presunciones erróneas. Te he defendido.

– No he oído eso – lo miró a los ojos, escrutando su rostro en busca de la verdad.

– Tienes que haberme oído decir que eras una buena mujer. El resto de la conversación se desarrolló fuera de la biblioteca.

– Muy conveniente, ¿no?

Shafir le había proporcionado un placer exquisito sin sentir nada por ella. Se sentía utilizada. Sabía que estaba reaccionando con desmesura, dado que ella había participado gustosamente.

Pero había sido por el miedo que la había atenazado ese día al pensar que los bandidos podían matarlo. Había llegado a tener sentimientos por él y eso la asustaba aún más.

Se había comportado como una estúpida por segunda vez. Pero esa vez no había estado enamorada de la idea de enamorarse, esa vez la emoción que había atenazado su corazón había sido mucho más poderosa e intensa.

Y, encima, había elegido a un hombre que podía tomar cuatro esposas sí lo deseaba. Un hombre que vivía en un mundo distinto del suyo.

Sólo podía acabar con el corazón roto.

– Y tu prima... – se obligó a mirarlo –, ¿también comparte ese concepto de mi?

El suspiro de Shafir lo dijo todo.

–Ya. Dime qué he hecho para merecer tanto antagonismo. Tengo derecho a saberlo.

Shafir le contó cómo su padre se había enterado de su inminente llegada y había temido que quisiera impedir la boda de Jacques y Zarah.

–¿Asumió eso sin más? –preguntó Megan, sentada al borde del sofá.

–Garnier lo confirmó.

–¿Jacques hizo eso? –lo miró atónita. No sabía cuánto más podía soportar—
¿Quieres decir que le preguntasteis sobre mí antes de secuestrarme?

Shafir asintió y ella percibió el desagrado que expresaban sus ojos y su cuerpo tenso.

–Zarah vio llamadas perdidas tuyas en su teléfono. Se enfrentó a él. Él le dijo que eras una colega del trabajo que había empezado a acosarlo.

–¿Yo? ¿Acosarlo? –recordó su cordialidad la primera vez que la vio; la había invitado a una copa y le había dicho que la creía su alma gemela.

Y ella se lo había tragado todo.

El tipo era una rata de cloaca. Una rata inteligente, porque diez minutos después le había ofrecido todo lo que ella buscaba sin saberlo aún.

Si Jacques no hubiera mentido. Shafir no la habría secuestrado. Y no lo habría conocido. Lo miró de reojo. A pesar de que era un ser despiadado, él nunca se aprovecharía de las ilusiones ocultas de una mujer.

–La verdad, si yo fuera Zarah, preferiría saber que Jacques mintió sobre esas llamadas. Me gustaría saber que es una rata infiel.

–Zarah ya ha oído rumores sobre otra mujer. Pero dice que quiere a Jacques. Si le hace daño una vez estén casados, lo pagará. Rafiq y yo nos aseguraremos de que sea consciente de eso.

–¿Te importaría que tu mujer tuviera otro hombre?

–Claro que me importaría –sus ojos llamearon—. Querría que fuera mía, sólo mía.

–¿Y la tratarías con la misma cortesía? –preguntó Megan, conteniendo el aliento.

–Ya te dije antes que, cuando encuentre a una mujer lo bastante especial, renunciaré a las demás.

–¿Para siempre?

–Para siempre –afirmó él, ladeando la cabeza y clavando en ella su mirada inescrutable. Megan soltó el aire de golpe.

–Y, créeme, será para siempre. Para ambos –aseveró él con expresión fiera y pasional—. Mi mujer no necesitará buscar amor en otra parte.

Megan lo creyó.

Su esposa sería una mujer afortunada. Pero no podría ser ella. La consideraba agradable, nada más. Volvió a mirarse las sandalias.

Shafir no se parecía en nada a Jacques. La había secuestrado, pero había sido por su familia. Por orden de su padre. Porque quería a su prima y no quería que le hicieran daño.

Por fin Megan lo veía todo muy claro. Pero necesitaba saber más. Alzó la cabeza.

—Cuando dije que quería volver a casa, te negaste. Al principio creías que generarías publicidad negativa y pondrías en peligro la boda de Zarah. Después saliste con otro plan.

—No era un plan.

—¿No? Entonces, ¿por qué me retuviste aquí?

—Te lo dije. Quería que cambiaras de opinión sobre Dhahara. No podía permitir que te fueras con la impresión que tenías del país y de su gente —desvió la vista y se quitó una pelusa inexistente de la túnica—. Bueno, puede que no fuera...

—¿Honesto? No me lo estás diciendo todo. Creo que querías una excusa para mantenerme a tu lado. Creo que querías tenerme vigilada.

Esperó a que él hablara.

—¿No tienes nada que decir? Bueno, entonces todo está claro —se puso en pie—. Sólo se trataba de la boda de Zarah y de que nada la hiciera peligrar. Espero que te agradezca lo que has hecho por ella: secuestro...

—Megan.

—Seducir al enemigo...

—¡Megan! —se irguió.

—Es la verdad —movió la cabeza y su largo cabello le acarició el rostro—. Estoy harta de las segundas intenciones, de las mentiras —fue hacia él— Shafir, quiero irme a casa. Y esta vez nada podrá detenerme.

Quería irse. Algo se rasgó en el pecho de Shafir. No estaba dispuesto a perderla. Megan no podía dejarlo; no lo permitiría.

—¿Así que me consideras el enemigo? ¿Crees que seducirte fue parte de un plan?

—Seducir, hacer el amor... —se encogió de hombros—. ¿Cuál es la diferencia?

—Hay un abismo entre lo que ocurrió en el Jardín de los estanques y la seducción premeditada —afirmó el, irritado.

—¿Eso crees? —puso rumbo hacia la puerta.

—Te demostraré la diferencia —dijo él. Llegó a la puerta antes que ella, cerró y echó el cerrojo.

—Quítate de mi camino —lo retó.

Él no contestó. Puso la mano bajo su mandíbula y acarició su piel, subiendo hasta la oreja. Utilizando toda su destreza sensual, se esforzó para excitarla de la manera más primitiva. Supo que había vencido cuando se estremeció.

—¿Ves? Tu cuerpo te traiciona —ronroneó—. Sabía que responderías si te tocaba así... y así.

—¡Shafir! —se apoyó en la puerta, horrorizada por lo entrecortado de su voz, odiándose por reaccionar a sus caricias.

Él introdujo la mano bajo la camiseta que llevaba y se la sacó por la cabeza. No llevaba sujetador. Ella se excitó cuando rodeó un seno con la mano y bajó la cabeza. Su lengua jugueteó con el pezón erecto, provocándole oleadas de placer. La puerta de madera estaba fresca y dura tras su espalda. Le temblaban las rodillas.

Cuando él alzó la cabeza. Megan vio que sus ojos llameaban y que tenía el pelo revuelto. Shafir oró de la cinturilla elástica de la falda hacia abajo. Un giro de la mano hizo que el encaje de sus bragas se rasgara.

Antes de que pudiera protestar, él la acarició íntimamente, buscando el centro de su placer y friccionándolo con suavidad. Megan cerró los ojos y gimió al sentir esos dedos deslizarse en su interior, excitándola hasta que tuvo que arquear las caderas hacia él.

Jadeaba.

Shafir se apartó un momento. Ella entreabrió los ojos y lo vio quitarse la túnica, la camiseta y los largos calzones de algodón blanco que llevaba.

Después se alzó ante ella, desnudo, viril y masculino al cien por cien.

Shafir se adelantó y situó un muslo entre los de ella. Al encontrar el impedimento de la falda de seda, la bajó más. Sus piernas se enredaron.

Las de ella suaves y femeninas, las de él, duras y musculosas.

Puso las manos en sus caderas y la alzó, contra la puerta. Megan se movió, permitiendo que su erección se asentara entre sus muslos.

Shafir gruñó y se deslizó dentro de ella. En ese fuego profundo, oscuro y peligroso.

No se había puesto protección. Al darse cuenta, intentó retirarse. Pero ella rodeaba sus caderas con las piernas y empezó a mecerse. Su cerebro se derritió con la fricción y el puro, explosivo placer. El mundo giraba a su alrededor con la brillantez y el colorido de un caleidoscopio.

La besó.

La cima del placer llegó pronto. Él gritó al sentir cómo se convulsionaba sobre él, y dio rienda suelta a su orgasmo, intenso y explosivo. Después se apartó, sintiéndose culpable.

No se atrevía a mirar esos ojos, ardientes de pasión. Había utilizado la química sexual que los unía para seducirla; llevado por la ira.

Su intención había sido demostrarle qué se sentía al ser seducida. Sin pensar en el entorno ni en la comodidad de Megan, sólo había buscado una gratificación inmediata. Había manipulado su cuerpo con pericia, tentándola, y ella no había tenido la más mínima posibilidad de resistirse.

Y no había utilizado protección. Eso nunca le había ocurrido antes. Se avergonzó de sí mismo.

Recogió la camiseta de ella del suelo y se la dio. Megan, con los ojos velados por sus largas pestañas, se subió la falda. Él intentó no mirar la ruina que eran sus braguitas de encaje.

– Le dije a mi padre que mi familia te había difamado – dijo, compungido.

– Algo oí.

– Yo también he sido injusto contigo. Tanto en el pasado, por pensar que habías malinterpretado las acciones de Jacques, y ahora.

– Shafir...

La miró a los ojos y no encontró la furia que esperaba. Sólo confusión y vulnerabilidad.

– Megan, lo siento. No espero que me perdones por lo que acaba de ocurrir.

– Podría haberme negado – señaló ella.

Él sintió un atisbo de esperanza. Una pasión tan perfecta no podía acabar así. Tal vez aún no la hubiera perdido. Luego recordó que ella quería volver a casa. Sí la había perdido.

Pero, antes, su familia le debía una disculpa.

– Antes de que te vayas, quiero que conozcas a mi familia – anunció Shafir la mañana siguiente, después del desayuno.

– Oh, Shafir. Eso no es tan fácil – rió Megan. Lo cierto era que ver sus remordimientos sólo había acentuado su amor por él.

– ¿Qué tiene de difícil?

– Tu padre opina que tu asociación conmigo será tu ruina. No soy la clase de mujer con la que desea que te cases – se sonrojó intensamente tras hablar. Nunca habían mencionado el matrimonio.

«Mantén la boca cerrada», se dijo. No se hacía ilusiones sobre una relación entre Shafir y ella.

Él era un príncipe del desierto.

Ella no era pobre; de hecho, su familia era muy acomodada, pero él era hijo de un rey, vivía en palacios y viajaba en aviones privados.

La esposa de Shafir tendría que haber sido educada para su posición desde la cuna.

— Bueno, lo cierto es que él nunca me ha ofrecido el tipo de mujer que deseo como esposa — comentó Shafir, en vez de reírse del comentario.

— En la biblioteca, tu padre dijo que desearía que tu madre estuviera aquí — hizo una pausa, buscando las palabras correctas.

— Falleció — atajó él, abrupto.

— Lo siento.

Él había escuchado cuando le contó los problemas entre sus padres, su duelo tras la muerte de su hermano. Pero ella no le había preguntado por su madre. Se sintió avergonzada.

— Lo siento mucho — repitió.

— Ocurrió hace mucho tiempo.

Ella sospechó que no era un tema fácil para él. Tomó un sorbo de café y retomó el tema clave.

— Tengo que irme de tu casa. Oí a tu padre decir que no serías bienvenido en la boda de tu prima. Si me voy, eso cambiará.

— Por si lo has olvidado, la razón de que estés conmigo es que te secuestré por culpa de esa maldita boda — la miró a los ojos—. Mi padre no puede cambiar las formas ahora. Y es posible que la boda no se celebre. Si Zarah tiene sentido común, la cancelara cuando yo hable con Jacques.

— Pero si la boda sigue adelante, soy la última mujer del mundo que tu familia querrá conocer.

— Te adorarán cuando te conozcan — dijo él con ese aura de certeza que ella había denominado arrogancia —, ya lo verás.

Ella deseó poder compartir su confianza. Suspiró y apartó la taza de café vacía.

— Esto no tiene sentido, Shafir. Voy a irme. Podrías enfrentarte a tu familia por nada.

No quería pensaren marcharse, pero se iría.

Había llegado a Dhahara buscando emoción, aventura y romance. Pero Jacques la había traicionado. No volvería a ser tan ingenua; ya no confiaba en su propio juicio.

Llegado el momento de partir, se había enamorado, de verdad, de jeque a quien había desdeñado como un salvaje. Era muy irónico.

—Tienes que conocer a mi familia —sus cejas negras se juntaron—. Creo que el que Jacques haya arrastrado tu nombre por el barro y mi familia lo haya creído es razón más que suficiente.

Megan comprendió que el asunto tenía que ver con su sentido del honor. Y lo quiso aún más.

Pero no pudo evitar desear que lo hiciera por amor a ella, no por la obligación de compensarla por la injuria a la que había sido sometida.

—Cuanto antes entienda mi familia que no me perderé la boda de Zarah, y que tú irás conmigo, mejor —aseveró él con seriedad.

Ella supo que estaba dispuesto a ponerla por encima de todo, pero no quería que discutiera con su familia por su causa.

—Me negaré a ir —dijo, a su pesar.

—¿Por Jacques? —los ojos de él se estrecharon hasta convertirse en rayitas metálicas.

—¿Cuántas veces tengo que decir que Jacques no me importa? —se indignó—. No iré por ti. Tu padre tiene razón. Nuestra relación no te favorece.

Se le contrajo el estómago al mirarlo a los ojos. Sería fácil aceptar, admitir que lo amaba...

Pero le debía más que eso.

Más tarde, Naima, emocionada, que había llegado a Katar el día antes, le dijo que el jeque iba a llevarla a cenar.

Megan se preguntó si era un intento de dar publicidad a su presencia en la ciudad. A pesar de las órdenes de su padre, Shafir no parecía tener ninguna intención de esconderla. Se planteó rechazar la invitación, pero al final fue demasiado débil para resistirse a lo que podría ser su primera y última cita con él.

Se dio un baño y después Naima le dio un masaje con aceite perfumado. Megan se sentía muy relajada cuando Naima le llevó la ropa.

—¿No le parece un poco excesivo? —preguntó, mirando el *caftán* amarillo bordado con hilo de oro que había sobre la cama. Había llegado en una caja atada con lazos dorados.

—No. Es perfecto, y viene con esto —Naima alzó una pieza de seda—. Para la cabeza —explicó.

Cuando Megan estuvo vestida, su opinión se confirmó. Pero Naima le llevó la contraria.

—Es lo que el príncipe Shafir quería que se pusiera esta noche.

— ¿El príncipe Shafir ha elegido mi atuendo?

— Si — admitió la joven con aprensión.

Pero al reunirse con él, en el vestíbulo. Megan se alegró de haberse dejado convencer. Shafir estaba impresionante, con una túnica bordada que le daba un aspecto... principesco.

La condujo a la limusina sin decirle a donde iban. La primera pista de que se trataba de algo más que una cita para cenar llegó cuando el coche se detuvo ante un edificio de mármol blanco que brillaba como una perla en la luz del ocaso.

— He visto fotos de esto — Megan dio un respingo—. Es el palacio estatal del rey Selim.

— Sí, así es.

— Dime que no vamos a cenar con tu padre.

— No te preocupes, no estaremos solos. Mis hermanos también cenarán con nosotros.

— Oh, no — se llevó una mano a la boca—. Shafir, tendrías que haberme prevenido.

— Te habrías negado a venir. Es más fácil así.

— ¿Más fácil? — alzó la voz—. ¿Para quién?

— Para ti. De otro modo, te habrías inquietado.

— ¿Y te sorprende? No suelo conocer a reyes. Podrías haberme dado tiempo para prepararme.

— ¿Para qué? No es más que un hombre.

— Un hombre muy poderoso — lo corrigió. Y el padre de Shafir. Que tenía mala opinión de ella.

— Relájate — le urgió Shafir.

Ella controló el impulso de resoplar. No hubo lugar a más conversación; el coche se detuvo ante una escalinata y el chófer abrió la puerta.

Megan se concentró en inspirar lentamente mientras cruzaba el arco de entrada. Cientos de velas iluminaban el vestíbulo y el pasillo que llevaba al salón le pareció interminable.

Ruido y color la bombardearon al entrar. Luego distinguió a la gente: un hombre mayor, dos hombres altos, uno de ellos acompañado por una criatura diminuta y bella con ojos verdes, de gato, y un mohín en los labios.

Megan, tras un momento de titubeo, cuadró los hombros y avanzó. No había hecho nada malo. En el último momento se dio cuenta de que no le había preguntado a Shafir si tenía que hacer una reverencia, o algo, cuando le presentaran al rey.

Con el estómago hecho un nudo, se dijo que lo mejor sería ser ella misma. Así que sonrió.

El rey la estudió con ojos agudos.

— Te presento a mi padre. Su Alteza Real el rey Selim al Dhahara.

Megan le ofreció una mano temblorosa que el rey alzó con cortesía, inclinando la cabeza.

Sintió un gran alivio cuando Shafir la condujo hacia sus hermanos y la novia de Rafiq. Le sorprendieron las bromas y puyas que se lanzaban. Parecían una familia muy unida.

Megan era muy consciente de que la mirada del rey la seguía, fuera donde fuera. Sabía que quería proteger a su hijo, pero la tensión que había entre ellos se palpaba en el ambiente.

A pesar de las sonrisas y la bienvenida, Megan se sintió desolada. Ella era la causa del distanciamiento entre padre e hijo.

Y todos los presentes lo sabían.

Capítulo Once

La cena transcurrió en una neblina de cortesía. La comida era excelente, pero para Megan podría haber sido serrín. Apenas la probó.

Cuando sirvieron el café y el sirviente se retiró, Megan se reconfortó con la idea de que la velada acabaría pronto. Pero justo entonces, una conmoción a su espalda hizo que mirara a la puerta.

Dos mujeres entraron al comedor. La más joven era deslumbrante. De altura mediana, era delgada y se movía con gracia. Llevaba un pañuelo de gasa alrededor del cuello y la luz de los candelabros resaltaba los reflejos dorados de su cabello castaño. La segunda mujer era mayor, pero sus pómulos altos y su delicada estructura ósea indicaban que era la madre de la joven.

A Megan se le encogió el corazón.

Percibió que Shafir se tensaba a su lado.

Era Zarah, acompañada por su madre, Lily.

Se hizo un incómodo silencio cuando las mujeres se acercaron a la mesa. Megan simuló no ver las miradas que le lanzaban.

– Tengo algo que decirles – anunció Zarah.

– Esta noche tenemos una invitada – intervino Shafir.

– Oh – clavó en Megan sus ojos marrones. Sonrió –. Soy Zarah.

Megan le devolvió la sonrisa. Zarah era encantadora, con una feminidad grácil, de gacela, que justificaba que todos quisieran protegerla.

– Encantada de conocerte. Zarah. Soy Megan.

– ¿Megan? – Zarah, curiosa, avanzó un paso.

El silencio que siguió tronó en los oídos de Megan. Pensó que Zarah debía de saber quién era.

– Lamento interrumpir vuestra cena.

Se oyó un suspiro colectivo de alivio.

Megan tuvo ganas de reírse de la absurda disculpa. Ella no era una invitada de honor.

– Ya hemos acabado. Creo que es hora de irme – miró a Shafir con cierta desesperación.

Pero él no se movió.

– No quiero interrumpir la fiesta.

Por lo visto. Zarah no sabía quién era ella. Pero la situación era más que incómoda.

– No interrumpes nada – dijo Shafir, para alivio de Megan.

– Me alegro – Zarah se acercó a la cabecera de la mesa, que ocupaba el rey –. No querría darte otra razón para que te enfades conmigo, tío Selim.

– ¿Qué ocurre, niña? – su rostro se arrugó con preocupación –. ¿Qué puede ser tan terrible como para que las ojeras oscurezcan tu mirada?

– He roto mi compromiso con Jacques, y sólo faltan tres días para la boda – Zarah miró a su tío con amor – ¿Qué vamos a hacer?

Megan oyó el resoplido de Shafir, una réplica del suyo. Shafir se puso en pie.

– No importa, la cancelaremos.

– Pero ¿y las celebraciones? ¿Los conciertos? – Zarah miró de nuevo al rey – ¿Qué le diremos a la gente de Dhahara, que tanto deseaba esta boda? Me siento fatal por fallar a todo el mundo.

Megan no envidiaba la ansiedad y tristeza que asolaba a Zarah. Pero no pudo evitar pensar que había sido afortunada escapando a tiempo.

– ¿Estás segura, Zarah? – preguntó Rafiq –. ¿O no es más que una pelea de enamorados?

– Estoy segura – afirmó Zarah, convencida –. No quiero casarme con un hombre que tiene a otra mujer.

– Puede que no haya otra mujer, prima – dijo Shafir, mirándola con preocupación.

– Sí que la hay – sus ojos brillaron con certeza –. Jacques la ve todas las tardes. Viene a visitarme apestando a ella.

Siguió un desagradable silencio.

Megan palideció. Todos debían de estar pensando que Zarah se refería a ella. Pero lo que más la preocupaba era que Shafir sospechara que había visto a Jacques a escondidas. Deseó poder mirarlo a los ojos para ver qué pensaba.

Le costó un gran esfuerzo no ponerse en pie y gritar "No he sido yo". Optó por mirarse las uñas, notando la tensión que flotaba en el ambiente.

– Zarah, podrías estar equivocada – adujo Khalid, sin mucho énfasis.

– ¡No! Jacques lo ha admitido todo. Se llama Rosie Smith y es una turista inglesa. No es la colega de negocios que lo acosaba. Jacques me dijo que sólo hace una semana que la conoce.

A pesar de percibir la incomodidad de los hombres y la desesperación de Zarah, Megan sintió un alivio casi indescriptible. Al menos Shafir sabría que no había visto a Jacques a escondidas.

– Me dijo que ha encontrado a su alma gemela – Zarah sonaba tan atónita que Megan la compadeció –. Siempre creía que era yo.

– No me preocuparía por eso – dijo Megan, llevada por la indignación –. Ser su alma gemela no tiene ningún valor. Es un puesto que ocupa demasiada gente.

Todos los ojos se clavaron en ella.

Supo que había metido la pata, hasta el fondo.

– Es un perro – dijo Shafir con voz acerada –. Estarás mejor sin él.

Megan lo miró y vio que lo decía por ella además de por Zarah. Shafir tenía razón: Jacques era un perro, sin duda. Zarah se había librado de mucho sufrimiento.

– No podría estar más de acuerdo.

Los ojos de Shafir la acariciaron y le dieron fuerzas para seguir.

– Tengo que decirte algo – tomó aire –. Zarah, yo vine a Dhahara por Jacques.

– ¿Quieres decir que Jacques te invitó?

– Soy esa colega loca que te dijo que lo acosaba.

– ¿Eres esa Megan? – abrió los ojos de paren par –. Pero...

– No me dijo que estaba comprometido contigo ni que ibais a casaros en tres semanas – Megan sabía que tenía que decirlo todo de un tirón o no lo diría nunca –. Me habló de sus negocios en Dhahara y me interesé por el país. Cuando sugirió que pasáramos unas vacaciones juntos, insistí en venir aquí – los labios de Megan se curvaron –. Eso debió de provocarle sudores.

– No, pensó que podría salir airoso. ¡Menuda arrogancia! – Zarah rezongó con disgusto –. Debe de creer que todas las mujeres somos unas estúpidas.

– Me prometió que exploraríamos Dhahara y comprobaríamos si sentíamos algo el uno por el otro – dijo Megan –. Sin presión.

– A mí me dijo cosas parecidas. Era tan romántico... Pensé que todo era por mí.

– Lo sé – Megan asintió –. Seguramente ha utilizado el mismo guión con esa Rosie.

– Me alegra que me lo hayas dicho. Creía que había hecho algo que lo había llevado a dejar de quererme. Que era mi culpa. Que no era lo bastante mujer para él.

– Es un adúltero empedernido – dijo Shafir con ira –. ¿Qué mujer podría querer a un hombre así?

– Yo no – dijo Zarah.

– Ni yo – Megan sonrió a la otra mujer.

– Es una rata – afirmó Zarah, animándose.

– Un perro – gruñó Shafir.

– Un perro come ratas – apostilló Zarah.

– Un perro come ratas lleno de pulgas – dijo Megan como colofón.

El rey fue el primero en reírse. Todos los demás se unieron a la juerga un buen rato.

– Tendremos que echar a esa alimaña de la ciudad – dijo Rafiq, cuando acabaron las risas –. Y alguien tendría que informar al pueblo y a los medios de comunicación de que no habrá boda.

–Lo haré yo –se ofreció Shafir–. También tendré que informar a los dos delegados de turismo a los que invité al festejo.

–Todo eso puede esperar hasta mañana –dijo el rey–. Hoy celebraremos que Zarah se haya librado por los pelos. Ay, cuando pienso en lo que podría haber sufrido en los años venideros... –calló y miró a Megan–. Tengo que pedirte disculpas, Megan por el daño que te hayamos podido causar. Sólo puedo decir que me alegra que tanto Zarah como tú hayáis descubierto la debilidad de carácter de ese hombre.

–No ha ido tan mal, ¿verdad? –comentó Shafir cuando estaban de vuelta en casa y le servía a Megan una taza de té con menta. Era casi medianoche, pero le había ofrecido el té porque parecía tensa y pensaba que la ayudaría a dormir.

Ella aceptó la taza y se hundió en el sofá.

–Peor que mal, ha sido terrible. Cuando llegó Zarah... –su voz se apagó y movió la cabeza.

–Me libró de un enorme dilema –dijo Shafir, apoyándose en el brazo del sofá–. Decirle la verdad a Zarah o amenazar a Jacques con castrarlo si alguna vez engañaba a mi prima.

–Shafir, ¡eres un salvaje! –barbotó Megan, riéndose al imaginarse a Shafir amenazándolo.

–¿Qué ven las mujeres en él? –preguntó Shafir, con un deje de indignación.

–Es un regalo para la vista –Megan alzó un hombro y lo dejó caer, indiferente.

–Zarah y tú sois mujeres inteligentes –Shafir resopló–. El hombre debe de tener algo, aparte de su aspecto.

A ella no le resultaba fácil confesar sus sueños, pero Shafir estaba acostumbrado a escuchar y se esforzaba por entender. Decidió sincerarse.

–Jacques tiene el talento de intuir qué desea una mujer y decirle lo que desea escuchar. Yo quería amor, sospecho que Zarah buscaba lo mismo. El tópico del alma gemela funcionó. Jacques es encantador.

Me cortejó como si fuera la única mujer del mundo para él lo creí. Imagino que Zarah también –sintió amargura por haberse dejado engañar–. Fue muy convincente.

–No lo dudo –dijo él, brusco.

–Yo quería enamorarme. Y él parecía tener todas las cualidades apropiadas. Incluso entendía de vinos, y eso es importante para mi familia.

–¿Y para ti? –inquirió él–. ¿Es algo esencial?

—Sólo quiero a alguien que me quiera más que a nadie, más que nada en el mundo. Tendrías que ver cómo miran mis hermanos a las mujeres a las que quieren. No importa cómo se ganen la vida, las quieren por sí mismas. Las adoran.

Shafir exhaló lentamente.

—Ahora que he conocido a tu familia, como querías, y que Zarah no va a casarse, soy libre para volver a casa, ¿no? —Megan tomó un sorbo de té.

—No tienes por qué irte aún. Dijiste que habías venido buscando emoción, aventura y romance. ¿Has encontrado ya las tres cosas?

—Dije eso por arrogancia —movió la cabeza—. Shafir, no puedo quedarme. Necesito volver a casa. Habrá montones de trabajo que hacer.

—Podrías venir a trabajar aquí.

Al decirlo, Shafir comprendió que era una posible solución. Una solución temporal, hasta que la convenciera de lo necesaria que se había vuelto para él. Eso le daría algo de tiempo y no la perdería. Aún.

—Me iría bien emplear a alguien como tú.

—No haces vino —señaló Megan. Se le había acelerado el pulso al pensar en trabajar con Shafir todos los días.

—No te hagas la listilla —esbozó esa sonrisa que la devastaba—. Tus destrezas son transferibles. Hay aspectos de mi trabajo que no me gustan.

—Paga a alguien para que se ocupe —le sugirió. Sabía que era un controlador y no lo imaginaba delegando cosas que considerara importantes.

—Ya lo hago. Pero no están a la altura de mis expectativas. Te quiero a ti.

A ella le dio un bote el corazón. Pero sabía que no lo había dicho en el sentido que a ella le habría gustado.

—¿Y crees que yo estaría a la altura? —Megan le sonrió, era halagador que quisiera contratarla.

—Sí, estoy seguro. Es por esa energía inagotable, por tu entusiasmo por todo y por todos. Ya empiezas a entender árabe. Te oí hablar con Naima esta mañana.

Megan se descubrió considerando la oferta. Se dijo que sólo le provocaría dolor de corazón. Siempre desearía más de lo que él quería ofrecer. Era hora de aligerar el ambiente y entretenerlo.

—Ni lo pienses, Shafir.

—¿Qué?

—Negarte a dejarme salir del país.

—Es una idea tentadora —dijo él. A Megan le subió la temperatura unos grados.

—No puedo quedarme —dijo.

– Me he acostumbrado a tenerte cerca – Shafir intentó bromear con el tema –
¿Quién va a vivir en mi harén de Qasr al-ward si no te quedas?

– Estoy segura de que no tendrás problemas para llenar los jardines con montones de mujeres.

– Nunca he querido montones de mujeres.

– ¿Qué quieres? – preguntó ella tras un tenso momento de silencio.

«A ti». Para él era tan fundamental como respirar. Quería a Megan para siempre. Pero estaba seguro de que, tras todo lo ocurrido, ella se moría por abandonar Dhahara. Como iba a irse, en cualquier caso, optó por la sinceridad.

– ¿Sabes qué quiero ahora mismo? Quiero llevarte a mi cama y olvidarme de mañana – olvidar las celebraciones que había que cancelar y el billete de avión que tenía que reservar para que Megan volviera a lo que llamaba su casa.

– Shafir...

– Por favor... – le ofreció la mano.

Ella dejó la taza en la mesa y fue hacia él.

La abrazó. La sintió suave y cálida en sus brazos y sintió una oleada de instinto protector. Mía, se dijo. Mi mujer.

Mi esposa.

Correcto. Megan era suya. No le pediría que se quedara como su amante y ella había rechazado su oferta de trabajo. Tenía esa noche para convencerla de que eran hombre y mujer, hechos el uno para el otro.

Shafir la llevó escaleras arriba, a su dormitorio. Depositó a Megan sobre la colcha de tonos rojos y morados. Pero esa vez no se trataba de seducción; tenía que ser mucho más.

Se inclinó y besó su cuello, sus mejillas, sus labios. La adoró. Ella estaba callada, pero acariciaba su espalda y sus dedos decían más que mil palabras.

El ritmo se aceleró rápidamente. Las ropas de ambos cayeron al suelo en un montón.

La piel desnuda de Megan resplandecía como una perla lustrosa a la luz de la lámpara de noche. Acarició su sedosa suavidad. Ella se estremecía bajo sus manos, que iban de sus hombros a sus senos, su vientre y sus muslos, para volver a subir.

Su boca seguía el camino de sus dedos. Megan se arqueó hacia arriba cuando exploró el valle que había entre sus senos con la boca. Gimió cuando saboreó la dulzura del interior de su muslo.

Estaba húmeda, lista para él. Esa vez estaba preparado. Tras ponerse un preservativo, se situó sobre ella y se deslizó en su interior. Ella ardía y rodeó su cuello con los brazos, atrayéndolo; le tocó a él emitir un gemido profundo.

La penetró para luego retirarse un poco. Las caderas de ella se alzaban con cada embestida, incrementando el placer que ambos sentían.

La fricción creció, las sensaciones se convirtieron en una espiral ascendente y Shafir cerró los ojos. Cuando él alcanzó el clímax, Megan gritó; él sintió los espasmos de sus músculos internos apretándolo y llevándolo a un paraíso de placer.

Megan jadeaba y sentía el pulsar de la sangre en las sienes. «Caramba», pensó. Echó la cabeza hacia atrás para mirar los ojos del hombre que tenía encima y que la había transportado a un edén hasta entonces desconocido para ella.

Su alma gemela.

Los ojos de bronce parecían inesperadamente solemnes. Shafir le acarició el pelo con dedos temblorosos. Ella se emocionó al comprender que él había sentido lo mismo.

—Dudo que pueda ponerme en pie. Me siento débil —bromeó ella, para aligerar el momento.

Los labios de él se curvaron con una sonrisa, pero sus ojos seguían solemnes. Ella se preguntó qué iba a ocurrir.

—Megan, ¿quieres casarte conmigo?

El mundo de ella giró sobre su eje. Pensó que tenía que haber oído mal.

—¿Qué?

—¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa y vivir conmigo en Qasr alward el resto de nuestras vidas?

—¡Shafir!

Pensó que él tenía que estar de broma, pero su expresión era grave, casi implacable. Lo decía en serio. Quería que se casara con él. ¡Dios!

—No puedo.

Los ojos de bronce se apagaron un poco, pero su mandíbula se tensó.

—Puedes... si eliges hacerlo —se movió hacia el otro lado de la cama y ella sintió una intensa sensación de pérdida. Alzó la sábana para taparlos a ambos y Megan se sintió menos sola.

La tentación llegó como un tornado. Sería muy fácil rendirse, quedarse con él.

—No se trata de lo que yo elija. ¿Lo sabes, no?

—Es lo único que importa —dijo él, poniéndose de lado y apoyando la cabeza en la mano.

Él era un príncipe del desierto. Ella, aunque su familia tenía dinero y éxito, seguía siendo una chica de campo. El padre de Shafir sabía qué clase de esposa deseaba para él y Megan no estaba a la altura. No podía decirle que sí.

– Tu padre es el rey de Dhahara.

– No vas a casarte con mi padre. Te casarías conmigo –sonrió y las arrugas de las esquinas de sus ojos se hicieron más profundas.

– ¿No lo entiendes? Debes casarte con una persona apropiada –jugueteeó con el embozo.

– Veo a una muy apropiada. Una mujer capaz de inspirar lealtad en un hogar, capaz de hablar con la esposa de un panadero y regatear en un zoco. Veo a una mujer a quien no le asusta aprender un complejo idioma extranjero, montar en camello o hacer el amor con pasión. La mujer que veo es valiente, apasionada y tiene talento. ¿Qué más podría desear?

– Digo cosas inapropiadas... Hablo cuando debería callar. Tengo mal genio. No necesitas esas cosas. No soy adecuada.

Sin embargo, el corazón le golpeteaba en el pecho y Megan comprendió que lo que más deseaba en el mundo era aceptar. La mirada de Shafir, su gravedad, su ternura al hacerle el amor... todo ello le hacía creer que la amaba.

– Dices la verdad –tocó sus labios–. No hay un ápice de falsedad en ti. Esa es una gran cualidad, que me enorgullecería que tuviera mi esposa, no algo que pueda avergonzarme.

– No soy virgen.

– Yo tampoco –él se encogió de hombros. Megan tenía una última cosa que decir, pero no sabía cómo reaccionaría él. Tomó aire.

– Vine a Dhahara a...

– Megan, no –la interrumpió él.

– Por favor, déjame seguir. Necesito decirlo. Es necesario hablar de Jacques. ¿Podrás vivir conmigo sabiendo que, aunque nunca fui su amante, vine aquí con la intención de enamorarme de él?

Él tragó aire al oír que Jacques y ella no habían sido amantes: sus labios se curvaron con alivio. Megan supo que nunca se habría atrevido a preguntárselo.

– Y yo me ocupé de alejarte de él te rapté y te mantuve cautiva. ¿Serás capaz de vivir con eso?

– Te agradeceré cada día de mi vida que me libraras de cometer ese horrible error –afirmó ella tomando su mano entre las suyas.

– No te habrías enamorado de él, creo.

– No, porque te quiero a ti.

– Eso es lo único que importa –la tomó entre sus brazos y la besó hasta quitarle el aliento.

– Los dos necesitamos tiempo –alegó ella cuando la soltó por fin.

– Si estás de acuerdo, quiero que nos casemos cuanto antes.

– Sé razonable – suplicó ella.

– Estoy siendo razonable. Me importa un comino Garnier y lo que opine mi familia. Sólo me importas tú. ¿Aún no te has dado cuenta? – la intensidad de su mirada le rasgó a Megan el corazón—. De hecho, si fuera amable, le daría las gracias a Garnier por haberte traído a Dhahara, por hacerme conocer a la mujer por la que renunciaré a todas las demás.

– Nos habríamos encontrado – dijo Megan, emocionada – Eres mi destino.

– Entonces, ¿te casarás conmigo?

– Si insistes.

– Insisto.

«Sí, quiero».

Shafir pensó, satisfecho, que esa respuesta había sido una constante los tres últimos días.

– ¿Quiere casarse, Alteza? – había preguntado un atónito periodista, en la conferencia de prensa.

– Sí, quiero.

Luego la familia de ella había llegado como una tromba. Había sufrido el interrogatorio de sus tres hermanos, Joshua, Rafaelo y Heath, que había acabado con una pregunta: ¿Quieres a Megan?

– Sí, la quiero.

Los padres de ella habían sonreído con alivio. Sus hermanos le habían estrechado la mano y advertido que esperaban que tratase bien a su hermanita; justo lo que Shafir pensaba hacer.

Sus cuñadas habían abrazado a Megan y le habían deseado mucha felicidad.

Y por fin había llegado la boda. Tenía que decir el «Sí, quiero» más importante de todos.

Le había costado mucho convencer a Megan para que la boda se celebrara sin demora.

Había argüido que ya había una boda organizada y no tenía sentido desaprovecharla.

– Es demasiado grandiosa – había dicho ella.

– Soy un príncipe real y la gente de Dhahara está deseando que se celebre una boda.

– No hay suficiente tiempo – había gemido ella.

– ¿Para qué? Ya hemos decidido lo esencial. Nos queremos.

– Para el vestido.

– Eso se arregla en un día – había reído él.

– La lista de invitados.

– Las invitaciones para la boda de Zarah y Jacques se enviaron hace meses. Los invitados de él no vendrán, claro, y tú tendrás que llamar a los tuyos, pero se puede solucionar.

Por suerte, su familia y sus amigos íntimos lo habían dejado todo para volar a Dhahara.

– Necesito tiempo para estudiar la lista de invitados, para familiarizarme con los nombres y poder hablar. Es una celebración de estado.

– Hablarás conmigo. Es el día de nuestra boda.

– Necesito tiempo para pensar.

Eso era algo que se había negado a darle. Y al verla a su lado, con un precioso vestido de novia de seda blanca, se alegró de no haberlo hecho.

Apretó su mano suavemente y se preparó para decir las palabras más importantes de su vida.

«Sí, quiero.

Te quiero.

Te adoro.

Renuncio a cualquier otra mujer. Para siempre».

Miró a Megan a los ojos mientras pronunciaba sus votos.

Olvidó a la gente que los contemplaba, a sus familias. Olvidó que la boda estaba siendo televisada para todo el país. Lo olvidó todo excepto a la mujer que tenía al lado.

Su esposa.

Era tarde.

Los fuegos artificiales habían acabado. Malik conducía la limusina de vuelta al palacio del rey Selim, donde había tenido lugar la recepción.

– ¿Feliz? – preguntó Shafir, abrazando a su esposa.

– Oh, sí – contestó ella.

Al día siguiente regresarían a Qasr al-ward, pero esa noche dormirían en la ciudad.

– Me sorprendió que me felicitara tanta gente – dijo Megan—. Todos creían que eras demasiado indómito para que una mujer se casara contigo.

Shafir soltó una carcajada.

— Algunas personas se compadecieron de mí y me dijeron que tendría que acostumbrarme a vivir en el desierto. Contesté que había venido a Dhahara buscando emoción, aventura y romance.

— ¿Te preocupa eso? — la miró con ojos serios—. Si es así, podemos pasar más tiempo en la ciudad.

— Eso sería como enjaular a un tigre — examinó a su marido—. La primera vez que te vi pensé que eras indómito. Rebelde. Un hombre incivilizado.

— Un salvaje — sonrió él.

— Mi salvaje. Y eso me encanta. Eres mi alma gemela. Lo que siempre deseé.

— Y tú eres la esposa de mi corazón del desierto, mi alma. La única — inclinó la cabeza para besarla—. Tengo un regalo de boda esperándote en Qasr al-ward.

— ¿Un regalo de boda?

— No son las joyas típicas, aunque también te las compraré — añadió—. Es algo que dudo que ninguna otra mujer valore tanto como tú.

— ¿Qué es? — Megan ladeó la cabeza.

— Tendría que hacerle esperar para verlo, para que fuera una sorpresa.

— ¡Dímelo!

— Es un camello — dijo, y contempló, divertido, cómo su rostro se iluminaba de júbilo.

— Le compraste el joven camello blanco a ese vendedor a quien insultaste, ¿verdad?

— Me conoces mejor que yo mismo — admitió él.

Ella se lanzó contra su pecho y lo miró con adoración.

— Ahora sé que me quieres. Y también que siempre tuviste la intención de que regresara contigo a Qasr al-ward.

— Bueno, no llegué a enseñarte el palmeral que planté de niño.

— No — ella sonrió con malicia—. Pensaba recordártelo antes de marcharme.

— Pero ya no te marcharás — afirmó él.

— Mi hogar está contigo — Megan sonrió.

— Esta noche estará en Katar, y mañana en Qasr al-wad — Shafir la rodeó con los brazos.

Había esperado demasiado tiempo la felicidad. Por fin era suya.

Fin